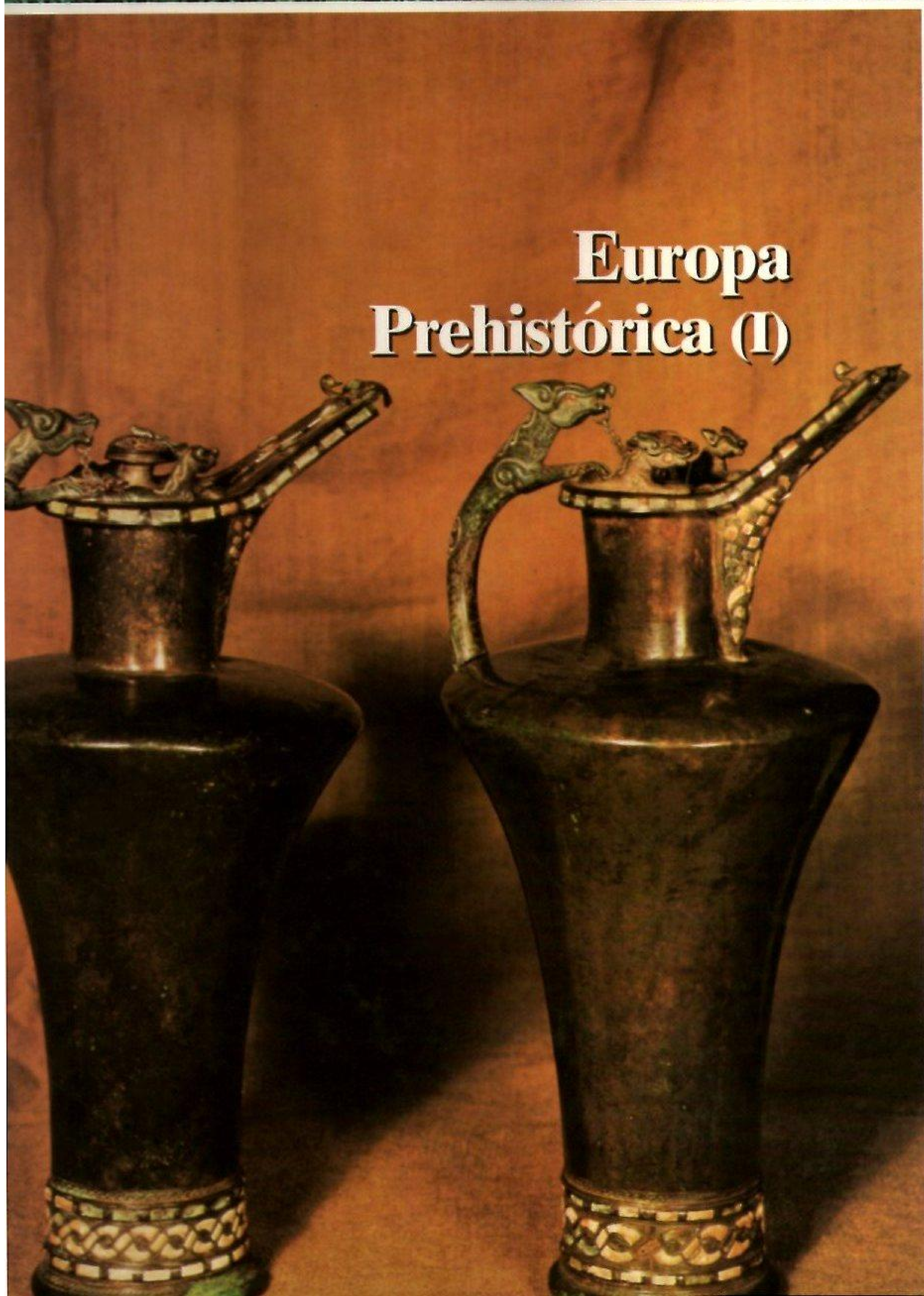
ORIGENES DEL HOMBRE



Europa Prehistórica (I)

63

folio

Europa Prehistórica (I)

ORIGENES DEL HOMBRE

Europa Prehistórica (I)

folio

Dirección editorial: Julián Viñuales Solé
Autor: Denis Harding
Asesores: C.C. Lamberg-Karlovsky y Julián Viñuales

Coordinador de la colección: Julián Viñuales Lorenz
(Institute of Archaeology. London)
Coordinación técnica: Pilar Mora
Diseño cubierta: STV Disseny

Publicado por:
Ediciones Folio, S.A.
Muntaner, 371-373
08021 BARCELONA

© Andromeda (Oxford) Ltd. All rights reserved
© Ediciones Folio, S.A. (28 - 10 - 1995)

ISBN: 84-7583-427-2 (obra completa)
84-413-0131-X (volumen I)

Impresión:
Cayfosa. Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)
Depósito Legal: B-16734-94
Printed in Spain

Contenido

VOLUMEN I

Introducción 7

Cuadro cronológico 8

Capítulo primero:
Arqueología, historia y sociedad 9

Capítulo segundo:
Prehistoria, pasado y presente 28

Granja experimental de Butser Hill 45

Capítulo tercero:
Los primeros agricultores 51

Knowth y las tumbas de corredor irlandesas 71

Introducción

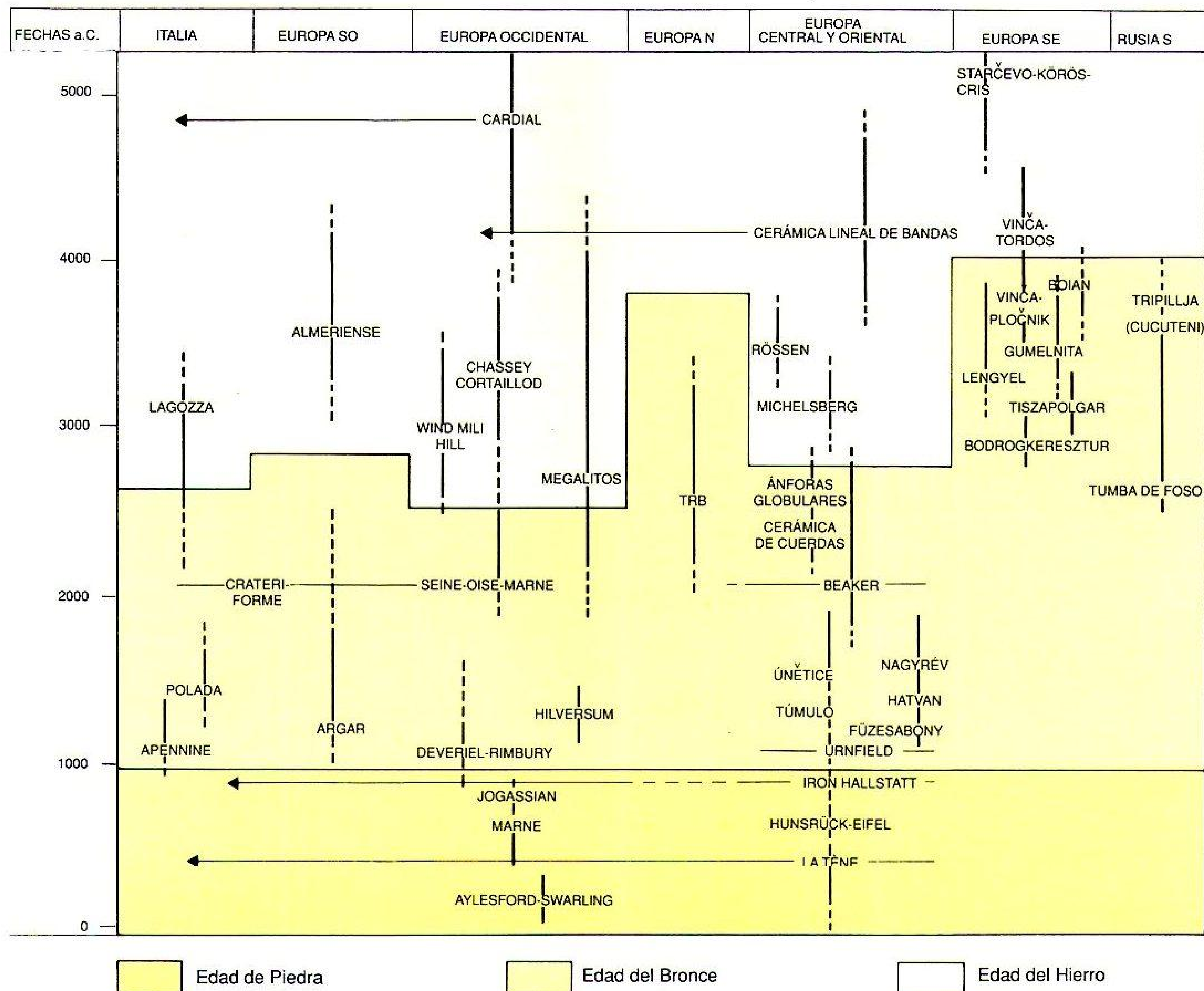
Vista en el contexto de la historia antigua de la humanidad, que fue el tema del libro *El hombre ante la historia* del doctor Waechter, la prehistoria tardía de Europa, que abarca a lo sumo una extensión de unos siete mil años, puede parecer un interludio de relativa brevedad entre el salvajismo primitivo y las civilizaciones posteriores. En realidad, este interludio da testimonio de algunos de los pasos cruciales en el progreso humano hacia el control de su entorno, desde los comienzos de la agricultura hasta el desarrollo de la tecnología del metal y los orígenes de la urbanización: un proceso estimulado en parte por la presencia de sociedades más avanzadas al sur y al este y, en parte, determinado por las condiciones y circunstancias peculiares de la Europa prehistórica.

Durante muchos años, mientras se seguía la obra de eruditos de fines del siglo XIX como Oscar Montelius, era corriente remontar las innovaciones en los conjuntos de las culturas prehistóricas de Europa a la influencia de civilizaciones más desarrolladas, oriundas del Egeo y del Lejano Oriente, mientras que cada desarrollo sucesivo, económico o tecnológico, se expandía progresivamente hacia el noroeste bárbaro, a menudo en una forma diluida, gracias a un proceso de difusión cultural. La referencia a esos impulsos exteriores no estaba ajena a la necesidad de establecer un sincronismo con Grecia, Palestina y Egipto, como medio de construir una estructura cronológica para la propia Europa prehistórica. Un proceso similar se siguió para regiones atlánticas situadas al noroeste donde, por ejemplo, los grupos culturales nuevos de Britania se consideraron, por lo común, como un producto de las migraciones llegadas del continente europeo. En los últimos veinte años el péndulo del enfoque arqueológico se apartó del criterio difusionista de la prehistoria, para favorecer el concepto de invención independiente u otras formas de intercambio recíproco como explicación de los cambios culturales, una corriente a la que facilitó su camino el desarrollo de la datación con radiocarbono como medio de establecer cronologías más fidedignas. Sin embargo, la admisión del principio de la difusión cultural no exige la negación del desarrollo independiente. Gordon Childe, quizá el más notable de los eruditos en prehistoria de nuestro siglo y exponente del criterio difusionista, creía que «incluso en tiempos prehistóricos las sociedades bárbaras se comportaban de un modo definidamente europeo». Sin duda, las dinámicas sociedades indígenas europeas que generaron innovaciones económicas o tecnológicas también eran capaces de promover la difusión de tales innovaciones, ya fuera abriendo rutas para el comercio de minerales metalíferos, o expandiendo sus territorios gracias a la riqueza y poder recién adquiridos.

A través de la prehistoria es evidente que ciertas rutas naturales bien definidas sirvieron como arterias de la difusión cultural por toda Europa. En todo momento tuvo importancia crucial el Danubio, conocido entre los historiadores griegos como el río que recorría el corazón de la Europa céltica. Su significación en la prehistoria se derivaba, en gran medida, de que diera acceso a las regiones ricas en metales de los Cárpatos y los Erzegebirge, desde donde por otras salidas mayores se podía llegar a la llanura europea septentrional, al Mar del Norte y a Britania. A menudo y erróneamente, los estudiantes insulares suponen que todas las innovaciones llegaban del continente cruzando la parte más estrecha del Canal de la Mancha, o quizá desde el Rin, cuando el Weser y sobre todo el Elba han de haber brindado un arco de acceso alternativo desde el norte y el este de Britania hacia los talleres europeos. También el Mediterráneo, aprovechado por los colonizadores griegos desde fines del siglo VII a. C., habrá tenido mucho tránsito hacia el oeste desde tiempos muy antiguos, ya fuese a través del Estrecho de Gibraltar, hacia las costas atlánticas, o por la grieta de Carcasona y el valle del Garona. Para abarcar tan amplia extensión de Europa, nuestro estudio será necesariamente selectivo y abreviado y, por tanto, omitirá mucho de lo que en términos regionales no admite discusión, para favorecer la exposición sobre los conjuntos que, de un modo más o menos directo, se relacionan con la corriente principal de la prehistoria europea, que es nuestro tema.

Los esquemas establecidos en la Europa prehistórica tardía no son exclusivos de la prehistoria; son los que se impusieron por sí mismos en los primeros tiempos medievales. Como nos lo recuerda Stuart Piggott, el período migratorio fue «nada más que un regreso a las condiciones de la Europa prehistórica, que se vio forzada a una inmovilidad pasajera en tiempos de la dominación romana. Una Europa de comunidades asentadas y fijas fue un logro de la Edad Media y, para encontrar una contrapartida histórica de las condiciones de la prehistoria, debemos buscar en la etapa de los asentamientos sajones, las incursiones de los pueblos nórdicos... y los movimientos de godos, vándalos y burgundios». Estos movimientos, que nos llevan más allá de nuestra presente síntesis, están reflejados en las páginas de *Europa bárbara*, de Philip Dixon.

Cuadro cronológico



Nota sobre las fechas establecidas con radiocarbono

Es habitual que los laboratorios citen las fechas de las pruebas con radiocarbono mediante las siglas BP/AP (es decir, *before present* o antes del presente, un presente establecido en 1950), aunque en los textos arqueológicos es normal convertir esas cifras en fechas anteriores o posteriores a Cristo. Sin embargo, al comparar las determinaciones hechas con radiocarbono y las fechas obtenidas mediante la dendrocronología (datación por el análisis de los anillos de crecimiento de los árboles) en años recientes, se ha visto que las fechas del radiocarbono siempre tienen una diferencia de 200-300 años menos de antigüedad para el 1000 ac y hasta 900 para el 3500 ac. Por tanto, para distinguir entre las fechas no calibradas del radiocarbono y las «de calendario», derivadas de fuentes históricas o de determinaciones con radiocarbono que se «corrigieron» según uno de los gráficos de calibración existentes, las primeras se señalan con las minúsculas ac y las segundas, con la abreviatura corriente, a. C.

Capítulo primero: Arqueología, historia y sociedad



En 1953, cerca de Châtillon, sobre el curso superior del Sena, la excavación de los restos nivelados de un túmulo de principios de la Edad del Hierro reveló, intacta, la cámara funeraria de una tumba de riqueza espectacular que, desde entonces, se conoce en el mundo arqueológico como la *tombe princière de Vix* o el tesoro de Vix. Entre los bienes fúnebres, el principal es una maciza crátera de bronce, probablemente fabricada en Esparta, cuyas asas se apoyan en un par de gorgonas grotescas y cuyo cuello se adorna con un friso que representa una procesión de guerreros y aurigas. El vaso tenía una altura máxima de 1,64 m y se calculó en unos 1.200 l su capacidad. Este hallazgo magnífico recordó de inmediato lo que el historiador griego Herodoto cuenta sobre una enorme crátera para el vino, enviada al rey lidio Creso, como regalo, por los espartanos, quienes después dijeron que unos piratas samios se la habían robado. También de esta vasija se decía que su cuello estaba adornado con un friso y que su capacidad equivalía a 300 ánforas de vino, detalles que llevaron a pensar que la de Vix podía ser la misma vasija aludida en el relato histórico.

Sin embargo, que lo fuera o no, poco nos importa a los arqueólogos, porque nuestra meta no es tan sólo corroborar los textos históricos, tal como la arqueología palestina no tiene como único cometido sancionar la Biblia. El enterramiento de Vix representa una advertencia vívida de que no debemos enfocar la arqueología prehistórica europea como algo aislado de las culturas adyacentes del Mediterráneo y del Egeo, en particular porque la interrelación de ambas nos ofrece, con mucha frecuencia, las piezas esenciales de la cronología de Europa central y occidental. Para la segunda parte de nuestro período, los testimonios de la historia antigua sin duda constituyen una fuente invalorable, complementaria de la arqueológica; a veces ambas se iluminan mutuamente y, otras, están en aparente contradicción. En todo caso, los registros de los geógrafos e historiadores clásicos nos dan un modelo de interacción entre las antiguas sociedades europeas y mediterráneas, de mayor importancia para los milenios precedentes que cualquier modelo antropológico contemporáneo tomado del Pacífico u otro sitio. Seríamos poco inteligentes si desdeñáramos una ayuda tan valiosa.

Principios y definiciones. Por lo común la arqueología se define como el estudio del pasado del hombre a través de sus restos materiales, incluidas, por supuesto, las ruinas de sus poblados, casas y enterramientos, además de las ollas y sartenes, armas y adornos que el excavador pueda recuperar en esos asentamientos. Según esta definición, a veces se ha afirmado que la forma «más pura» de investigación arqueológica es el estudio de la prehistoria remota, para el que dependemos exclusivamente del registro material de comunidades ágrafas, es decir, carecemos de documentos e inscripciones. El propio término prehistoria presenta distintos matices de significación en los diversos idiomas europeos, en gran medida porque las distintas sociedades llegaron a la escritura en distintos lugares del mundo antiguo y en distintas épocas. Por ejemplo, en francés el término se reserva al pasado remoto, antes de que apareciera en cualquier lugar la historia escrita, no sólo para antes de la aparición de la historia escrita en Europa noroccidental. En cuanto a etapas posteriores, en que la Europa bárbara aún era ágrafa, pero el Oriente antiguo y el Egeo habían desarrollado su escritura hacía mucho tiempo y los escritores clásicos ya escribían sobre sus vecinos no letrados, a menudo se adopta hoy el vocablo *protohistoria* (francés: *protohistoire*, alemán: *Frühgeschichte*).

En estas páginas nos ocuparemos sobre todo de la Europa protohistórica, empezando por el período neolítico para avanzar a lo largo de las Edades del Bronce y del Hierro hasta el establecimiento del dominio romano al norte de los Alpes. El impacto de la expansión romana misma se sintió en distintos grados en distintas partes de Europa, como veremos, y en el norte o en el extremo oeste no se percibió, de modo que nuestra fecha final ha de ser, sin remedio, más o menos arbitraria. De igual manera, en el extremo opuesto de nuestra escala temporal, la aparición de comunidades sedentarias, con una forma de vida neolítica se puede remontar, en la zona suroriental europea y en los Balcanes, a fechas mucho más tempranas que las aplicables a Europa septentrional o al occidente atlántico, un factor que inspiró la antigua concepción convencional de que las innovaciones culturales y tecnológicas se originaron en el Oriente Próximo y en Asia Menor y después se difundieron en el oeste.

Indirectamente, ya señalamos que en el contexto de los estudios prehistóricos antiguos, faltos de la ayuda complementaria de los documentos, la epigrafía o la numismática, fue donde los arqueólogos tuvieron que resolver la metodología básica de su disciplina y produjeron la mayor parte de su pensamiento germinal, el que ha dominado la investigación arqueológica de nuestro siglo. En su trabajo con los restos materiales de las sociedades antiguas, los expertos en prehistoria siguieron a V. G. Childe al reconocer *culturas* en la aparición recurrente de *tipos* de

Página anterior: Cabeza del hombre de la turbera de Tollund, Dinamarca, datada en la Edad del Hierro, tocado con un gorro pequeño y con un lazo en torno al cuello. Por el contenido de su estómago se supo cuál había sido su última comida.



Mapa de asentamientos prehistóricos y yacimientos de Europa.

objetos, ya fuesen enterramientos, casas o vasijas de cerámica o metal, en una *asociación.* Por asociación, los arqueólogos no aluden sólo a una mera contigüidad –ya que los azares de la supervivencia podrían llevar a una yuxtaposición aparente objetos de afinidad cultural muy dispar– sino a una asociación en contextos estratigráficos sellados, cuya naturaleza exige que se hayan depositado al mismo tiempo, como parte de un conjunto contemporáneo. Es verdad que los depósitos contemporáneos pueden contener herencias u otros elementos anteriores, así como en nuestras casas puede haber antigüedades, pero en su mayor parte cada uno de esos conjuntos será el producto directo del grupo cultural que lo haya depositado. Si se analiza la distribución de los tipos clave que representan a una cultura, será posible definir el campo espacial en que esa cultura se movió y, comparando la distribución de los tipos característicos, en teoría tendría que ser posible distinguir a cada grupo cultural de todos los demás.

Nuestras culturas así definidas parecen, sin duda, entidades estériles y resulta tentador caer en la deducción inmediata y vidriosa de que los grupos culturales han de corresponderse con grupos de población o «tribales». De hecho, Childe avanzó positivamente en esta dirección, al sugerir que, en la aparición súbita de nuevos rasgos culturales dentro de un contexto ajeno, deberíamos reconocer el movimiento de grupos concretos de población. De otra parte, D. L. Clarke nos recordaba que «una cultura arqueológica no es un grupo racial ni una tribu histórica ni una unidad lingüística: simplemente es una cultura arqueológica». Como tal la hemos definido y no debemos aplicar a nuestra definición una carga que está más allá de sus limitaciones. Para los períodos de antigüedad remota el problema es menos agudo, pero cuando se trata de otros más recientes, de cuyos grupos étnicos se conocen los nombres, por ejemplo por fuentes históricas, es enorme la tentación de identificar las culturas arqueológicas, como se definen por la distribución de sus principales tipos de artefactos, con los grupos históricos conocidos y, cuando

ambos elementos no son acordes, discutir la validez del concepto de cultura.

Un motivo obvio para tal incongruencia sería que la distribución de utensilios se hubiera visto determinada por otros factores, como la zona de influencia de los centros de producción comercial, por ejemplo, que podían abarcar varias regiones culturales. Así nos vemos llevados a seleccionar los tipos particulares que sean característicos de un grupo cultural dado, distinguiéndolo de sus vecinos, y en este punto es donde surgen, inevitables, las diferencias de opinión entre los arqueólogos, ya que uno dará mayor importancia a los enterramientos y otro, a la cerámica; uno señalará las peculiaridades de las armas y otro, las de las viviendas. Con todo, tras la comparación con el punto de vista antropológico, cualquier combinación de esos datos sólo brindará una impresión muy parcial y tal vez distorsionada de la sociedad en cuestión, de la que no se conocerían la música, la danza ni las tradiciones orales, los sistemas legales ni la estructura social, las costumbres de parentesco, propiedad, herencia o matrimonio ni las ceremonias rituales y tantas otras cosas más, todas ellas aspectos intangibles que establecen diferencias amplias entre diversos sistemas culturales y que el arqueólogo apenas si puede empezar a deducir de los restos puramente materiales. Por supuesto que en realidad lo intentamos y que, sin duda, el intento mina nuestra credibilidad en el proceso. Los enterramientos suntuosos, suponemos, son sepulcros de hombres ricos o potentados tribales y no de indeseables de cuya influencia quisiera liberarse la comunidad; a veces está implícita la idea de que los bienes fúnebres indican la creencia en una vida de ultratumba, en la que desempeñarían una función necesaria, y no se piensa que pudieran ser simplemente los emolumentos de un enterramiento adecuado.

Algunas deducciones son necesarias y razonables, desde luego, aunque no nos den una prueba directa. Las analogías etnográficas también se han invocado al interpretar los esquemas de distribución de objetos, que no siempre es un resultado del «comercio» –por cierto que no está nada claro en qué momento, en la Europa prehistórica, nos encontramos con un sistema comercial de total desarrollo– sino de otros medios de intercambio o redistribución, ajenos por completo al comercio. No obstante, por útiles que puedan ser esos modelos, debemos preguntarnos si los sistemas que representan, a menudo tomados de la Polinesia u otras regiones también remotas, tienen alguna validez respecto a las circunstancias prehistóricas europeas.

Después de pintar un cuadro bastante sombrío de nuestras posibilidades de recrear, con los testimonios arqueológicos, algo más que una impresión disecada de las formas de vida en la Europa prehistórica, es justo calificar esa impresión tomando en cuenta las diversas formas en que el análisis del material, tanto de las estructuras como de los utensilios, puede iluminar nuestro pasado prehistórico y con cuánta precisión el testimonio medioambiental puede revelar el impacto de la ocupación humana sobre el entorno. Hasta la herramienta más sencilla, como un trozo de sílice o un hacha de bronce, puede llenar volúmenes con lo que nos dice acerca del nivel de la tecnología humana y la habilidad para explotar los recursos naturales. Las técnicas de laboratorio, al identificar diversos elementos, pueden indicar las fuentes de materias primas y, tal vez, las rutas por las que se distribuían. La excavación de las estructuras revelará, además de las plantas de las construcciones y de su función aparente, las claves para el tipo de comunidades que las ocuparon o la naturaleza de su economía.

En un plano más especulativo, el análisis de los círculos de piedra y de los monumentos relacionados del neolítico tardío y de principios de la Edad del Bronce nos

Cuerpo de un hombre de la Edad del Hierro, hallado en una turbera de Grauballe, Dinamarca; se advierte la conservación notable de la piel, el cabello y los rasgos faciales.



permitirá deducir el grado de conocimiento astronómico y matemático en esas comunidades prehistóricas o, al menos, de algunos miembros de esas comunidades, de lo que la cultura material por sí sola no puede dar indicaciones, por lo común. El análisis de muestras de polen, conservado en condiciones adecuadas en turberas y lugares semejantes, puede dar a conocer los efectos del asentamiento humano sobre el entorno, como el despeje de claros en un bosque o la eliminación de malezas con fines agrícolas, y quizá arroje luz sobre los procesos recíprocos, por los que los sistemas económicos del hombre prehistórico y su medio ambiente se influyeron mutuamente. El estudio de los restos de animales puede ampliar, también, nuestro conocimiento de los procesos y efectos de la domesticación de animales y nos ayudará a controlar la capacidad de las comunidades prehistóricas para explotar los recursos naturales disponibles y adaptarse a ellos. La investigación sistemática de varios aspectos de la prehistoria económica ha ampliado, sin duda, la base de la investigación arqueológica hasta más allá del mero enfoque cultural, desarrollado en los años de entreguerras, con su énfasis en la clasificación de los objetos. Al mismo tiempo, los métodos para establecer y analizar las fechas son cada vez más precisos.

Restos físicos y ropas. A veces, ciertas condiciones de conservación pueden dar a conocer no sólo los restos de la flora y la fauna de entornos antiguos, sino también los restos físicos del propio hombre de otros tiempos. Uno de los hallazgos más notables del período de posguerra fue el hombre de Tollund, cuyo cuerpo se recuperó en un pantano danés, íntegro, con su capa y su gorra, y una cuerda en torno al cuello: la que, se presume, le dio la muerte. La piel, el cabello y las uñas están en un grado de conservación excepcional y el examen del contenido de su estómago también ha dado indicios de cuál fue su última comida. El hombre de Tollund no es el único; a lo largo de los años, se ha localizado en turberas del norte de Europa una cantidad de enterramientos prehistóricos. Pero el hallazgo de Tollund, sin disputa, es notable por su estado de conservación y nos permite examinar las verdaderas facciones del hombre prehistórico: nariz aguileña, labios fi-





Ropas de la Edad del Bronce, para la vida y la muerte. El conjunto que luce la joven (*izquierda*) se ha reproducido según los restos textiles hallados en Egtved, Jutlandia. El enterramiento de este hombre se halló en Muldbjerg, Jutlandia occidental (*derecha*), dentro de un ataúd de roble; además de la túnica, la capa y el gorro, se ven las armas y bienes fúnebres ornamentales.

nos, cejas arqueadas y ojos cerrados, con las arrugas de quien, extenuado, duerme profundamente.

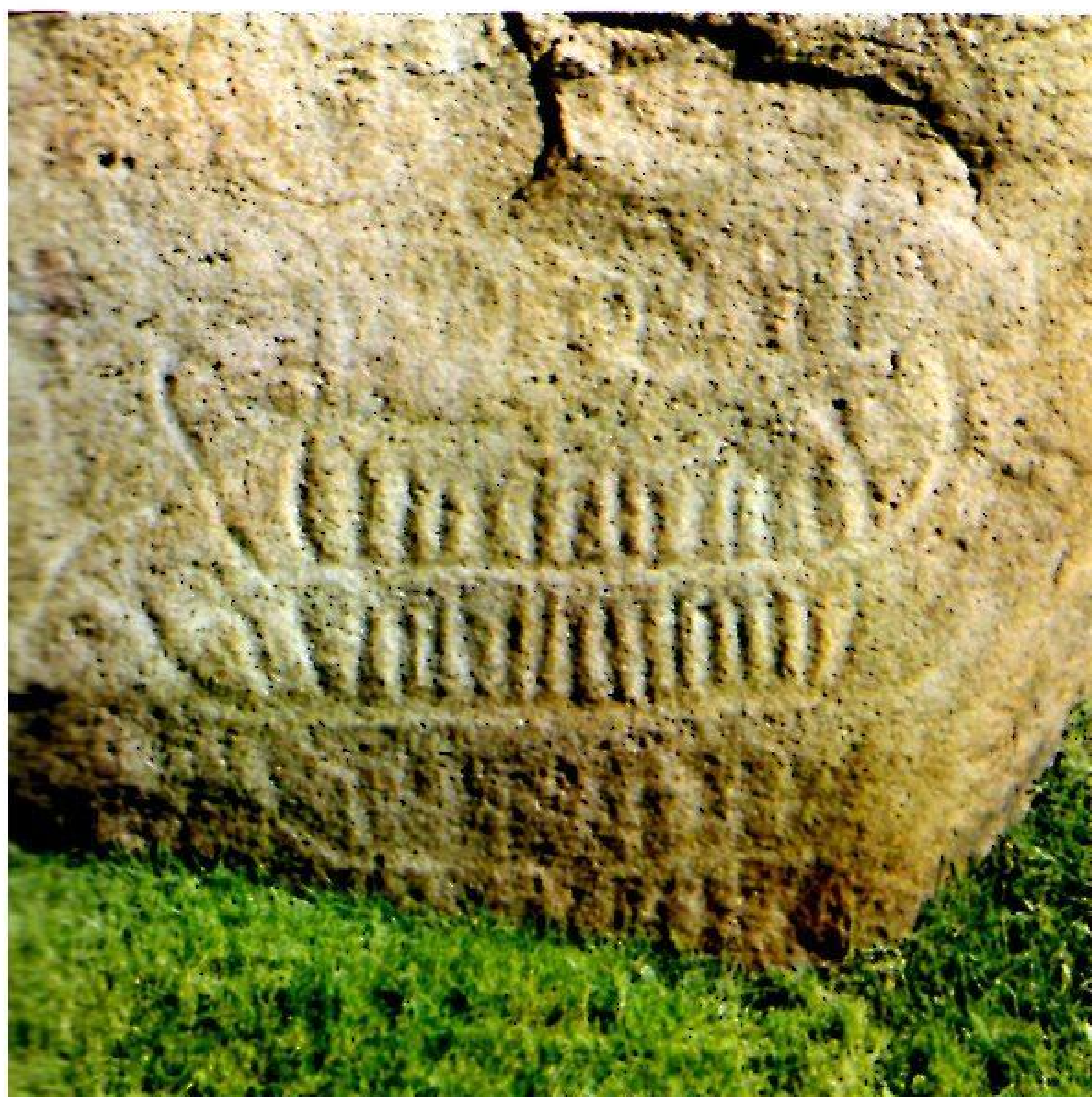
No sólo los restos de los muertos se conservan en ese tipo de suelo, como en Jutlandia lo atestiguan una serie de notables enterramientos de la Edad de Bronce. Por ejemplo, en Egtved se encontró el cuerpo de una joven, envuelta en un sudario de piel de buey, dentro de un ataúd de roble, bajo un túmulo de tierra. Estaba vestida con una chaqueta de lana, de mangas largas hasta el codo y una camisa corta de cuerdas de lana recogidas en la parte superior y en la inferior; en torno al talle, llevaba un cinturón terminado con borlas y adornado con un disco de bronce, el mismo material de las ajorcas que lucía en ambos brazos. En otras tumbas danesas y alemanas se han encontrado vestimentas similares, a veces con el agregado de gorros de lana y redecillas para el cabello y capas de lana o cuero, a veces adornadas con tachas de bronce. La ropa masculina, por ejemplo la que se recuperó en tumbas como la de Muldbjerg, al oeste de Jutlandia, al parecer constaba de una túnica envolvente que se sujetaba sobre el hombro y se ceñía al cuerpo con un cinturón. Por encima de la túnica se solía llevar una capa y las gorras eran el tocado habitual. En vista de que el sudario se presenta como una prenda independiente, hay razones para suponer que este tipo de ropas, para hombres y mujeres, fueron las prendas diarias corrientes en Europa septentrional durante la Edad del Bronce.

La otra prenda principal que tienen los hombres, es decir, los pantalones, no fue característica de la Edad del Bronce sino de la Edad del Hierro céltica y suscitó muchos comentarios entre varios escritores griegos y romanos. Polibio anotaba la presencia de las tropas celtas vestidas con calzones en la batalla de Telamón (225 a. C.), mientras Diodoro hace un relato detallado de las túnicas y capas coloridas que llevaban los galos, además de mencionar el uso de los calzones. El hombre paleolítico y mesolítico, al parecer, llevaban una prenda de ese tipo, ajustada y de cuero, pero la introducción de calzones en la Europa templada del primer milenio a. C., se dice en general, llegó de las estepas y quizá se asociara con la comodidad que daban para montar a caballo; aunque se adoptaron ampliamente en la Europa céltica, no se extendieron hasta el noroeste irlandés, según las fuentes literarias, porque allí las túnicas y capas siguieron siendo las prendas habituales de la vestimenta en los círculos aristocráticos.

En los casos en que las condiciones de conservación no fueron lo bastante buenas como para que tengamos restos textiles, es posible hacer algunas deducciones de los complementos del vestido, en particular los que se usaban para sujetar las telas, como alfileres, botones o broches. Como señaló Piggott, los botones y trabillas son más adecuados para sujetar cuero o pieles y arqueológicamente se encuentran sobre todo en las culturas crateriformes y de cerámica de cuerdas, de fines del tercer milenio. Desde esta época aumentan los adornos del tipo alfiler, encontrados en las tumbas cerca de los hombros, donde se aplicarían para sujetar túnicas de la clase antes descrita, lo que sugiere un uso creciente de las prendas de lana y, hacia el primer milenio y con fines similares, los broches suplantan a los alfileres. Unos y otros, con su casi infinita variedad de formas, permiten que el arqueólogo establezca una amplia división en series y, por tanto, han sido durante largo tiempo el principal apoyo de la clasificación y la cronología en las Edades del Bronce y del Hierro; pero no debemos desatender su valor como indicadores de los usos cotidianos.

Vino y cerveza. Entre los vestigios conservados en la tumba de Egtved había una vasija de corteza de abedul que contenía los posos de una bebida fermentada. La forma de producir bebidas embriagadoras de cereales, frutas o miel debe haberse conocido desde tiempos prehistóricos muy antiguos en Europa, pero es raro que la arqueología logre detectar su presencia directamente de sedimentos conservados hasta hoy. No obstante, podemos inferir el consumo de vino y cerveza por la presencia de jarros y otras vasijas semejantes, diseñados sin duda para contener esas bebidas que consumían los grupos sociales de alto nivel. Desde la cultura centroeuropea de los campos de urnas, de fines de la Edad del Bronce, se conocen los vasos de bronce martillado que, casi con seguridad, contenían bebidas para las fiestas o ceremonias comunitarias, a la vez que otros vasos de menor tamaño y provistos de asas que servían como cazos o copas para probar las mezclas. Los juegos de este tipo destinados a las bebidas eran también importantes enseres aristocráticos en la Edad del Hierro de Hallstatt, al norte de los Alpes, y en conjuntos contemporáneos de los cementerios más importantes de Italia septentrional. Desde fines del siglo VII a. C., en los Alpes orientales y en las regiones circundantes de la cabecera del Adriático, creció el gusto por ornamentar este tipo de vaso de láminas de bronce (sítula) con escenas que no sólo representaban procesiones de guerreros y animales sino también ceremonias y festines en que aparecen esas mismas vasijas durante su uso. De esta manera, unos objetos mudos pueden dar un reflejo de las actividades sociales en las que alguna vez intervinieron.

Ya hemos señalado la importancia de la interacción de la Europa bárbara y el mundo de la Antigüedad clásica: la

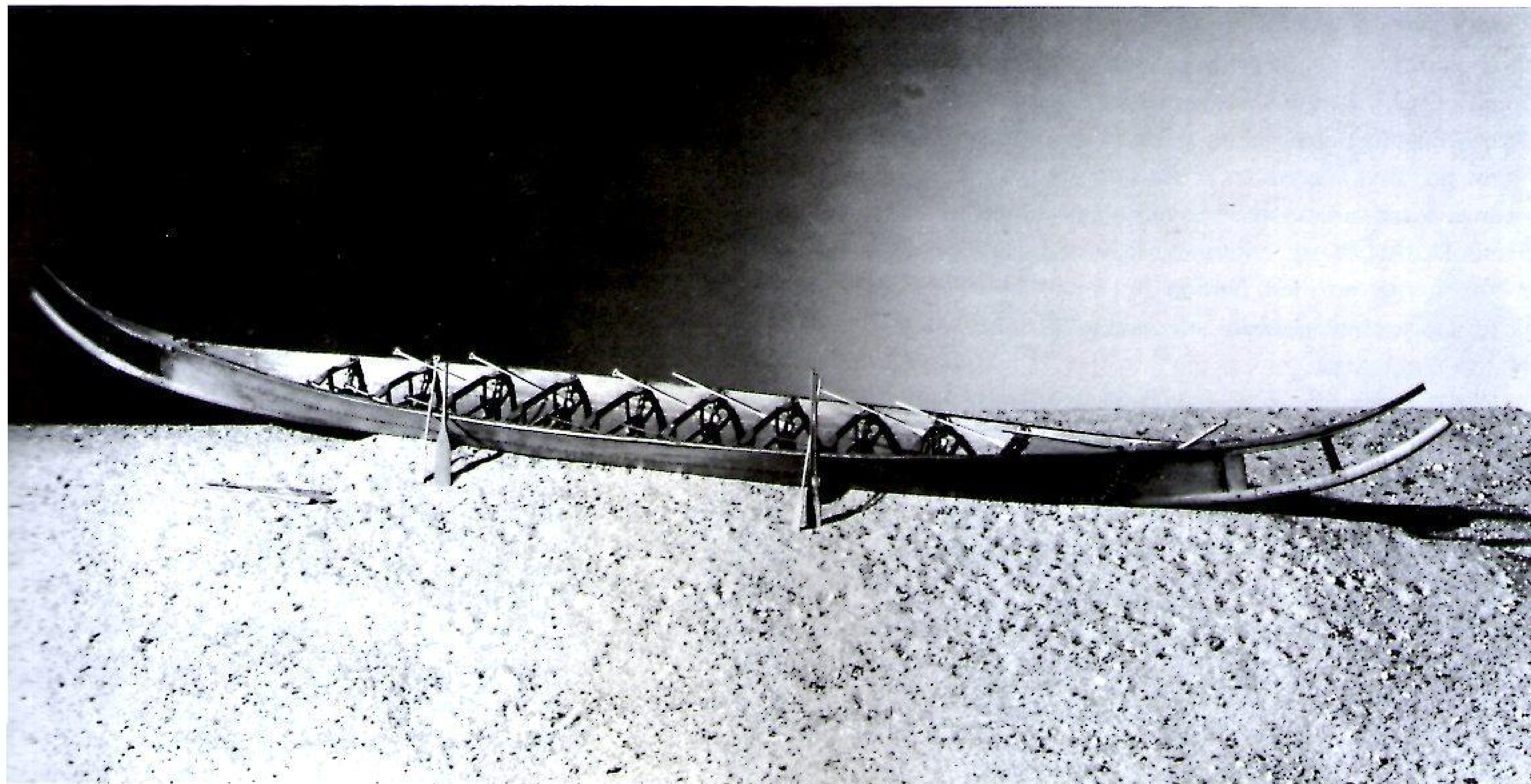


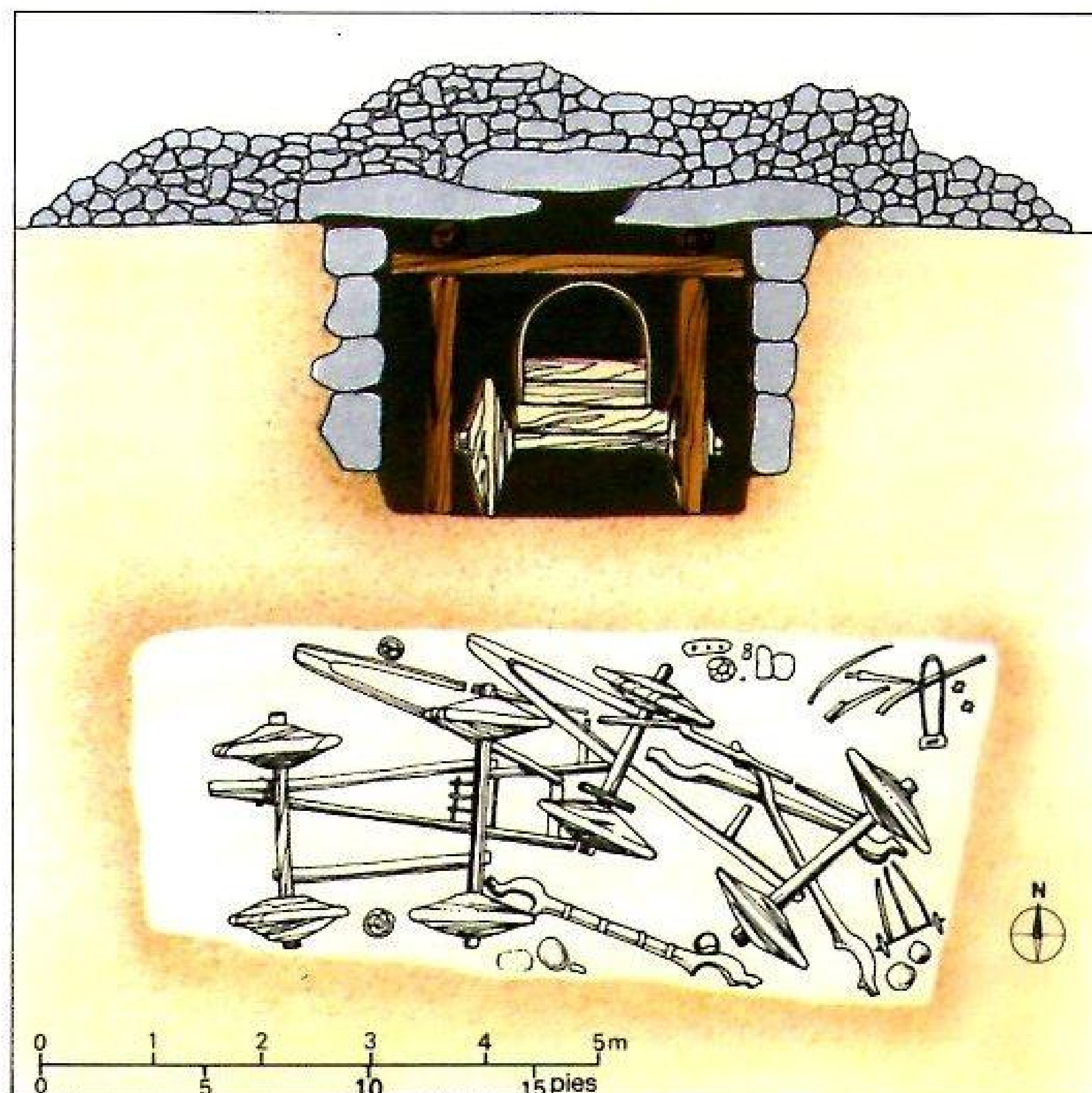
Arriba: Relieves rupestres de la Edad del Bronce, encontrados en Herrestrup, Dinamarca; son representaciones de naves de proa elevada. Museo Nacional de Copenhague.

Abajo: Reconstrucción de una nave de la Edad del Hierro, cuyos restos se hallaron en Hjortspring, Dinamarca; el método de construcción fue el de tablas atadas y el modelo, de proa y popa elevadas. El barco contenía un notable tesoro de armas, incluidas más de 300 espadas, picas y escudos. Museo Nacional de Copenhague.

importación del vino mediterráneo sin duda desempeñó un papel nada menor en el fomento de esas relaciones. Con la fundación de la colonia griega de Massilia (Marsella) hacia el 600 a. C., se introdujeron en Galia la viña y el olivo y a fines del siglo V, como veremos, las tumbas celtas aristocráticas de Europa central y occidental a menudo contienen frascos de vino importados del sur de los Alpes o copiados de otros etruscos, también importados. Arqueológicamente, el comercio de vino desde el Mediterráneo se puede seguir por la distribución de las ánforas, grandes vasijas de cerámica en que se transportaban las cargas de vino hacia fines de la Edad del Hierro, hasta mercados tan remotos como los del sureste de Britania. En realidad, no todas las comunidades celtas desarrollaron el gusto por el vino meridional. César afirma que la tribu de los nervios no permitía que se importara vino a sus tierras, lo que explica la escasez de ánforas en el norte de Galia, en contraste con la Britania belga, e igualmente las fuentes literarias irlandesas sugieren que la cerveza era la bebida más común en el occidente celta. Sin embargo, fuera cual fuese la preferencia local, no se puede discutir la reputación de bebedores que los celtas se ganaron entre los autores clásicos, ni la importancia social de los festines y la bebida en la épica de los propios irlandeses.

Naves y barcas. Este comercio a larga distancia exige medios de transporte adecuados por tierra y por mar. Sabemos que en el Egeo se construyeron grandes naves de







Planta y sección transversal de un enterramiento de carro, bajo el Túmulo 2 de Lchashen, junto al Lago Sevan, en Armenia (*izquierda*, según Mnatsakanian), y la restauración de un carromato similar, con ruedas de madera maciza y cubierta con forma de arco, del Túmulo 9 (*derecha*).

remo, al menos desde el tercer milenio a. C. pero por esa misma época, en el norte y en el occidente atlántico, la construcción de barcos parece haber estado en un escalón mucho más rudimentario. El tipo de nave más antiguo del que se tiene testimonio arqueológico en Europa noroccidental es la canoa vaciada, que data del período mesolítico y continuó en uso al menos hasta fines de la Edad del Bronce en aguas interiores y, tal vez, en la navegación costera, si no para el transporte en altura. Los cuévanos de mimbres embreados y las arcas, con una estructura de mimbre tejido cubierta de cuero, sin duda tienen una antigüedad semejante pero, por su poca versatilidad de maniobra, no habrán sido demasiado aptos para viajes largos por mar abierto en la zona atlántica europea. Con todo, si la introducción de la cultura neolítica en Britania e Irlanda implica una colonización sustancial originada en el continente europeo, hemos de concluir que las barcas de la época eran bastante adecuadas, aunque la travesía resultara peligrosa.

Desde principios de la Edad del Bronce, al menos, el testimonio arqueológico señala conexiones marítimas regulares entre Irlanda, Escocia y Europa septentrional, por un lado, y Britania occidental y las costas francesas de Bretaña, por otro. Antes del fin del segundo milenio, si las embarcaciones rescatadas en North Ferriby, a orillas del Humber, representan un tipo existente, los carpinteros eran capaces de construir naves de unos 15 m de eslora, con una manga de más de 1,5 m, hechas con tablas atadas entre sí. De una fecha algo posterior, aunque de tamaño y construcción comparables, era la nave datada en la Edad del Hierro y hallada en Hjortspring, en la isla danesa de Als. Esta embarcación, de más de 17 m de eslora, también hecha de tablas atadas, gobernada con un remo desde la popa y de proa elevada, recuerda las naves de remo representadas en las tallas rupestres escandinavas del segundo milenio. Que la nave de Hjortspring perteneció a un guerrero, nos lo demuestra la gran cantidad de armas en ella encontradas: espadas de hierro y no menos de 150 escudos y 169 picas. La construcción de embarcaciones y la tradición marinera, que se manifestaron más de

Reconstrucción de un carro de fines de la Edad del Hierro; tiene dos ruedas y proviene de Llyn Cerrig Bach, Anglesey, al norte de Gales; es el típico carruaje de guerra que encontró César en Britania. Museo Nacional de Gales, Cardiff.





Vehículos de culto de la Edad del Bronce, procedentes de Dupljaja, antigua Yugoslavia (*arriba*, Museo Nacional de Belgrado) y de Trundholm, Dinamarca (*abajo*, Museo Nacional de Copenhague. El uso de ruedas de cuatro radios en ambas representaciones nos da una clave valiosa para el desarrollo de la artesanía de los carreteros.

mil años después con la irrupción de los vikingos en occidente, ya estaba en marcha en Escandinavia hacia el fin de los tiempos prehistóricos.

Para la Edad del Hierro occidental, debemos suponer la existencia de naves más fuertes, de mayor manga, aptas para transporte de cargas, algunas tal vez dotadas de quilla y con mejores costuras en el casco. Sin embargo, el testimonio arqueológico es escaso y nuestras fuentes principales son literarias; incluso en el caso de una descripción detallada –la que hace César al hablar de su enfrentamiento con la flota venética en el 56 a. C.–, la referencia se limita a una región específica de la costa atlántica. Según el relato de César, las naves galas eran de poco calado, para superar los bajíos; sus altas proas estaban reforzadas, como las popas, para hacer frente al embate reiterado de las olas; las costillas de los cascos eran vigas de roble clavadas, las anclas pendían de cadenas de hierro más que de cuerdas y las velas, en su mayor parte, eran de cuero y no de tela, para sobrellevar mejor los vendavales del Atlántico. Si César dominaba la táctica, los galos tenían una mayor habilidad natural para la marinería, para enfrentar la mar gruesa del oeste y las cercanías del Canal, en cuyo cruce hacia Britania, un año más tarde, la flota romana sufriría serios daños durante una tormenta.



Carros de carga y de guerra. Si nuestro conocimiento de las embarcaciones prehistóricas proviene sobre todo del norte y del oeste, las huellas arqueológicas del transporte terrestre son mucho más abundantes en el centro y el oriente europeos. Se ha discutido mucho acerca de los orígenes del transporte sobre ruedas y la investigación actual indica que se introdujo en las estepas caucásicas septentrionales y meridionales, al menos en tiempos tan arcaicos como los de su documentación en Mesopotamia. Piggott señaló con cuidado la diferencia entre las carretas de cuatro ruedas y los carruajes de dos ruedas: las primeras tuvieron un uso doméstico y agrícola en comarcas relativamente llanas; los segundos eran maniobrables en terreno montañoso. Ambas formas están bien representadas en enterramientos de fosa cubiertos con túmulos en Transcaucasia, al norte de la región póntica, fechados hacia principios del tercer milenio a. C. y, quizá, con antecedentes de fines del cuarto milenio.

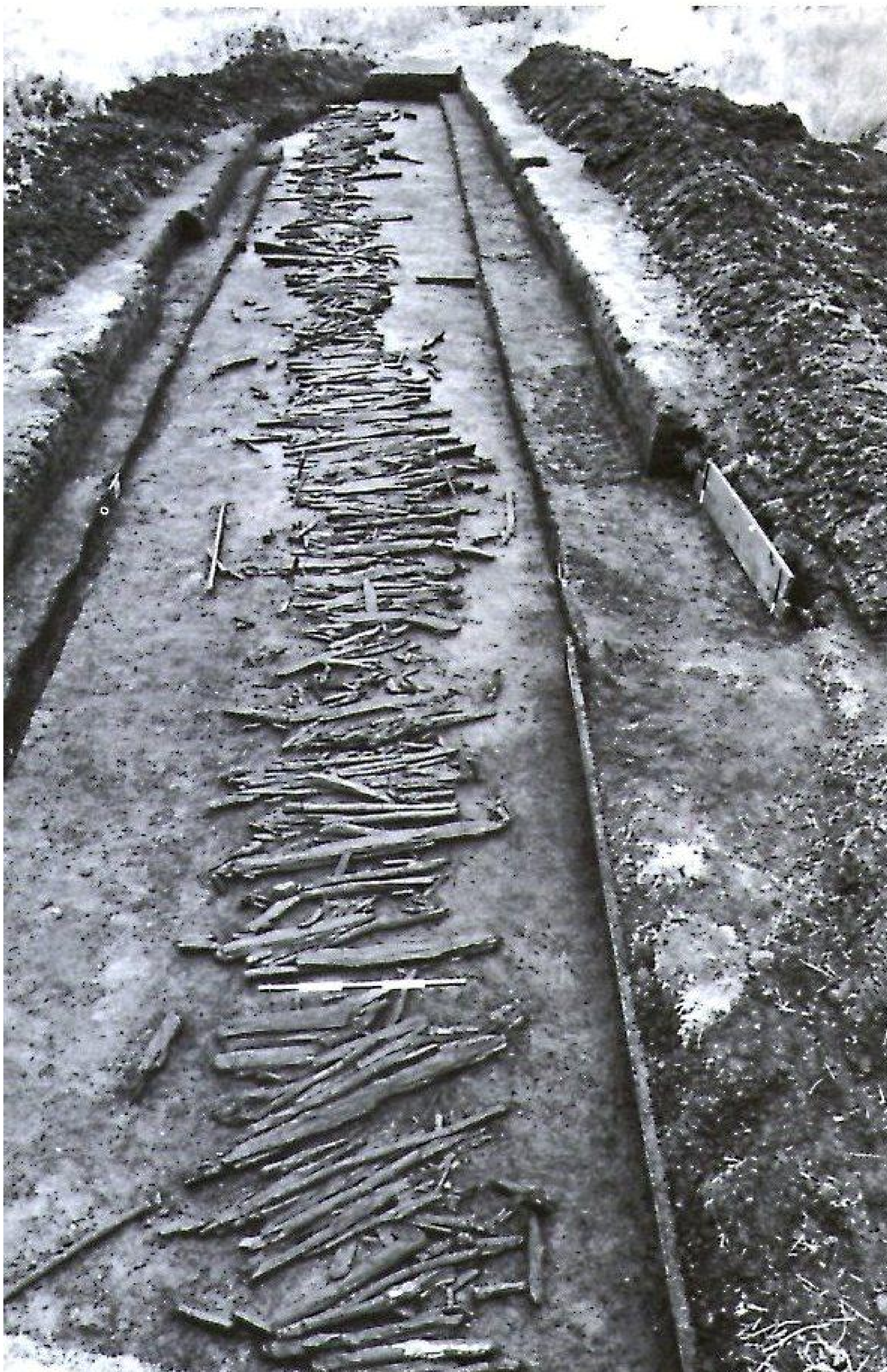
Las carretas de Lchashen, junto al Lago Sevan en Armenia, nos dan muchos datos: su diseño en forma de A, que recuerda unas parihuelas de arrastre o *travois*, nos hace



Arriba: Puntas de flecha con púas y espigas, de sílice, de un enterramiento de la cultura crateriforme, hallado en Radley, Oxfordshire, Inglaterra, con unos «pendientes» en forma de cesta, que están entre los trabajos ornamentales de orfebrería más antiguos del noroeste de Europa. Museo Ashmoleano de Oxford.

Abajo, izquierda: Paso de carros, de madera, del período neolítico, en Abbot's Way en Somerset, Inglaterra; las tablas de aliso forman la base, de más de un metro de ancho.

Abajo: Reconstrucción de un arco largo del neolítico, basado en ejemplares hallados en excavaciones; las flechas están emplumadas y provistas de las características puntas en forma de hoja. Museo de Arqueología y Etnología de Cambridge.





pensar que pudo haber otras formas de transporte antes de la introducción de la rueda. Las propias ruedas, como las de fines del neolítico europeo occidental, son sólidas al comienzo, construidas no con una pieza única hecha con una sección transversal de un tronco, lo que las haría muy débiles por la situación de las vetas, sino con tres tablas o más, recortadas y unidas con espigas o tarugos. Además de los requisitos de la madera, de la capacidad técnica y de las herramientas correspondientes, esta innovación también implica la existencia de animales de tiro, que en un principio fueron bueyes y no caballos. Según dice Piggott, «la adopción del transporte sobre ruedas a fines del neolítico europeo parece un avance tecnológico añadido a las comunidades de las aldeas agrícolas, en paralelo con la adopción generalizada del arado a tracción, tirados, carros y arados, con un par de bueyes».

Los restos de carretones y carros en las tumbas, o de ruedas conservadas en la turba, en las comarcas del norte de Holanda, no son la única fuente arqueológica de información respecto a esos vehículos. También conocemos modelos de arcilla cocida de Europa oriental y suroriental, en los que se advierte que las ruedas sólidas siguieron en uso hasta principios de la Edad del Bronce. Sin embargo, a mediados del segundo milenio, los carreteros de la Grecia micénica habían adoptado las ruedas de radios –innovación técnica que exigía el uso de herramientas perfeccionadas para hacer las muescas en que se ajustan los radios en el cubo y en la llanta– y con ellas, obviamente, el carro de guerra, más práctico gracias a ese método de construcción más ligera. En la última mitad del segundo milenio, las ruedas de radios se habían introducido ya en Europa central y occidental y por el norte llegaban hasta Escandinavia, donde aparecen en relieves suecos hechos en piedra. También en este caso los modelos corroboran los datos. El famoso vehículo de culto hallado en Trundholm, en el noroeste de la provincia holandesa de Zelandia, con su caballo de bronce que tira de un disco solar de oro, está montado sobre seis ruedas de cuatro radios, de una forma casi idéntica a las de los relieves de Frännarp o de la tumba micénica V, mientras que el mismo diseño se observa en el modelo cultual de cerámica y de tres ruedas descubierto en Dupljaja, Serbia.

En la Edad del Hierro de Hallstatt, como veremos, el enterramiento de carro era el sello de un ritual funerario aristocrático y la excavación de un número de asentamientos, desde la República Checa y Eslovaquia hasta el oriente de Francia, nos ha dado mucha información con respecto a tecnicismos constructivos. La tradición de enterramientos de carros, a veces incluido el tiro de dos caballos, pero más habitualmente sólo con piezas específicas de los arneses de los caballos, continuó hasta los primeros tiempos de la Edad del Hierro de La Tène, en la región del Marne, de donde la idea de incluir un carro de dos ruedas entre los bienes fúnebres de enterramientos aristocráticos se transmitió a Yorkshire oriental. Es difícil determinar si esos carros de dos ruedas se usaron de verdad como vehículos de guerra, pero sin duda, en el siglo I a. C., los carros constituyeron en Britania un elemento clave en la resistencia de los nativos ante la invasión romana. El uso del carro en batalla ya había desaparecido en Galia por esa época, pues César reitera que para sus tropas era una táctica nueva y alarmante. Así describe el despliegue de los carros de los nativos, en su relato de la primera campaña entre los britanos:

«Primero avanzan en todas las direcciones, arrojan proyectiles y, por lo común, siembran confusión en las filas con el espectáculo imponente de los caballos y el estrépito de las ruedas y, cuando se han abierto paso entre las tropas de caballería, saltan de sus carros y luchan a pie. En tanto, los conductores se apartan poco a poco de la batalla y acomodan sus vehículos de modo que, si sus hombres se ven abrumados por el número de los enemigos, disponen de los medios para retirarse en busca de sus aliados. Así es como en la batalla se distinguen, porque tienen tanta movilidad como la caballería y tanta estabilidad como la infantería y, gracias al uso constante y al entrenamiento, se han vuelto tan eficientes que están acostumbrados a controlar sus caballos lanzados al galope cuesta abajo, a detenerlos, hacer que giren, correr por la pértiga, plantarse sobre el yugo y volver a su posición anterior en el carro, a toda velocidad.»

La habilidad, la osadía y la temeridad de los aurigas celtas están expuestas en la épica irlandesa, por la que sabemos que el guerrero mismo era un hombre de alto rango y su auriga, en todo caso, un hombre libre. Aunque se admita que hay adorno literario en el ciclo de Ulster, es evidente que ocuparon una posición especial en la sociedad celta. Ningún vehículo de aquellos sobrevivió intacto en Europa occidental, porque su estructura básica –bastidor, lanza y yugo– y los laterales de la caja eran de madera, o de mimbre tejido estos últimos y, por tanto, de corta duración. De las distintas partes de esos carros y carretones, las ruedas son las más duraderas, por supuesto, aunque también se han encontrado yugos en Holanda y Dinamarca y en Europa central, dentro de contextos de Hallstatt y La Tène, algunos otros provenientes de carretas pesadas.

Es obvio que para los carros de guerra, más veloces y maniobrables, se necesitaban animales de tiro más ágiles que los usados en los carretones rurales o que los onagros que se emplearon para arrastrar pesadas carretas cargadas





Arriba: Guerrero de la cultura de campos de urnas, provisto de sus armas y armadura características, reconstrucción hecha por Müller-Karpe según restos excavados de ese período.

Izquierda: Desarrollo de las espadas de bronce en la cultura de túmulo de Europa central; (1) tipo Sauerbrunn; (2-3) tipos Boiu y espadas de empuñadura unitaria de tipo Sprockhoff 1b (4) y 1a (5).

de armas en Mesopotamia; debemos pensar que su introducción fue apenas anterior a la de los caballos de tiro, o coincidente con ella, domados por primera vez quizá en las estepas durante el tercer milenio y asociados, de modo convencional, con la aparición de pueblos hablantes de lenguas indoeuropeas. Sin embargo, es difícil detectar este proceso en términos arqueológicos porque, aunque la presencia de bridas en contextos de fines del neolítico y principios de la Edad del Bronce en el sur de Rusia y en el este de Europa central es, por cierto, un testimonio de la domesticación de los caballos, es más que probable que para arrastrar vehículos originalmente se controlara a los caballos mediante una banda pasada por encima de los ollares o algo semejante.

A lo largo del segundo milenio, parece que en Europa los caballos se usaron como animales de tiro y hasta la Edad del Hierro de Hallstatt (siglo VII a. C.), aproximadamente, no encontramos testimonios de la existencia de jinetes; aun entonces se supone que montar un caballo era

mucho menos distinguido que conducir un carro. Un argumento que se demostró con el uso de la caballería en el período de Hallstatt deriva del desarrollo de la espada larga que, según Cowen, servía para golpear desde la silla más que para luchar a pie. Una escena de batalla, representada en una vaina de una espada de principios de La Tène y proveniente de un cementerio de la cultura Hallstatt, incluye soldados de caballería, pero los guerreros montados están provistos de picas. Powell aducía que la palabra caballería, en el sentido de un cuerpo de jinetes armados que actúan en conjunto, era inapropiada para un contexto celta de guerra, ya que los jinetes individuales, incluso en la Galia del siglo I, cuando los *equites* (caballeros), se supone, habían reemplazado allí la tradición anterior de luchar desde los carros y lo hacían de un modo más o menos independiente, aunque es probable que con el apoyo de sus auxiliares.

Armas y combates. Sin embargo, antes de desarrollar el tema de la guerra celta, deberíamos echar una mirada a los testimonios arqueológicos de los anteriores métodos bélicos. La arquería está bien atestiguada desde, al menos, los tiempos mesolíticos porque, aparte de las puntas microlíticas que coronan las propias flechas, las pinturas rupestres del período en el este de España representan arqueros en acción, tanto en escenas de caza como en enfrentamientos con otras bandas de arqueros. También se conocen casos de enterramientos mesolíticos y neolíticos en que se han encontrado puntas de flecha incrustadas en los huesos, un testimonio tétrico del uso del arco como arma de guerra. En el norte de Europa, Gran Bretaña y las regiones alpinas se han encontrado muchos arcos, por lo común hechos de varas de tejo –aun cuando no faltan los de olmo y pino–, y de hasta 1,9 m de longitud, pero también algunos bastante más cortos. Las astas de las flechas se pulían con cuidado para facilitar el vuelo, se emplumaban y las puntas se metían en una muesca del extremo, fijadas con resina y atadas con tendones de animales. Las puntas de sílice del período neolítico terminaban en un vértice o eran transversales; estas últimas tenían un borde cortante más largo, que producía una herida mayor y más sangrante, lo que en la caza habrá sido una buena manera de llevar la presa al terreno adecuado, antes de que los perseguidores perdieran su rastro.

La arquería está en asociación especial con la cultura de la cerámica crateriforme de las zonas central y occidental de Europa. Los conjuntos funerarios característicos contienen puntas de flecha de las típicas formas de púas y espigas, a veces en grupos de hasta seis o siete, que sugieren un carcaj completo enterrado con el difunto, como en



Arriba: Yelmo de oro con ornamentación muy elaborada, h. 400 a. C., procedente de Cotofanesti, Rumania. Museo Nacional de Antigüedades, Bucarest.
Abajo: Yelmo ceremonial del período de La Tène; procede de Amfreville, al norte de Francia; está decorado con el característico estilo curvilíneo del arte celta temprano. Museo de Antigüedades Nacionales, St Germain-en-Laye.



Wilsford, localidad de Wiltshire, y en Stanton Harcourt, Oxfordshire; pero no sólo eso, sino también equipamiento auxiliar, como las «muñequeras» de pizarra, que se encuentran en tumbas de la cultura crateriforme desde Britania hasta la península hispánica. Aunque las puntas de flecha de sílice de esta forma avanzada se encuentran a veces en contextos de principios de la Edad del Bronce, desde esta época su aparición disminuye y, en ocasiones, se ha sugerido que la práctica de la arquería se fue perdiendo en Europa, igualmente, desde mediados del segundo milenio hasta que la reintrodujeron en el oriente continental y en el Egeo los invasores escitas y los mercenarios, a mediados del primer milenio.

En realidad, hay un buen número de puntas de flecha de bronce pertenecientes a tipos distintivos diversos, atribuibles al período intermedio y distribuidos con amplitud desde el oriente de Europa central hasta los Pirineos, aunque no muy bien representados en Britania, como lo han demostrado Mercer y otros. De esos ejemplares, el grupo más antiguo parece ser el de puntas de flecha de cobre con púas, de la cultura argárica del sur de España, fechada hacia principios del segundo milenio, junto a puntas de flecha de bronce, tal vez derivadas de modelos de púas y espigas procedentes del oeste del Rin. En Europa central las puntas de flecha de bronce con muesca parecen haber sido un invento indígena de la cultura de túmulos de mediados de la Edad del Bronce, desarrollado en Alemania suroriental, de donde lo tomaron las regiones adyacentes del noreste y suroeste, en la fase siguiente de la cultura de campos de urnas. El tipo de punta de flecha de bronce «con espolones» puede haber sido, una vez más, un desarrollo de Europa central, ya que los ejemplares se presentan en contextos de la cultura de campos de urnas, sobre todo en el suroeste de Alemania, antes de la aparición de los tipos escitas orientales, con lo que han de estar estrechamente relacionados. Las puntas escitas características «de tres alas» también se conocen en el sur de Francia, donde sólo se pueden haber introducido con otros tipos mediterráneos orientales, en conexión con las empresas comerciales de los griegos en el oeste. Sin embargo, estas formas exóticas contrastan con la corriente principal de puntas de flecha europeas de la Edad del Bronce que, como sugirió Mercer, se habrían usado en primer lugar para la caza y, de su aparición reiterada en las tumbas ricas, podemos deducir que se trataba de una actividad de esencia aristocrática.

En la Edad del Hierro el arco no desempeñó un papel significativo como arma de guerra en el mundo celta, aunque parece ser que se emplearon arqueros contra César al menos una vez durante su campaña en las Galias; las armas ofensivas principales eran las picas arrojadizas y la espada. No obstante, en forma ocasional, aún encontramos equipos de arquería enterrados en tumbas principescas, como la que se encontró debajo del montículo de Hohmichele, cerca de la fortaleza de Heuneberg, sobre el curso superior del Danubio, donde se halló una aljaba, probablemente de cuero, con una decoración muy elaborada de tachas de bronce, que contenía no menos de 52 puntas de flecha de hierro. Estos bienes funerarios pueden ser una prueba del prestigio de un príncipe de Hallstatt como tirador, pero las fuentes arqueológicas y literarias también nos dejan claro que no eran, necesariamente, un reflejo de sus proezas en las artes marciales.



Arriba: Fragmento de una representación zoomorfa de Deskford, Banffshire, Escocia, posiblemente el pabellón de un cárnix o trompeta de guerra celta. Museo Nacional de Antigüedades, Edimburgo.

Página opuesta: Franja de la decoración del caldero de Gundestrup, Dinamarca: muestra figuras de hombres que soplan en sus trompetas de guerra y llevan yelmos rematados con imágenes de aves. Museo Nacional de Copenhague.

El desarrollo de armas alternativas en el segundo milenio a. C. tiene un nexo íntimo con los avances tecnológicos en la metalurgia del cobre y del bronce, y la arqueología de la Edad del Bronce europea se ocupa, en no poca medida, de la clasificación y ordenamiento en series de las armas, de los elementos técnicos de su diseño y de la fijación de las empuñaduras, a medida que los armeros se esforzaban por hacerlas más adecuadas y fuertes. Los pequeños cuchillos de cobre, triangulares, del período de la cultura crateriforme, pronto se vieron superados por los puñales de bronce de forma triangular u ojival de principios de la Edad del Bronce. Una modificación particular de esos puñales, tal vez desarrollada a principios del período en los talleres de Europa central pero diseminada desde allí hasta comarcas tan occidentales como Irlanda y el



suroeste peninsular, fue la alabarda, en la que la hoja se montaba de lado en un asta más larga, para hacer un arma semejante a una pica.

Con el perfeccionamiento creciente de la fundición, los puñales cortos, de principios de la cultura de túmulos centroeuropea, se desarrollaron ampliando las hojas hasta convertirlas en estoques o espadas, al comienzo en una versión bastante poco práctica, en la que el ancho máximo de la hoja estaba cerca de la empuñadura, y con el tiempo en otra, de hojas de lados rectos y mejores sistemas de fijación de la empuñadura. Entre tanto, en la zona oriental centroeuropa, la floreciente industria del bronce de la cultura de los otomani producía espadas de empuñaduras de bronce, con hojas elegantes y ornamentadas –como las de los tesoros de Apa y de Hajdusamson del noroeste de Rumania y del noreste de Hungría–, además



Escudo de la Edad del Hierro, procedente de Witham, Lincolnshire, Inglaterra. Tiene diseños curvilíneos y zoomorfos, un *umbo* y nervadura centrales y redondeles como remate, superpuestos a una imagen semiborrada de un jabalí. Museo Británico.

de una variedad de hachas de combate que atestiguan el carácter militar de las culturas ocupantes de esas comarcas a principios y mediados de la Edad del Bronce. Con la expansión de la cultura de campos de urnas hacia fines del segundo milenio, llegó el desarrollo de la espada de bronce maciza, cuyo peso se distribuía por toda la hoja para dar fuerza a los golpes descendentes. Esta forma, con un número de variantes regionales, siguió siendo el diseño básico de fines de la Edad del Bronce, hasta que los tipos de Hallstatt, hechos de bronce y de hierro, lo superaron.

Aparte de la fabricación de armas bélicas ofensivas, espadas y hachas de guerra, más o menos eficaces, a fines de la Edad del Bronce también se produjo la introducción de distintos tipos de equipos protectores: yelmos, escudos y, lo más notable, armaduras corporales, como una innovación casi con seguridad derivada de la cultura griega micénica. Entre los ejemplos más tempranos están los corseletes incompletos de Čaka y de Duesvé en Eslovaquia occidental, que datan de principios de la cultura de campos de urnas, hacia fines del siglo XIII a. C. Diversas formas de yelmos –crestados, campaniformes o del tipo gorra– se encuentran en toda Europa central y occidental y llegan hasta el sur de los Alpes a comienzos del primer milenio. Las grebas europeas más antiguas también aparecen en el período de los campos de urnas. Un ejemplo, de Rinyaszentkirály, en el norte de Hungría, que se ha fechado con toda certeza por los bronces asociados con él, está ornamentado con cuatro patos y un par de ruedas de radios, hechos con puntos repujados; la misma técnica ornamental, observada en un par de grebas provenientes de la localidad morava de Kuřim, indica un horizonte cronológico similar. Todos estos tipos nuevos se concretaron gracias al dominio de las técnicas del trabajo del bronce en láminas y deben pertenecer a armaduras de exhibición de aristócratas guerreros. En la práctica, se diría que para soportar un golpe de espada bien asestado, tales piezas habrán estado montadas sobre una base de cuero, incluidos los escudos circulares de fines de la Edad del Bronce, como lo han demostrado con claridad los experimentos modernos.

Algunas de estas innovaciones de fines de la Edad del Bronce siguieron en uso, modificadas o desarrolladas, durante la siguiente Edad del Hierro. Por un período breve en la fase tardía de Hallstatt, como veremos, la espada larga fue superada en Europa central y occidental por un arma más corta pero, implicara lo que implicase esto

en términos de tácticas, la popularidad de la espada larga se reafirmó a principios del período de La Tène, excepto en zonas periféricas como Gran Bretaña, donde su nueva introducción se demoraría por un tiempo. Los yelmos, como el ejemplar de Amfreville de muy elaborada ornamentación o las altas piezas cónicas de Dürrnberg-bei-Hallein y del Marne, en ocasiones están incluidos en la tumba de algún aristócrata guerrero. A veces rematan en la imagen de un animal o de un ave, tal como lo muestran las escenas del caldero danés de Gundestrup, o hay testimonios arqueológicos de yelmos exóticos, como el del yacimiento rumano de Ciumesti, en el que el águila de hierro con las alas desplegadas proporciona a su dueño, sin duda, protección física y espiritual a la vez. De igual manera, la armadura completa se mantuvo en uso al menos en Europa meridional y, hacia fines de la Edad del Hierro, hay pruebas de la introducción de la cota de mallas entre los celtas. En contraste con los escudos pequeños y circulares de fines de la Edad del Bronce, los escudos de la Edad del Hierro, hacia el siglo IV a. C. ya no se usaban tan sólo con el fin de parar los golpes, sino para una protección total del cuerpo y, por tanto, eran más grandes, de forma oval o rectangular con los ángulos redondeados y reforzados con un *umbo* (protuberancia) y una nervadura centrales. Ese modelo es un espécimen de la variante oval del escudo celta reproducido, por ejemplo, en el muy conocido «Galo moribundo», un mármol romano copia de un bronce de fines del siglo III a. C., original de la escuela de Pérgamo.

Varios elementos de esta pieza ilustran aspectos de las prácticas guerreras celtas. En primer lugar, representa al guerrero desnudo, lo que recuerda el relato de Polibio sobre los gesetas galos, los soldados desnudos que lucharon con picas en la batalla de Telamón (225 a. C.); en segundo término, el guerrero lleva un torques al cuello, un adorno que, según otros contextos, parece tener un significado simbólico y, quizá, implique que el hecho de pelear desnudos diera a los gesetas un auxilio ritual. Por último, el equipo de ese galo no sólo incluye una espada –en este caso no tiene la característica forma celta– sino también un par de trompetas de guerra curvas, de un tipo que arqueológicamente se conoce por un depósito de Llyn Cerrig Bach, en Anglesey, entre otros. La función de esos instrumentos, se supone, era semejante a la de la cárnix, una larga trompeta de guerra cuyo pabellón tiene la forma de una cabeza de animal, de la que un probable ejemplar, hallado en Deskford, se conserva en Escocia. También varias trompetas de esta clase están representadas en una franja del caldero de Gundestrup, tocadas por los integrantes de una procesión de jinetes que llevan yelmos y soldados de infantería con escudos de cuerpo entero. Los testimonios arqueológicos de las prácticas bélicas de los celtas, ya provengan de objetos que se han conservado o de representaciones en metal o piedra, concuerdan con los registros históricos de los métodos de lucha de este pueblo, osados, atronadores y temibles. En su estudio de la etnografía celta, Tierney citaba un pasaje de Diodoro Sículo que habla de las tácticas de combate de los galos:

«Sus armas incluyen escudos del tamaño de un hombre, con decoraciones individuales. Algunos tienen animales de bronce salientes de bella ejecución, que tanto sirven de defensa como de adorno. En la cabeza llevan yelmos de bronce, que también tienen grandes figuras superpuestas, lo que da a los soldados la apariencia de hombres de enorme estatura: en algunos casos los cuernos forman una pieza con el yelmo y, en otros, se trata de figuras en relieve de las partes anteriores de algún ave o de cuadrúpedos. Asimismo, sus trompetas son de un tipo bárbaro especial; cuando tocan con ellas producen un sonido áspero, en consonancia con el tumulto de la guerra. Algunos llevan pectorales de cota de malla, en tanto que otros luchan desnudos y a éstos les basta el pectoral que les ha dado la Naturaleza. En lugar de espadas cortas, usan otras, largas, sujetas con cadenas de hierro o de bronce a sus flancos. Sobre sus túnicas, algunos llevan cinturones chapados de oro o de plata. Las picas que blanden en batalla, a las que llaman *lanciae*, tienen puntas de hierro de un codo o más de longitud y de poco menos de dos palmos de ancho; sus espadas son tan largas como las jabalinas de otras gentes y sus jabalinas tienen puntas más largas que una espada.»

Aunque algunas de las proporciones aquí mencionadas sugieren el tipo de exageración literaria tan familiar en la épica irlandesa, en sus términos generales, no obstante, la descripción –sin duda basada sobre todo en las observaciones de escritores antiguos– parece de un grado de autenticidad razonable. Ciertos aspectos de la práctica celta, como la tradición del combate singular entre campeones rivales y la costumbre horrenda de llevarse las cabezas degolladas del enemigo, son temas recurrentes tanto en las fuentes clásicas como en las irlandesas; el culto cefálico está bien testimoniado en las cabezas esculpidas y las reales de los santuarios del sur de Francia. Por último, hemos de señalar un arma particular que, por lo común, no se registra en los textos clásicos entre el armamento celta, pero que sin duda desplegaron unos y otros en la batalla de Alesia, contra las fuerzas de César: la honda. Quizá el testimonio más notable sobre el uso de las hondas en el noroeste de Europa a fines de la Edad del Hierro sea el escondrijo de piedras de honda descubierto en la excavación de la gran atalaya de Maiden Castle, en

Dorset, donde se reunieron varios tesoros dentro de los depósitos del fuerte, como preparativos ante el avance de los romanos hacia Wessex.

Arqueología y fuentes históricas. Aun con una reseña tan limitada como ésta de las formas de vestir, de las bebidas, de las costumbres en los festines, de los métodos de transporte por tierra y mar, de las armas y tácticas bélicas, resulta evidente que, con todos los elementos necesarios, podemos inferir muchas cosas sobre los usos y costumbres de la Europa prehistórica tomando como punto de partida el testimonio arqueológico, apoyado por la utilización sensata de las fuentes históricas. Para informarnos acerca de la estructura de la sociedad, los rangos, los ritos, los hábitos sociales y cosas semejantes, dependemos mucho más de las segundas, como es lógico, aunque la arqueología nos brinda datos que, al respecto, no carecen por completo de claves. Es muy discutible hasta qué punto podemos remontar a una época muy lejana la aplicación de sistemas basados en descripciones referidas a los últimos siglos previos a nuestra era y que, a menudo, se escribieron mucho después de que aconteciesen los hechos aludidos; pero es aceptable pensar que las costumbres sociales y las prácticas religiosas se desarrollaron con mucha lentitud durante un milenio o más, antes de que los registros escritos más antiguos se interesaran por ellas, ya que ciertos aspectos de la sociedad celta de Galia en tiempos de las campañas de César (mediados del siglo I a. C.) se reflejan, casi mil años más tarde, en la literatura irlandesa de principios de la Edad Media.

Por ejemplo, se encuentran referencias a los celtas como uno de los pueblos periféricos del mundo civilizado en los textos de los historiadores y geógrafos griegos desde fines del siglo VI a. C. en adelante pero, al valorar esos datos y otros posteriores, hemos de plantear dos reservas importantes. Primera, en sus relatos pueden reflejar el entorno etnográfico de su propio tiempo y, hasta cierto punto, la filosofía, la moral y las costumbres de su propia sociedad y no de la celta. Segunda, sus descripciones pueden basarse menos en la observación que en la convención y, asimismo, las costumbres atribuidas a los celtas quizá sean las que típicamente se adjudicaron a cualquier pueblo bárbaro cuya tierra era remota e inhóspita. Está también muy claro que la recurrencia de esas informaciones en autores sucesivos no se ha de ver, necesariamente, como una corroboración, ya que uno puede tomar un préstamo directo de otro. Tierney demostró sin dejar espacio a la duda que César, Diodoro Sículo, Estrabón y Ateneo, entre otros, tomaron material de la etnografía de Posidonio, quien a principios del siglo I a. C. escribió una historia hoy perdida. La adaptación y la síntesis dieron por resultado la corrupción del original de Posidonio pero, por las citas que pueden recuperarse en escritores tardíos, ese texto demuestra haber sido un comentario de agudeza extraordinaria.

En todos esos escritores algunos temas se reiteran. Muchos, desde Aristóteles, subrayan el valor y la osadía de los celtas en la batalla. Otros, como Sopater, se detienen en sus prácticas de cumplir sus sacrificios rituales echando mano de los cautivos; César, Diodoro y Estrabón refieren algunas variantes de detalle en esta costumbre horrenda. Ateneo, que escribía en tiempos muy tardíos (siglo II d. C.) aunque al parecer parafrasea muy de cerca a Posidonio, hace hincapié en la exuberancia celta en materia de festines y bebida –tema muy repetido en los autores clásicos–, a la vez que habla de la costumbre de adjudicar el mejor corte de carne al campeón reconocido de cada compañía y de las disputas que podían surgir tras esa adjudicación. En la literatura irlandesa, la parte del campeón conserva su importancia como uno de los elementos reiterados en la sociedad heroica pintada en el ciclo de Ulster. También en este caso se cantan alabanzas de los héroes, a los que se muestra como hombres jactanciosos y altivos, dados a probar sus palabras en combate singular, algo semejante a lo que muestran en sus descripciones de los galos Diodoro y Estrabón. Se decía que los tesoros de oro y plata eran de gran interés para los celtas, una manifestación que se confirma en los testimonios arqueológicos. Es obvio que, en su mayoría, estos comentarios no parecen haber sido más que observaciones corrientes, pero no hay motivo para que, por eso, las consideremos carentes de veracidad.

Estructura social. Más estimulantes son las referencias a la estructura de la sociedad en Galia. Sin duda, César resumía sus fuentes al decir que sólo había dos clases sociales de importancia, los nobles o *equites* y los druidas. A estos últimos asigna múltiples funciones, entre las que se cuentan la administración de justicia en casos de disputa y, además, la dirección de sacrificios públicos y privados y la memorización de gran número de versos, unas actividades que para Diodoro y Estrabón estaban limitadas a augures y bardos, respectivamente. Podemos afirmar que César exageraba el papel de los druidas, aunque no sabemos si lo hizo o no por razones políticas, ya que nunca vuelve a hablar de ellos en sus comentarios. El testimonio irlandés sugiere que la unidad básica comunitaria era el *tuáth*, que en la mayoría de los casos parece haber sido numéricamente menor que las tribus galas y que estaba dirigido por un rey. Por debajo del rey se alineaban, en primer término, los nobles o aristocracia guerrera, y por debajo, las clases inferiores de hombres libres. Estas clases

bajas, según la convención de la literatura épica, apenas si aparecen en la narrativa irlandesa, aunque el auriga disfrutaba de una relación especial con su amo guerrero; pero César afirma que en Galia nada de eso tenía consecuencias en la sociedad y que se trataba de una situación apenas mejor que la de los esclavos.

En Irlanda, la tribu era la unidad básica en todos los niveles de la sociedad: un nuevo rey se elegía en la familia de su predecesor, pero al parecer no obligatoriamente entre los descendientes directos por línea masculina. En Britania, en el siglo I d. C., tenemos conocimiento histórico de dos casos de mujeres que se desempeñaron como jefas tribales: Boudicca entre los icenos y Cartimandua entre los brigantes; por sus actividades, ninguna de las dos parece haber estado inhibida en su autoridad política a causa de su sexo. En tiempos de las campañas de César en Galia, ciertas tribus habían abandonado la monarquía para adoptar la elección de magistrados, sobre todo las que habitaban el centro y el sur, cuya proximidad con la provincia romana, sin duda, explica la introducción de esta costumbre. Las decisiones políticas cruciales se adoptaban en reuniones de consejo, tanto en Galia como en Britania en el siglo I a. C., ya fuera entre los aristócratas gobernantes o en una asamblea de jefes aliados. Hay que señalar que tanto de Vercingétorix, jefe de los arvernos, como de Casivelauno, señor de los britones, César dice que el consenso de los suyos les dio la responsabilidad de dirigir la resistencia contra Roma.

Dos costumbres muy destacadas en las fuentes irlandesas tienen confirmación en las breves alusiones a su existencia en la Galia prerromana. La primera era el sistema de clientela, por el que un hombre libre y su familia se podían poner en situación de dependencia respecto de un señor poderoso, a cambio del patronazgo y la protección de ese personaje. Este sistema se podía aplicar a todo un *tuáth* irlandés y su resultado era una alianza de grupos individuales en unidades de población mayores, bajo el mando de un soberano máximo, cuyo prestigio y autoridad aumentaba según el número de clientes que dependieran de él. Polibio y Ateneo aluden a esta práctica entre los celtas, mientras que César indica que el sistema se aplicaba por igual entre entidades tribales mayores; también nos deja ver cuál era la clave del arreglo, cuando afirma que «cada [señor] no permite que se oprima o defraude a los suyos [los clientes], porque de otro modo no tendría autoridad sobre ellos». Powell argumentó, de un modo admisible, que esa obligación fue la que hizo que los arvernos se enfrentaran con los romanos para apoyar a los derrotados alóbroges en 121 a. C., no porque Bituito tuviera alguna posibilidad de victoria, sino porque su prestigio como jefe máximo de sus clientes estaba en entredicho.

Con esta costumbre se relacionaba la práctica de la adopción, por la que niños y niñas se enviaban a una casa de mayor rango social, para que allí recibieran educación. Es de suponer que a esto se refiere César al decir que los galos consideraban una desgracia que un muchacho, no cumplida aún la edad de llevar amas, apareciera en público en presencia de su padre. En los relatos irlandeses, como postulara Anne Ross, los lazos de adopción eran muy fuertes, y así se demuestra en *Táin Bó Cúailnge* (El robo de ganado de Cooley), por el enfrentamiento trágico entre el héroe, Cúchulain, y su hermano adoptivo Fer Diad.

Sobre otras convenciones y prácticas sociales, es probable que las fuentes sean menos dignas de confianza. Los temas de dotes y matrimonios, según señaló Tierney, eran habituales en la etnografía griega y se discute si los comentarios de César acerca de las costumbres galas, por ejemplo, se basan en observaciones cuidadosas o en un interés específico por el tema. Su aseveración de que los galos tenían mujeres en común –en contraste con la práctica normal de la monogamia, referida por Tácito al hablar de los germanos– encuentra apoyo en una costumbre irlandesa semejante, aunque en cada caso parece ser que se consideraba como la principal a una de esas mujeres. Por lo que sabemos, en las comunidades celtas se practicaba la endogamia, con la posible excepción de la clase gobernante que, según cree Powell, podía casarse fuera de su *tuáth*. En cuestiones de esta índole, es evidente que debemos tratar las fuentes históricas con cautela y tener un enorme cuidado, para no extrapolar fragmentos de información e interpretarlos a la luz de otros sistemas etnográficos.

Incluso una breve mirada a las fuentes literarias referidas a los pueblos y costumbres de la Europa protohistórica es suficiente para iluminar algunos puntos oscuros, de los encontrados para correlacionar los testimonios históricos y los arqueológicos. Es indiscutible que la historia se ha de juzgar según criterios históricos y que la arqueología se valorará según las normas arqueológicas. En principio, ninguna de las dos disciplinas está sometida a la otra aunque, si se suman, los resultados de una y otra se ampliarán. Para los períodos remotos de la antigüedad fue necesario, por supuesto, desarrollar enfoques independientes del método histórico, aunque formulados con referencia a otras disciplinas más importantes. La arqueología es todavía relativamente joven como ciencia académica estructurada y su asociación tradicional con los estudios históricos –una circunstancia que está cambiando con rapidez pero que no hay que desdeñar en principio– es, sobre todo, una consecuencia de sus orígenes como empresa de interés por lo antiguo. Hacia esos orígenes dirigiremos ahora nuestra atención.

Capítulo segundo: Prehistoria, pasado y presente



Acuarela de Gabriel Beranger (siglo XVII); representa monumentos prehistóricos de Dowth, en el condado irlandés de Meath. Academia Real de Dublín.

Sería fácil criticar las actitudes y logros de los pioneros de la arqueología moderna y de sus antecesores del siglo XVIII, y dejar que sus declaraciones, a veces ingenuas o fatuas, sostengan la poco fundada certidumbre de que hoy hemos alcanzado alguna norma última de objetividad científica o de perfección en las técnicas de campo. Pero, al estudiar la historia y el desarrollo de la arqueología, nuestra meta no es la de autocomplacernos con la normativa existente, sino la de establecer nuestras prácticas y métodos actuales, dentro de un contexto que no sólo incluya los primeros pasos tambaleantes de los anticuarios pioneros, sino que en sí mismo presuponga un progreso continuado de la disciplina, en el que nuestras nociones presentes resultarán ingenuas para una generación mejor informada.

El interés por el pasado humano es, sin duda, tan viejo como el hombre mismo, en gran medida porque da un marco de estabilidad para nuestra propia existencia efímera. Pero un sentido de la historia, o incluso la colección del curioso, no se pueden comparar con el desarrollo de la arqueología como una disciplina intelectual. Aun entre los conjuntos prehistóricos encontramos a veces objetos que son anacrónicos, aunque parezcan estar asociados de un modo pertinente, lo que sugiere que se conservaron aposta como curiosidades; pero podrían ser tan sólo prendas mágicas y sus dueños no tenían por qué conocer su

verdadera función o antigüedad, así como no la conocían los anticuarios del siglo XVIII, para quienes las hachas de sílice y objetos semejantes eran «piedras de rayo» y se clasificaban en los museos dentro de las colecciones de historia natural. De igual manera, la exigencia de una estabilidad puede generar, social o étnicamente, un interés por el pasado, con el establecimiento del linaje en un antepasado fundador. Para los escritores clásicos como Lucrecio, un estudio del pasado era parte de una investigación filosófica más amplia sobre la naturaleza del hombre y del universo, mientras que para los geógrafos e historiadores griegos como Herodoto, el estudio de las sociedades primitivas se relacionaba con la naturaleza del salvajismo como un fenómeno, más que con esas comunidades como objeto de una investigación antropológica o arqueológica. De hecho, con raras excepciones, los escritores clásicos no se interesaban por el estudio de las sociedades del pasado con un criterio que se aproximara, siquiera en algo, a la investigación arqueológica en el sentido moderno. No obstante, la arqueología actual debe su origen a la restauración del interés en el mundo de la literatura clásica, que se produjo durante el Renacimiento.

Anticuarios y viajeros. En el siglo XVI, Italia veía nacer el diletantismo, un florecimiento del interés por las artes y por la colección de obras de arte, incluidas las antigüedades. Una fuerza conductora en este proceso fue el propio Vaticano, a través de uno de sus servidores, Michael Mercati (1541-1593), cuya obra principal, *Metallotheca*, sumaba la atención a las fuentes clásicas, el análisis de objetos arcaicos y el estudio de la etnología comparativa, si bien dentro de la estructura de una dialéctica cristiana. En Gran Bretaña, en el mismo período, la renovada afición por las antigüedades se manifestó sobre todo en una serie de estudios topográficos: el espíritu de la investigación científica se aplicaba al registro de los monumentos del pasado, que anteriores viajeros aficionados a las antigüedades habían observado con deleite. Entre estos últimos, destacan el nombre de John Leland –el primer y único funcionario de la oficina de Antigüedades del Rey, cargo que se creó durante el reinado de Enrique VIII– y el de William Camden, cuya primera edición de *Britannica* se publicó en 1586.

Aunque los relatos de esos viajeros son de un enorme valor como intentos primarios de documentar los monumentos históricos y arqueológicos del país, sus interpretaciones a menudo resultan antojadizas y se basan, sobre todo, en el saber popular local. Por ejemplo, Camden refiere la tradición de que Aurelio Ambrosio o su hermano Uther construyeron Stonehenge, quienes así lo hicieron para levantar un monumento a la derrota pérfida de los britanos a manos de los sajones. También señala la proliferación de los túmulos prehistóricos en Wiltshire y propone la curiosa idea de que se levantaron «en memoria de los Soldados allí muertos, porque se han encontrado huesos en ellos y tengo leído que era costumbre entre los Pueblos del Norte que todo soldado que escapara con vida de la Batalla, llevase su Yelmo lleno de tierra para levantar Monumentos a sus Compañeros muertos».

La tradición de las investigaciones topográficas se continuó en el siglo XVII, en especial gracias a los estudios regionales de Robert Plot, William Dugdale, Edward Lhywd y otros. El más notable de todos los anticuarios del siglo XVII fue John Aubrey (1626-1697), que reunió los resultados de sus observaciones, recogidas durante el tercer cuarto del siglo, en su obra *Monumenta Britannica*, inédita. A Aubrey pertenece la primera relación de los círculos de piedra de Avebury y él fue el primero que atribuyó el monumento de Stonehenge a los druidas, después de que muchas opiniones previas, todas espurias por igual, adjudicaran su construcción a los romanos, a los sajones, a los daneses e incluso a los fenicios. Un punto de vista aún más excéntrico proclamó que se trataba de la tumba de Boudicca. Sin embargo, Aubrey no hizo ningún intento de idealizar el estilo de vida de los habitantes arcaicos de Gran Bretaña, cuyos monumentos describió. Para él, como para su contemporáneo y amigo Thomas Hobbes, la existencia de esas gentes fue «aviesa, bestial y breve»; eran «casi tan salvajes como las Bestias cuya piel fue su única indumentaria... Eran, supongo, dos o tres puntos menos salvajes que los americanos...».

Stukeley y el Romanticismo. La observación y registro de los monumentos de campo a fines del siglo XVII y comienzos del XVIII se correspondieron con el clima intelectual del período. En el siglo XVII se había producido el establecimiento de sociedades de eruditos, dedicadas a la promoción de la investigación científica, en la mayoría de los principales centros de enseñanza de Europa occidental –Roma, Florencia, París y Londres–, que se continuaría en 1718 con la fundación de la Sociedad de Anticuarios de Londres, la primera de las sociedades nacionales entregadas al estudio de las antigüedades. Pero una forma distinta iba a prevalecer en la Gran Bretaña del siglo XVIII, una forma inevitablemente conectada con el nombre de William Stukeley (1687-1755).

En Cambridge, Stukeley se había preparado para ejercer la profesión médica y estaba imbuido del espíritu de la curiosidad científica, que le inspiró sus famosas inspecciones de los monumentos prehistóricos, sobre todo los de

Stonehenge, Avebury y Silbury Hill, en Wiltshire, publicadas en su libro *Itinerarium Curiosum* (Itinerario curioso) de 1724. Como arqueólogo de campo, Stukeley había conseguido algo nada desdeñable, que no se debe desechar por el exceso de «druidomanía» que ensombreció el fin de su carrera. Glyn Daniel ha señalado que Stukeley había puesto su atención en las marcas de las cosechas en las que, como William Camden antes que él y Stephen Stone más tarde, anticipó el fenómeno que sería fundamental para la técnica de la fotografía aérea en el presente siglo. Sin embargo, después de 1792, los intereses de Stukeley pasaron por una transformación radical. Abandonó la medicina, se ordenó en la Iglesia Anglicana y se obsesionó con la idealización romántica de los druidas, a los que llegó por fin a considerar exponentes de una religión muy cercana, en sus fundamentos, a la que él mismo practicaba. Sus puntos de vista dieron lugar a una era de «primitivismo blando», e inspiraron la moda de lo que Piggott ha llamado «el mundo de ensueño del disparate celta», un florecimiento de fines del siglo, vivo en las excentricidades que, aún hoy, en el solsticio de verano se celebran en Stonehenge.

Pioneros excavadores. Los estudios topográficos y las observaciones de campo no eran las únicas avenidas de la exploración asequibles a los anticuarios de fines del siglo XVIII. También la excavación se venía explotando, cada vez más, como un método para investigar el pasado y como un medio de recoger antigüedades. Las técnicas adoptadas eran comprensiblemente elementales en la mayoría de los casos, como las de Dean Mereweather, que en vano se abrió paso por el amplio y singular túmulo prehistórico de Silbury Hill, cerca de Avebury. Sin embargo, otros esfuerzos resultarían menos peculiares, en especial los de sir Richard Colt Hoare y los de William Cunnington quien, hacia fines de siglo excavó (o, con más exactitud, hizo que se excavaran) más de 400 montículos en Wiltshire. Cunnington supervisó el trabajo en el campo, cuyos resultados refirió Colt Hoare en su espléndida obra *The Ancient History of South Wiltshire* (Historia antigua de Wiltshire sur) publicada en 1812. Entre sus descubrimientos más espectaculares estaba el de una tumba provista de enseres de particular riqueza, exponente de la cultura de la Edad del Bronce en Wessex, hallada en la parroquia de Normanton, conocido desde entonces, en términos informales, como el Bush Barrow (túmulo del matorral). La descripción que Colt Hoare hace de la tumba, aunque intenta ser precisa y objetiva, refleja la atmósfera de entusiasmo de aficionado, típica de la ocasión.

«Al llegar a la base del túmulo, descubrimos el esqueleto de un hombre corpulento y alto, tendido de sur a norte: la longitud máxima de su fémur era de 20 pulgadas [50,82 cm]... Sobre el pecho del esqueleto, descansaba una gran placa de oro... en forma de losange y de 7 pulgadas [17,78 cm] por 6 [15,24 cm]. Estaba fija a una pieza de madera delgada, sobre cuyos bordes se doblaba el oro; tiene perforaciones en el extremo superior y en el inferior, probablemente con el fin de prenderla a la vestimenta como un pectoral. La superficie lisa de este noble adorno se ornamenta con líneas quebradas, escaques y zigzags, en paralelo al borde exterior, formando un losange dentro de otro, que disminuyen gradualmente hacia el centro... Cerca del brazo derecho había un gran puñal de cobre y una punta de pica del mismo metal, de 13 pulgadas [33,02 cm] bien cumplidas de longitud, la más larga de cuantas hemos encontrado, aunque no de una forma tan definida como otras de menor tamaño que reproducimos en grabados de nuestro trabajo. Estos elementos iban acompañados por un curioso objeto de oro que, me figuro, sería originalmente la vaina decorada de un puñal... El mango de madera de este instrumento... supera todo lo que hayamos visto hasta aquí, tanto en diseño como en ejecución... cubierto, en una manufactura de precisión casi indescriptible, por miles de remaches de oro, más pequeños que el más pequeño de los alfileres... Tan diminutos son, por cierto, esos alfileres que nuestros cavadores habían tirado miles de ellos con sus palas y los habían esparcido en todas las direcciones, antes de que,

En el Bush Barrow se descubrió un grupo de objetos que incluía un hacha de bronce y puñales remachados, junto a ornamentos de oro y un «cetro» ceremonial, que presenta analogías con piezas micénicas. Museo Devizes.



con la ayuda imprescindible de una lupa, pudiéramos descubrir lo que eran...»

A pesar de que en su prefacio prometiera «hablar de hechos y no de teorías», con todo, Colt Hoare por fin se vio obligado a admitir que, aun después de sus investigaciones, los contextos culturales de los yacimientos que había explorado, como los propios monumentos de Avebury y Stonehenge, seguían «en la oscuridad y el olvido». Los siglos anteriores a la historia escrita continuaban siendo desconocidos e insondables, todavía estaban ampliamente dominados por las fantasías extraviadas de los siglos XVII y XVIII, en las que griegos y troyanos competían con los hijos de Noé o con las tribus perdidas de Israel, para convertirse en los habitantes primitivos de las islas británicas.

La cronología también se basaba en las fuentes del Antiguo Testamento; el cálculo del arzobispo Ussher, por el que el mundo se había creado en 4004 a. C. –para mayor precisión, según su contemporáneo el obispo Lightfoot, a las nueve en punto de la mañana del 23 de octubre–, a principios del siglo XIX aún esperaba la refutación de los descubrimientos de los primeros geólogos. Sin el beneficio de los registros escritos, tiene que haber parecido imposible que se perfeccionara cualquier técnica para resolver el pasado prehistórico en una secuencia cronológica. Por tanto, la visión fundamentalista de la historia arcaica del hombre y de los relatos bíblicos de la Creación y el Diluvio tuvo la aceptación de los teólogos, e incluso de los geólogos, hasta avanzado ya el siglo XIX. En una fecha tan tardía como la de 1833, William Buckland, durante un tiempo catedrático de mineralogía en Oxford y después deán de Westminster, junto a otros distinguidos eruditos, contribuyó con una serie de opúsculos «pensados para probar que el relato que el Génesis hace de la creación era literalmente exacto y que el arca de Noé y el Diluvio fueron hechos de la prehistoria», conocidos como los *Bridgewater Treatises* (Tratados de Bridgewater) por el nombre del noble que los encargó.

Los geólogos y el Diluvio. En realidad, las bases de las nuevas ciencias geológicas, que iban a minar la cronología mosaica de Ussher y Lightfoot y las interpretaciones fundamentalistas de los catastrofistas y diluvialistas, ya estaban sentadas hacia fines del siglo XVIII. Sin embargo, no deberíamos suponer que todos los geólogos pioneros se oponían a los enfoques diluvialistas o catastrofistas del pasado remoto del hombre; el experto francés Georges Cuvier (1769-1832) sostuvo con vigor la teoría de que el diluvio universal del libro del Génesis fue sólo una sucesión de catástrofes que ocasionaron las formaciones geológicas que él tenía estudiadas. Sin embargo, de manera progresiva, gracias a los trabajos de James Hutton (1726-1797), William Smith (1769-1839) y otros, y sobre todo de Charles Lyell (1797-1875), cuyos *Principles of Geology* (Principios de geología) se publicaron en tres volúmenes entre 1830 y 1833, se llegó a entender el concepto de estratigrafía geológica y, con él, su corolario: la tierra y los orígenes del hombre mismo tenían que ser muy anteriores a los 6.000 años que habían postulado Ussher y Lightfoot.

La clave para esta revolución cronológica estuvo en aceptar como verdadera la asociación de los vestigios del hombre –objetos y también restos fósiles humanos– y de los estratos geológicos, cuya antigüedad testimoniaban los fósiles de animales extinguidos presentes en esos estratos. Se discutió la autenticidad de esos hallazgos, como los descubrimientos hechos por John Frere en Hoxne, una localidad de Suffolk, en el decenio de 1790, y por MacEnery en la caverna de Kent, junto a Torquay, en el decenio de 1820, y se ignoraron las proyecciones de esas tareas de investigación. Cosa irónica, Buckland mismo había descubierto los restos de la llamada Dama Roja de Paviland en la península de Gower, en Gales del Sur, en 1832, junto a enseres paleolíticos de sílice, algo cuya asociación adecuada sólo alguien tan comprometido como él con la cronología mosaica podría haber tenido la perversidad de negar. Es verdad que el reconocimiento generalizado de que las hachas de piedra eran producto de la fabricación, y no «piedras de rayo» o cosa parecida, era reciente aún, como lo demostró Daniel. Aunque la mayoría de los anticuarios ilustrados del siglo XVIII, como William Dugdale y Robert Plot, y Mercati antes que ellos, habían deducido su verdadera función, para muchos otros seguirían siendo tan supraterrestres como se lo habían parecido a los escritores del siglo XVII, quienes creían que esas piedras eran producto de «una mixtura de ciertos efluvios del trueno y del rayo con alguna materia metálica, sobre todo en las nubes oscuras, que se coagula a causa de la humedad circundante y se aglutina en una masa (como la harina con el agua) y posteriormente se endurece por el calor, como un ladrillo...».

El sistema de las tres edades y los anticuarios nórdicos. Entre tanto, en Europa, los acontecimientos traumáticos de la Revolución francesa y la guerra con «el tirano corso» quien, se quejaba Colt Hoare, había frustrado sus viajes al extranjero, actuó como un estímulo de desarrollos posteriores. La expedición de Napoleón a Egipto en 1798 había significado mucho para acrecentar el interés por las antigüedades egipcias y, en la retirada de los franceses

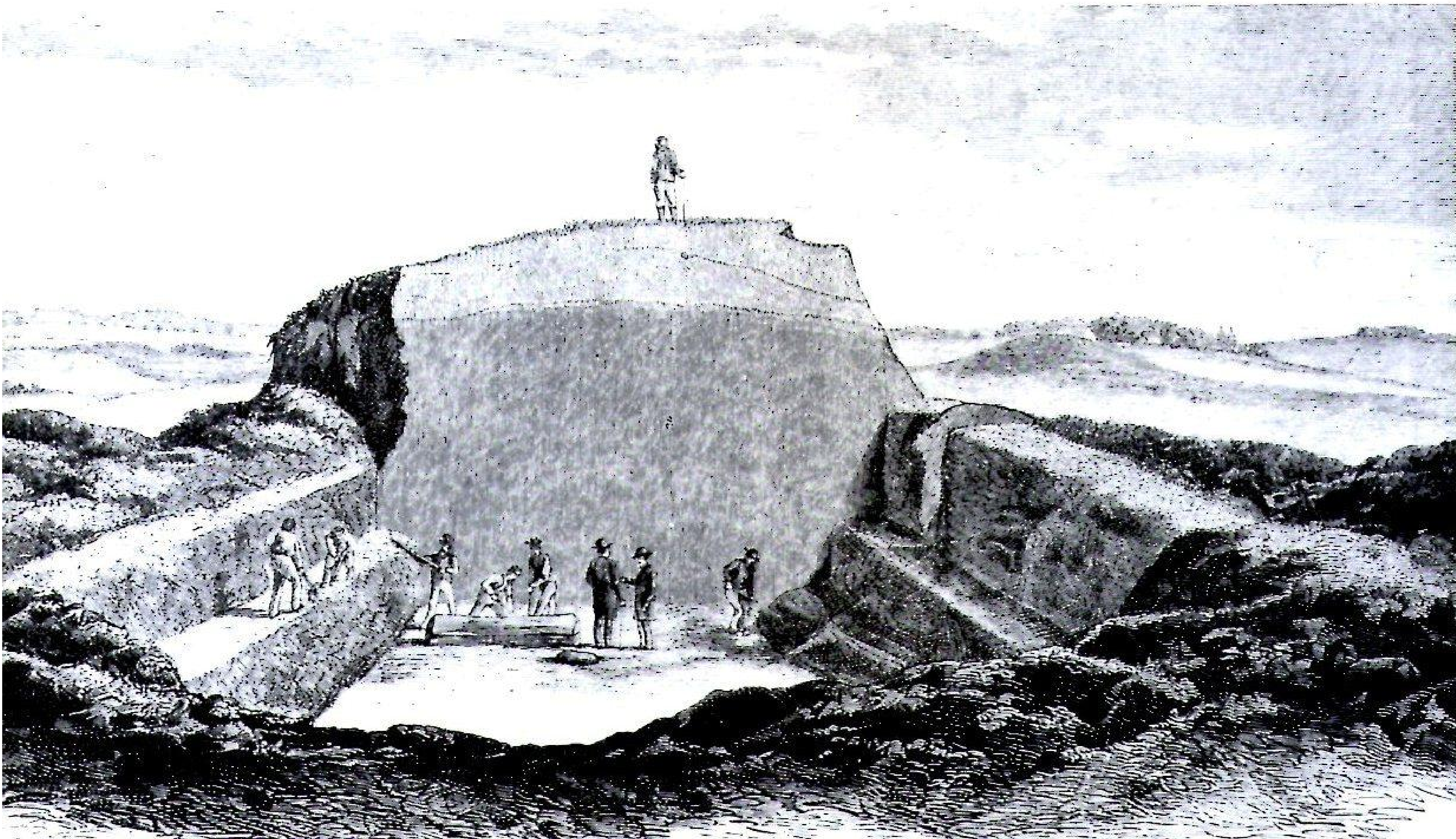
(1801), muchas de esas piezas, incluida la piedra de Rosetta, se vendieron al recién inaugurado Museo Británico. La mayoría de los museos nacionales más importantes de Europa se abrieron en los decenios iniciales del siglo XIX, un período en el que también se produjo la creación de varias sociedades nacionales nuevas, dedicadas al estudio de las antigüedades. Uno de estos museos, aún en sus primeros balbuceos cuando Colt Hoare publicó su obra principal sobre Wiltshire con conclusiones bastante desalentadoras, era el Museo Nacional de Antigüedades de Copenhague. Secretario *ad honorem* del Comité Real para la Conservación y Colección de Antigüedades Nacionales, el organismo inicialmente encargado de la responsabilidad de organizar el museo, fue el profesor Rasmus Nyerup (1759-1829). Evidentemente, Nyerup compartía con Colt Hoare el sentimiento de frustración y desesperanza respecto de la posible dilucidación satisfactoria de ese prolongado lapso de antigüedad europea previa a la aparición de la escritura; Nyerup había concluido que todo lo que fuera anterior a la era cristiana estaba envuelto en una «densa niebla»; Daniel, persuasivamente, eligió ese concepto, junto a las creencias literales en el Diluvio del Génesis, para compendiar el estado del conocimiento arqueológico hasta los comienzos del siglo XIX.

Ya hemos mencionado la importancia del reconocimiento de la secuencia estratigráfica en los depósitos geológicos, y sus ramificaciones para la historia arcaica del hombre. En el campo de la clasificación arqueológica, un



Arriba. J. J. Worsaae, destacado anticuario danés del siglo XIX y sucesor de Christian Thomsen, cuyo sistema de las tres edades aplicó al material obtenido en sus excavaciones de túmulos. Museo Nacional de Copenhague.

Abajo: Los comienzos del trabajo de campo metódico en Dinamarca, ilustrados con la excavación de un montículo cerca de Aarhus, en 1876.



segundo adelanto de importancia llegó de la mano del sucesor de Nyerup como secretario del Comité Real danés, Christian Thomsen (1788-1865). Hijo de un rico comerciante, sus primeros años de estudio lo llevaron a París, donde amigos de su familia, que estaban en el servicio diplomático, al iniciarse la Revolución, habían tenido la gran perspicacia de adquirir colecciones importantes de monedas y de obras de arte. Con motivo de su regreso a Copenhague en 1807 –el año del asalto británico a la ciudad–, Thomsen volcó su atención al estudio de la numismática y de la clasificación elemental de esas antigüedades. Cuando sucedió a Nyerup, en 1816, estaba en condiciones de aportar a la colección rudimentaria de las antigüedades nacionales el conocimiento de las antigüedades y de las obras de arte adquirido como resultado de la alianza franco-danesa y el enfoque metódico de la clasificación, típico de quien está familiarizado con los inventarios de un comercio.

El sistema que ideó y según el cual se subdividieron sus colecciones cuando, tres años más tarde, se abrió el Museo Nacional, se ha llamado sistema de las tres edades y, hasta el día de hoy, sigue siendo la verdadera piedra angular de la clasificación arqueológica. El modelo, simple y tecnológico, presuponía que el hombre primitivo se había familiarizado con el uso de la piedra antes de desarrollar la capacidad de utilizar metales y que la metalurgia del bronce había precedido a la del hierro. Por elemental que pudiera parecer su sistema, proporcionó el esencial paso adelante en el estudio de nuestro pasado prehistórico, lo que permitió que los arqueólogos se figuraran una secuencia de períodos sucesivos, que se podría elaborar y subdividir a medida que avanzara la investigación.

Thomsen explicó su sistema ampliamente en una *Guía* de sus colecciones, publicada en 1836. En ese texto explicaba que sabía que sus subdivisiones no se podrían tomar como definitivas, que el uso de la piedra bien podía haberse mantenido a causa de la escasez de metales en determinadas zonas y que el bronce, aun en tiempos de uso del hierro, pudo resultar preferible para adornos y pequeños utensilios domésticos. Las ediciones alemana e inglesa de la *Guía* de Thomsen aparecieron al cabo de poco tiempo, pero su clasificación no se recibió con beneplácito general. Sus adversarios adujeron (quizá con algo de razón) que la distinción entre objetos de piedra y de metal podía haber reflejado el contraste entre comunidades más prósperas y otras empobrecidas y no un orden cronológico. El sistema de las Tres Edades se adoptó de inmediato en Suecia –donde los estudios prehistóricos mantuvieron una amplia rivalidad con la investigación dinamarquesa–, y allí lo utilizaron Hildebrand, quien había sido discípulo de Thomsen y que en 1837 recibió el nombramiento de Anticuario del Rey, y Nilson, catedrático de la Universidad de Lund. Sin embargo, en Gran Bretaña algunos de los más notables eruditos en prehistoria de esa época se mostraron muy escépticos, incluso en el decenio de 1860, cuando ya se había aceptado el esquema en casi todo el resto de Europa.

La superioridad danesa en investigación de la prehistoria durante la primera mitad del siglo XIX se mantuvo con J. J. A. Worsaae (1821-1885), sucesor de Thomsen en el cargo de director del Museo Nacional. Este experto fue un sostenedor entusiasta del sistema de Thomsen y viajó por toda Europa para promover su adopción. Pero la suya resultó ser una contribución mayor que la de un simple discípulo de Thomsen, porque fue él quien aplicó el sistema de su maestro al trabajo de campo, primero en excavaciones de túmulos y después en la de turberas danesas, de las que extrajo la confirmación de los tres períodos tecnológicos, y observó que los tipos de cada distinto período se encontraban, en general, asociados: precisamente para obtener asociaciones de enseres fúnebres, dedicó su atención a las excavaciones de túmulos. Es interesante anotar la colaboración estrecha, en esta empresa, de Worsaae y el príncipe heredero danés, que más tarde sería el rey Federico VII de Dinamarca, cuyo entusiasmo por la arqueología de campo estaba en contraste directo con su temprana reputación de vida rumbosa y compañías no recomendables. Aun después de haber asumido las responsabilidades del reino, Federico no vacilaba en convocar los servicios de un regimiento para llevar adelante, con esa mano de obra, alguna de sus expediciones arqueológicas, bajo la asesoría y conducción de su Inspector General de Antigüedades y Anticuario del Rey, el propio Worsaae, para quien mandó diseñar un uniforme especial, que el erudito debía vestir en esas ocasiones.

El interés de Worsaae en las antigüedades de campo, su observación y excavación, como también el empeño en la clasificación de los utensilios, se reflejó en su principal obra, *Danmarks Oldtid* (Antigüedades danesas), publicada en 1843. Sus técnicas de excavación pueden parecer rudimentarias hoy, aunque eran notables por su carácter metódico, en comparación con el enfoque desenfadado de sus contemporáneos en el resto del mundo, pero su actitud hacia el principio de excavación es loable y digna de análisis, muy en especial si consideramos que aquélla era una época inicial de la arqueología.

«En general, no es deseable que los antiguos túmulos pertenecientes a los tiempos del paganismo se abran o remuevan... se merecen que se proteja y conserve el mayor número posible de ellos. Son recordatorios nacionales...

y... constituyen una posesión del país, legada durante siglos de una raza a otra. ¿Seremos capaces de destruir, despreocupados, esos restos venerables de tiempos antiguos, sin ninguna consideración para nuestra posteridad?...

»Innumerables túmulos quedaron destruidos por la acción de personas que creían posible encontrar grandes tesoros en ellos... El único caso en que puede ser deseable... abrir un túmulo... es aquel en que se persigue obtener información con respecto a la historia antigua de nuestros antepasados.»

En este pasaje hay una exposición tan clara como la que cualquier arqueólogo moderno, preocupado por la promoción de leyes sobre las antigüedades o la arqueología de rescate, podría desear para la preservación de la herencia de nuestro pasado y para limitar la excavación que se emprenda sólo por el gusto de excavar, sin ningún motivo de investigación adecuado. Cuando la excavación era necesaria o deseable, Worsaae tenía una buena idea sobre la importancia crucial del contexto de los hallazgos: «Ya que es muy importante saber cuál es la situación interna del montículo y cuál puede ser la relación del sepulcro mismo y los objetos en él depositados, la tumba se debe examinar con todas las precauciones posibles». Sin duda, Worsaae se merece la descripción que le aplicó Brønsted: «el primer arqueólogo profesional».

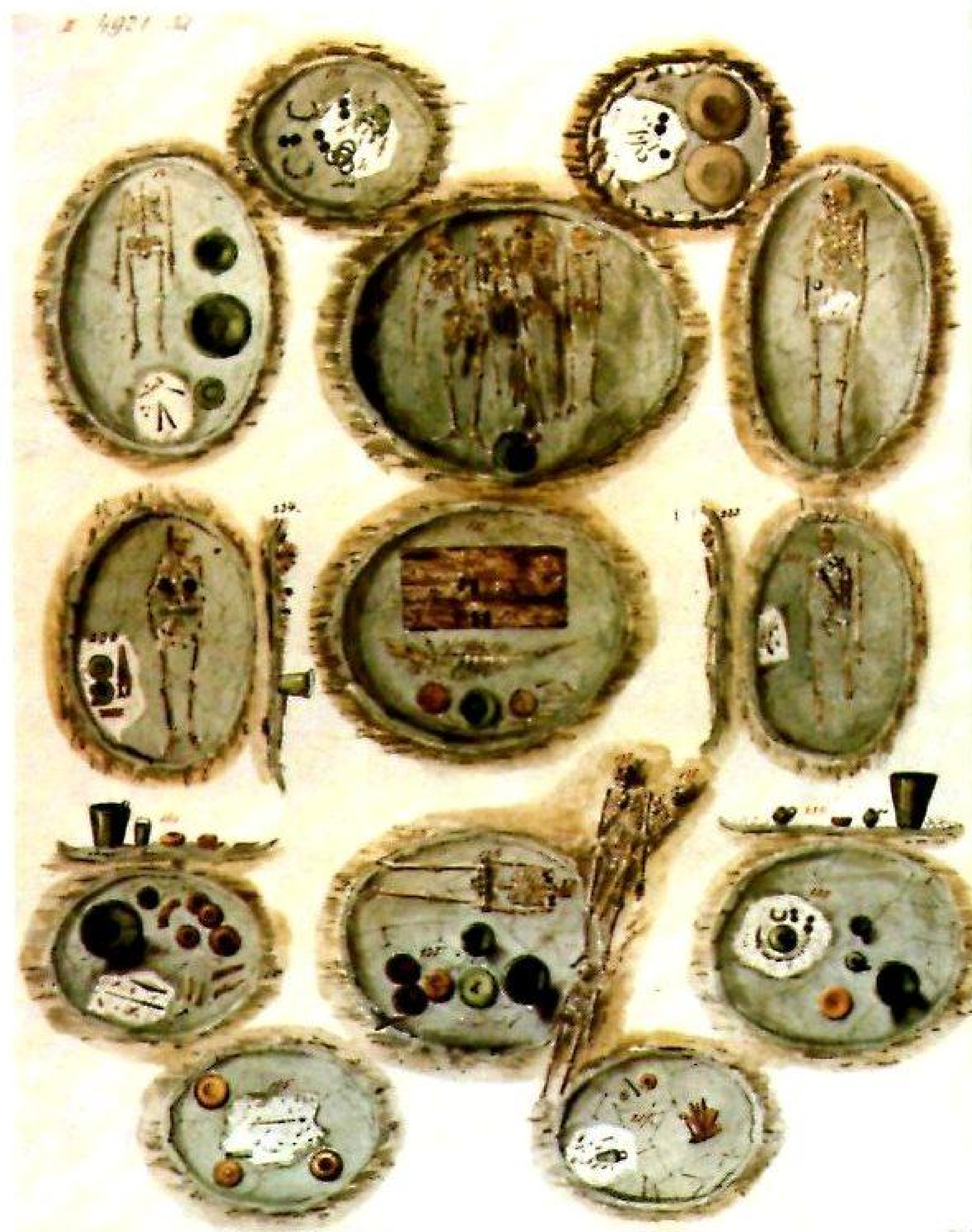
Aldea de Hallstatt en Austria superior (*abajo*), al pie de las montañas, donde las excavaciones del siglo pasado revelaron las huellas de trabajos de extracción de sal y cementerios de fines de la Edad del Bronce y principios de la del Hierro. Ramsauer excavó cerca de mil tumbas (*derecha*) del cementerio de Hallstatt, al que definió como el yacimiento tipo de principios de la Edad del Hierro en Europa central.



En cambio, en Gran Bretaña, al año siguiente de la publicación del manual de Worsaae, el Instituto Arqueológico organizó, en su etapa inaugural, una expedición a Kent para abrir un montículo. El relato de esta excursión, citado con frecuencia, merece un recuerdo más que nada por su casi increíble negación frívola de los principios que los daneses enunciaban con gran cuidado en esa misma época.

«Llevó cuatro días enteros cavar el montículo por completo, pero los que no éramos cavadores tratábamos de pasar el tiempo satisfactoriamente para todo el grupo... Nos habíamos procurado una buena cantidad de provisiones para merendar sobre la colina y permanecíamos junto al montículo todo el día, observando y dirigiendo las operaciones... El tiempo, por fortuna, fue bueno hasta la exquisitez y sólo una o dos veces nos visitó una lluvia densa del suroeste, ocasiones en que el único refugio fue el agujero que nosotros mismos habíamos abierto... en el que nos arreglábamos para acomodar sombrillas y paraguas –tal como dicen que los soldados romanos unían sus escudos cuando avanzaban al ataque de una fortaleza– y formar un techo bastante impenetrable sobre nuestras cabezas...»

Los comienzos de la excavación moderna. Entre tanto, se daban pasos significativos en el campo de la arqueología

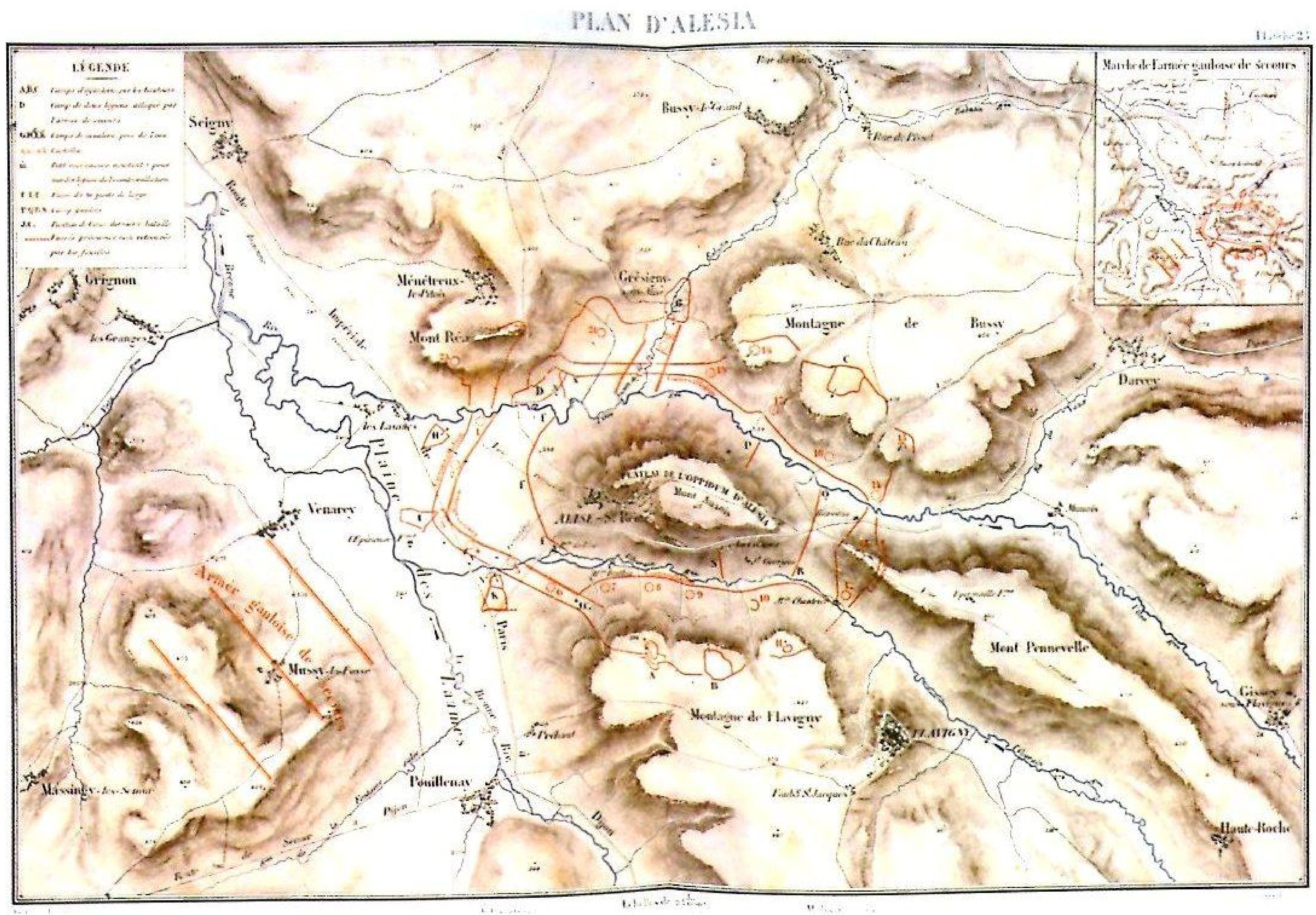




Arriba: Una aldea a orillas de un lago suizo, según la imaginaron los arqueólogos del siglo XIX y principios del XX.
Abajo: Restos de cimientos y maderas asentados en una superficie de turba; se descubrieron en excavaciones anteriores a la Primera Guerra Mundial, realizadas en el yacimiento de Glastonbury, en Somerset, Inglaterra; los observan unos curiosos contemporáneos, adecuadamente protegidos contra las inclemencias del tiempo y las condiciones del lugar.

paleolítica. Uno de los exponentes principales de la antigüedad prediluviana del hombre era el francés Jacques Boucher de Perthes, cuyas investigaciones en los sepulcros del valle del río Somme, en la región de Abbeville, habían revelado utensilios humanos junto a restos de animales extinguidos, en contextos que, sin ninguna duda, eran incompatibles con la cronología abreviada de las escuelas de pensamiento diluvialista y catastrofista. Boucher de Perthes era un escritor prolífico y hacia el decenio de 1850 su tesis se había publicado ampliamente y con éxito. Los geólogos y arqueólogos de Gran Bretaña, impresionados por lo que habían visto en el Somme, consideraron con interés renovado los descubrimientos anteriores de Frere y MacEnery; por fin, en Windmill Hill Cave, en Brixham, las investigaciones que entre 1858 y 1859 dirigió William Pengelly confirmaron lo que los pioneros habían asegurado: los utensilios humanos y los restos fósiles de animales pertenecían a depósitos contemporáneos. En años anteriores, se habían hecho descubrimientos aún más notables en Prusia. Desde entonces, de la antigüedad del hombre sólo han dado testimonio sus herramientas de sílice y sus utensilios. Por entonces, en una cueva de Neanderthal se descubrieron los restos fósiles del propio hombre primitivo. El trabajo de los geólogos y de los anticuarios había echado un descrédito progresivo sobre la antigua cronología mosaica y abría camino para un





nuevo análisis de la antigüedad del hombre. En 1859, Charles Darwin publicó su obra *El origen de las especies*; la era de los anticuarios había dado origen a la arqueología científica.

El de mediados del siglo XIX fue un período de muy intensa actividad arqueológica, en el que se produjo el descubrimiento de algunos de los asentamientos y categorías clave de monumentos de campo, que formaron la base de la investigación moderna. Los principales son los dos asentamientos tipo de la Edad del Hierro europea en Hallstatt, localidad de Austria superior, y La Tène, a orillas del lago suizo de Neuchâtel. Los primeros hallazgos del cementerio prehistórico de Hallstatt datan de principios del siglo XIX pero, en la tardía fecha de 1846, emprendió las primeras excavaciones serias el ingeniero Ramsauer, un funcionario al servicio del monopolio imperial de la sal. Las excavaciones de Ramsauer continuaron a lo largo de casi veinte años, un lapso en el que se descubrieron y registraron un total de cerca de mil tumbas; los registros se publicaron en memorias parciales de Gaisberger y Simony y, por último, en *Das Grabfeld von Hallstatt* (El cementerio de Hallstatt), obra del conde Von Sacken editada en 1868. Mientras tanto, en los lagos suizos crecía el

Arriba: Plano de Alesia y sus alrededores (siglo XIX), de un programa encargado por Napoleón III; muestra la disposición de los trabajos de fortificación y las fuerzas en el momento del asedio de César.
Página opuesta: Augustus Henry Lane Fox Pitt Rivers, teniente general, antropólogo y pionero de las modernas técnicas de campo arqueológicas.
Abajo: Entre los hallazgos de las excavaciones de 1849 de la tumba de un jefe, datada a principios del período de La Tène, en la localidad renana de Schwarzenbach, estaba esta vasija de ornamentación muy elaborada, con un trabajo calado sobre una hoja de oro, que muestra los motivo florales característicos del estilo temprano del arte celta. Museo de Antigüedades de Berlín.



interés, porque en el seco invierno de 1853-1854 las aguas del lago Zurich, inusualmente bajas, dejaron a la vista restos de estructuras de madera, además de utensilios prehistóricos sobre la ribera, que había quedado descubierta cerca de Obermeilen. Se hizo llegar la noticia de estos descubrimientos al doctor Ferdinand Keller, director del Museo de Zurich, quien publicó los hallazgos de Obermeilen y se convirtió en el impulsor de las siguientes investigaciones sobre las viviendas lacustres de Suiza.

Keller estaba firmemente convencido de que esos asentamientos –de los que iban a descubrirse unos 200 en los veinte años siguientes– se habían construido sobre estacas en el agua, como las viviendas lacustres elevadas del sureste asiático, un ejemplo interesante de la influencia de los estudios etnográficos comparativos de esa época. Sólo a comienzos del siglo XX se llegó a cuestionar esa atractiva pero caprichosa interpretación que, por último, se rechazó en favor del criterio más realista, aunque menos romántico, de que los asentamientos se habían construido en la ribera y, por tanto, corrían el riesgo de las crecidas y necesitaban elevarse sobre estacas. En anticipación a los descubrimientos de ese asentamiento a orillas del lago, el coronel Schwab despachó, en 1857, a su asistente para que explorase las playas del lago Neuchâtel, cerca de la desembocadura del Thielle, el río que une a este lago con el de Biel. Allí, en La Tène, Hans Kopp descubrió una



cantidad importante de hierro, como Schwab hizo saber a Keller, lleno de entusiasmo; entre los objetos había dos espadas completas y doce vainas en estado fragmentario. Durante muchos años, se recuperaron antigüedades de metal en La Tène, gracias a exploraciones renovadas en el decenio de 1880 y a principios de este siglo, aunque no pocos de los hallazgos más antiguos se registraron sin cuidado y, más tarde, se perdieron. No obstante, la fama del yacimiento se expandió lo bastante como para que Hildebrand, un experto sueco en prehistoria, lo seleccionara en 1872 como asentamiento tipo de la segunda Edad del Hierro europea.

En distintos lugares, al norte y al sur de los Alpes, se hacían descubrimientos de importancia comparable. Al norte de Italia, en el valle del Po y al pie de la cadena de los Apeninos, se encontraron montículos de fértil tierra negra, las *terramare* (terramaras), en las que había vestigios de asentamientos que hoy se datan a fines de la Edad del Bronce. En 1853 se descubrió en Villanova, cerca de Bolonia, un amplio cementerio de principios de la Edad del Hierro, el nombre del lugar se usó de un modo general, y a menudo errado, para nombrar a la cultura preetrusca del norte de Italia. Los propios etruscos atrajeron el interés y la atención cuando, en 1848 –año en que Garibaldi entró en Roma–, se publicó la obra de George Dennis titulada *Cities and Cemeteries of Etruria* (Ciudades y cementerios de Etruria). A la vez, al norte de los Alpes, se hacían otros descubrimientos importantes en Renania, donde en las tumbas de los famosos jefes Schwarzenbach y Weiskirchen, excavadas en 1849 y 1851 respectivamente, entre los objetos fúnebres se habían encontrado varios importados del sur, a la vez que magníficas piezas de artesanía nativa de La Tène. En realidad, los expertos asignaron estos y otros descubrimientos al período romano e incluso Lindenschmidt, en varias publicaciones de envergadura hechas entre 1858 y 1881, atribuyó erróneamente a los etruscos tanto las piezas de origen local como las importadas.

En Francia, a lo largo de este período, el estudio de las antigüedades y el progreso de la investigación arqueológica debe mucho al interés personal de Napoleón III que, además de abrir el Museo Nacional en Saint-Germain en 1863, entre 1861 y 1865 mandó excavar las obras de asedio construidas por las fuerzas de César en torno al *oppidum* (fuerte) de Alesia, en Alise-Sainte-Reine, el escenario de la resistencia final y derrota de Vercingétorix ante los romanos. Tan grande fue el interés estimulado por estos descubrimientos arqueológicos, y otros, a mediados del siglo XIX, en particular los hallazgos hechos en las cuevas de Dordoña –que tanta luz arrojaron sobre la histo-

ria del hombre primitivo–, que en 1867 la gran Exposición de París incluyó una muestra de colecciones prehistóricas, para las que Gabriel de Mortillet escribió una guía. Los historiadores del tema consideraron que el éxito de esta exhibición y el reconocimiento público de la arqueología como una actividad académica seria había constituido un hito en su desarrollo.

En Inglaterra, durante el tercer cuarto del siglo XIX, continuaba la tradicional excavación de los británicos, con muy pocas mejoras metodológicas y escasa atención al contexto. El más conocido de los excavadores británicos era William Greenwell, canónigo de la catedral de Durham y autor de *British Barrows* (Túmulos británicos), obra publicada en 1877. El canónigo fue, por lo visto, un hombre notable que, a lo largo de buena parte de sus 97 años de vida, se entregó a sus dos ocupaciones predilectas, la pesca y la excavación. Abundan las anécdotas referidas a los resultados de sus actividades en ambos campos, pero la posteridad no puede pensar que la contribución del canónigo en materia de técnicas de campo arqueológicas haya sido excepcional: su libro principal no contiene ni un solo plano ni dibujo de sección de ninguno de los montículos que excavó. Stephen Stone, en cambio, es un arqueólogo cuya labor merece un recuerdo mucho mayor que el que hasta hoy se le ha dedicado, pues fue uno de nuestros primeros «arqueólogos de rescate», que recuperó gran cantidad de piezas en las excavaciones de sepulcros realizadas en Oxfordshire. Como Camden y Stukeley antes, Stone observó los efectos de la sequía en las cosechas, pero fue más lejos en el uso de este dato como ayuda para situar sus excavaciones:

«Ofrece la naturaleza del terreno, en estas vecindades, varias ventajas... por el poco espesor de la capa fértil y por su incapacidad de retener la humedad durante mucho tiempo, ya que descansa sobre un lecho de grava, que permite un drenaje muy efectivo, las cosechas de trigo, de trébol o de lo que se haya plantado se ven afectadas con tanta rapidez por la sequía que unos pocos días ininterrumpidos de tiempo soleado, en el verano, bastan para mostrar dónde está y hasta dónde se extiende el espacio a excavar por debajo de la capa de tierra fértil, como si se hubiera hecho un plano trazado en un papel... El trigo ya ha empezado a contarnos cosas...»

Stone registró sus excavaciones con cierto detalle y en una ocasión publicó el plano de un montículo con los hallazgos numerados y descritos en el texto. También fabricó modelos tridimensionales de las zonas que abrió con las «medidas cuidadosamente tomadas y repetidas». Su actividad se desarrolló durante relativamente poco tiempo, pero sus esfuerzos para dejar registros precisos son lo más notable por la fecha en que los inició: 1857-1858.

Oscar Montelius, el más destacado de los expertos suecos en prehistoria, de fines del siglo XIX y principios del XX y exponente de la escuela difusionista de la prehistoria.



El general Pitt Rivers. Sin embargo, el mayor adelanto en la técnica de campo y en la publicación de los testimonios de excavaciones, surgido en la segunda mitad del siglo pasado, se debe sin duda al teniente general Augustus Henry Lane Fox (1827-1900), quien en 1880 adquirió las tierras de Cranborne Chase, en Wiltshire, y asumió, según las leyes de la herencia, el nombre de Pitt Rivers. Ya antes de esa circunstancia, este hombre se había ocupado de algunas excavaciones, pero en ese momento se le presentaba la oportunidad de dedicarse por entero a la investigación de los asentamientos de la Edad del Hierro y romano-britanos de sus propias tierras, en Woodcuts, Rotherley, Bockerley Dyke, Woodyates y otros, famosos por los volúmenes de su obra *Excavations in Cranborne Chase* (Las excavaciones de Cranborne Chase), en edición costeada por él mismo y llena de ilustraciones. Gracias a su insistencia en el entrenamiento de sus hombres y a su empeño en mantener un equipo estable y asalariado de asistentes, junto a su sentido de la necesidad de un control cuidadoso y buenos auxiliares para el registro del proceso, se estableció una norma que apenas si podría superarse en el curso del medio siglo siguiente. Pitt Rivers tuvo



Mayor G. W. G. Allen, pionero de la fotografía aérea, en el sur de Inglaterra en los años de entreguerras, con su avión *Puss Moth*.

evidente conciencia de que sus métodos estaban muy por delante de los que empleaban sus contemporáneos:

«Quizá piense alguien que mis registros de las excavaciones de esta aldea y de los hallazgos hechos aquí son innecesariamente prolijos y sé que los realicé con mucho más detalle que los habituales, pero mi experiencia como excavador me ha llevado a pensar que las investigaciones de esta naturaleza no son, en general, lo bastante precisas y que muchos elementos de valor se pierden porque se deja de registrarlos con cuidado.»

Pero la contribución de Pitt Rivers no fue sólo la de ser el primero de los arqueólogos de campo modernos. En la interpretación de su material, se mostró en total acuerdo con los principios enunciados por Darwin y Huxley y, en su larga experiencia de etnografía comparativa, se refleja por igual su enfoque del estudio de los vestigios prehistóricos de Gran Bretaña. Estas influencias se sumaron a su formación militar, sobre todo su intervención, entre 1851 y 1857, en el desarrollo y mejora de las armas de mano. En la fecha temprana de 1869, ponía de manifiesto sus principios de clasificación tipológica:

«Como en un registro paleontológico, en la medida en que se ha determinado hasta hoy, muchas formas antiguas se mantuvieron durante las épocas siguientes y aún sobreviven entre otras que nacieron de ellas, a través de un proceso muy similar al de *selección natural*... muchos tipos antiguos de herramientas y estilos de ornamentos conservan los salvajes, de modo semejante, por hábito, prejuicio o diversas causas, hasta mucho después de haber sido suplantados por otros de origen más moderno; así, pues,... las variedades de cualquier clase particular de implemento de verdad en uso, si se recoge y restaura completo, dentro de ciertos límites mostrará todas las conexiones entre las formas presentes y pasadas... Mi atención se dirigió al principio de continuidad, mientras servía en el subcomité de armas pequeñas, en 1851, al observar los lentos grados del progreso que tenía lugar en ese tiempo en el armamento militar de nuestro propio país... Y la razón de que no se hubiera insistido lo bastante en el tema es, creo, el hecho de que esas colecciones se dispersaron muy a menudo, en lugar de quedar bien ordenadas en series típicas, y también porque viajeros y coleccionistas, poco conocedores de este principio, por lo común... guardaron para sus museos las piezas... que sirven más bien para mostrar *diferencias* de forma muy marcadas y no las que por sus *semejanzas* facilitan la observación de los cambios casi imperceptibles que conectan una forma con la otra.»

A la luz de estas convicciones, no es sorprendente que Pitt Rivers, en sus informes de Cranborne Chase, destaque la importancia de los utensilios corrientes, en lugar de detenerse en los raros o exóticos, que hasta entonces habían sido el objeto primordial de la exploración arqueológica.

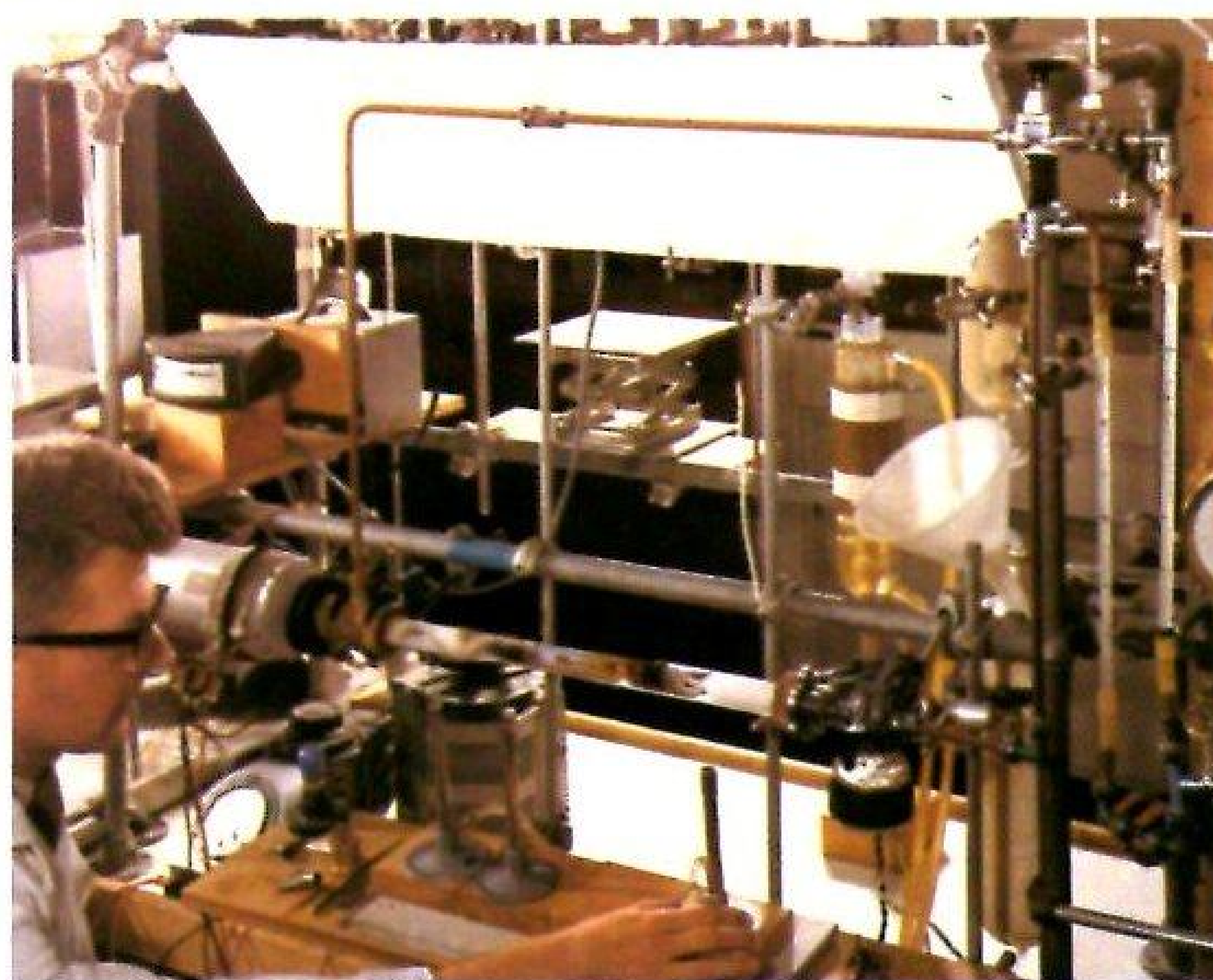
«Por tedioso que resulte para muchos detenerse en el descubrimiento de objetos varios que, sin duda, fueron tirados por sus dueños como basura, y ocuparse de los dibujos, a menudo repetidos, del mismo tipo de objetos comunes, del estudio de esos detalles triviales depende la arqueología para determinar las fechas de las construcciones... El valor de las reliquias, usadas como evidencia, en este sentido se puede considerar como inversamente proporcional a su valor intrínseco.»

Montelius y el difusionismo. Por supuesto que Pitt Rivers no estaba solo para sustentar la tipología de los uten-

silios como un medio de clasificación; tampoco fue él el primero en apreciar que la mejora tecnológica en la manufactura de los objetos ofrecía, en potencia, un modo de subdividir el período prehistórico. En los últimos veinticinco años del siglo XIX, se hicieron varios intentos para distinguir entre los grupos culturales primitivos y tardíos de la Edad del Bronce, por iniciativa de Worsaae y De Mortillet; a continuación, varios expertos reconocieron la necesidad de un eneolítico, o Edad del Cobre, como fase intermedia entre el Neolítico y la Edad del Bronce propiamente dicha. Pero la influencia dominante fue la del erudito sueco Oscar Montelius (1843-1921), especialista en prehistoria, cuya división en cinco etapas para la Edad del Bronce nórdica, aunque sujeta a correcciones en algún detalle importante, se mantuvo como la base para la clasificación de elementos de la Edad del Bronce hasta hace poco tiempo. Montelius también intentó poner fechas absolutas a sus períodos tipológicos, estableciendo puntos de referencia por toda Europa hasta el Egeo, donde el trabajo pionero de Flinders Petrie había señalado sincronías con la cronología histórica de Egipto. Montelius, ante ese ejercicio comparativo que, evidentemente, sugería la prioridad cronológica de las innovaciones en el Oriente Próximo y en Egipto con respecto a las culturas europeas septentrionales y occidentales, se convirtió en uno de los principales exponentes de la teoría *ex oriente lux* (la luz llegó de oriente), por la que todas las innovaciones de la Europa bárbara tenían sus fuentes en tierras orientales. La teoría tuvo antagonistas y uno de los más vocingleros fue Salomon Reinach, cuya obra *Le Mirage oriental* (El espejismo oriental) se publicó en 1893.

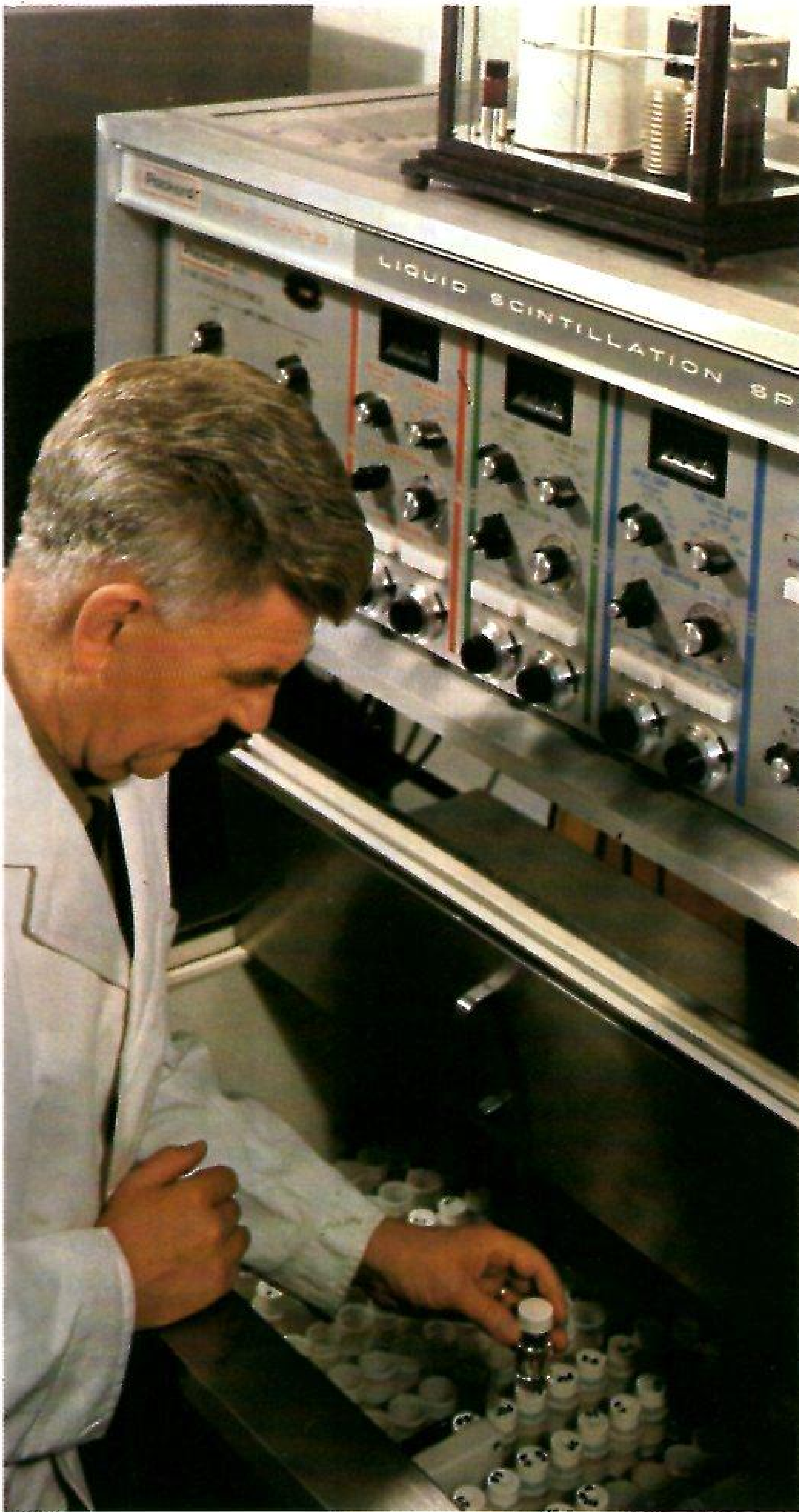
En realidad, la idea de que las innovaciones culturales –como la introducción de las técnicas del bronce y del hierro, por ejemplo, o la de una economía agrícola neolítica– llegaban a Europa septentrional y occidental provenientes del Egeo, de Anatolia o del Oriente Próximo siguió siendo una de las fundamentales de la prehistoria europea, al menos durante la primera mitad de nuestro siglo: así se refleja en los textos de Gordon Childe, Christopher Hawkes, Stuart Piggott y muchos de los más notables académicos europeos. Aunque algunos especialistas en prehistoria, como veremos, hoy anteponen la idea de la invención e innovación indígena a la difusión como proceso explicativo del cambio cultural, hay pocas dudas acerca de que, en la antigüedad, hubo migraciones importantes de grupos demográficos enteros y de que constituyeron uno más de los factores de la amplia difusión de las ideas. No permitiremos que las excéntricas y fatuas teorías de los «hiperdifusionistas» Elliot Smith y Perry y sus seguidores, que intentaron probar que la civilización





se difundió a todos los puntos del planeta desde el antiguo Egipto, oscurezcan la tarea de eruditos serios, aunque los numerosos textos de esta escuela han hecho que aún hoy exista su huella en un sector de lunáticos de la arqueología, como nos lo ha recordado Daniel, para quienes es posible tener la Atlántida por un lado y a los cosmonautas por el otro.

Trabajo de campo y erudición, 1900-1950. En los primeros años de este siglo, el proceso de clasificación y sín-



Datación con radiocarbono. Todo el material arqueológico requiere un tratamiento químico previo para extraer el carbono bajo una forma adecuada para la datación. En el caso de los huesos, esto significa la extracción del colágeno, es decir, el elemento orgánico. En la imagen (*página opuesta, arriba*), el material óseo se corta en pequeños trozos para someterlos a este proceso; en el gran vaso de la izquierda flotan muestras de colágeno esponjoso. Según el tratamiento previo, la muestra de carbono se convierte en dióxido de carbono por combustión con oxígeno en un sistema cerrado. Se ve una de las muestras durante el proceso de combustión dentro de un tubo (*página opuesta, abajo*).

El paso final es la medición del promedio de desaparición del C-14. En el método de escintilación de líquido aquí ilustrado (*arriba*), el benceno sintetizado de la muestra inicial se mezcla con un material fluorescente y se guarda en un frasco de cristal. El C-14 que queda en el benceno produce destellos leves en proporción con el contenido residual de radiocarbono. Se coloca un típico frasco de muestras en el espectrómetro, para un cómputo del total de la luz emitida en un período mínimo de 24 horas.

Fotografías y pies cedidos por R. L. Otlet, del Laboratorio de Medición del C-14 de Harwell, Reino Unido.

tesis se continuó por obra de una cantidad de notables estudiosos europeos: Paul Reinecke, en Alemania, cuyas divisiones de las Edades del Bronce y del Hierro en Europa central son todavía básicas; D. Viollier en Suiza y, en Francia, Joseph Déchelette, quien publicó su *Manuel d'archéologie* (Manual de arqueología) en varios volúmenes entre 1908 y 1915. Sin embargo, en cuanto a los métodos de excavación, los años previos y posteriores a la Primera Guerra Mundial no vieron muchos más progresos que los alcanzados por Pitt Rivers, que había muerto en 1900.

No obstante, en los años de entreguerras se produjeron mejoras en las técnicas de campo, en Gran Bretaña sobre todo, como resultado de los empeños de sir Mortimer Wheeler. Sería *le système Wheeler*, el sistema Wheeler, basado para la excavación de cada área en una disposición de zanjas en cuadrícula, lo que haría posible unas normas de planificación, representación por secciones y registro más seguros, al tiempo que su insistencia en un grado máximo de limpieza y de observación rigurosa de la estratigrafía del yacimiento aseguraba la posibilidad de comprender mejor los niveles sucesivos de ocupación. Sus distintos éxitos anteriores a la guerra culminaron en la excavación de la gran fortaleza de Maiden Castle, en Dorset, fechada en la Edad del Hierro, cuyos registros –sean cuales sean sus fallos– todavía constituyen un monumento al genio de Wheeler como arqueólogo de campo. Los métodos de este experto no se adoptaron con idéntico entusiasmo en toda Europa y, vistos desde el presente, pueden parecer demasiado uniformes e inflexibles. Pero el principio de excavación estratigráfica y de registro sigue siendo bueno y más de una excavación, desde la Segunda Guerra Mundial, se ha hecho sin llegar al nivel de las exigencias de Wheeler.

Pues bien, la contribución de este erudito no ha sido tan sólo la de un brillante exponente de las técnicas de campo metódicas; su mayor aporte, se podría decir, fue el estímulo del interés público en la arqueología, que cultivó mediante artículos publicados en la prensa y visitas guiadas a las excavaciones, en especial a las de Maiden Castle, y continuó años después en la televisión.

En los años de entreguerras, las excavaciones continentales fueron de diversa calidad. Entre los parajes franceses explorados destacan: Fort Harrouard, en Eure-et-Loire, donde a lo largo de varios años el abate Philippe descubrió los vestigios de una floreciente comunidad de la Edad del Bronce, y Les Jogasses, en el Marne, donde el abate Favré desenterró cementerios sucesivos de fines de la cultura Hallstatt y principios de La Tène. En los Países Bajos, Van Giffen aplicaba y perfeccionaba el método de excavación por «cuadrantes» en montículos de la cultura cra-

teriforme y de la Edad del Bronce, por el que era posible obtener registros cuidadosos de la planta y de cortes verticales de esos túmulos. En Europa central, la excavación de cementerios de túmulos, como el de Dürrnberg-bei-Hallein, revelaba un volumen creciente de vestigios materiales para el estudio tipológico y la clasificación de la Edad del Hierro, en tanto que los trabajos en asentamientos como el de Köln-Lindenthal proporcionaban las bases para nuestro conocimiento de la expansión de la cultura neolítica.

Quizá la mayor contribución al estudio de los asentamientos de la Edad del Bronce tardía y de la Edad del Hierro hayan sido las excavaciones de Gerhard Bersu, llevadas a cabo en Goldberg, una localidad del sur de Alemania, en la atalaya del promontorio suizo de Wittnauer Horn y en Little Woodbury, localidad de Wiltshire, un trabajo que continuó con energía inagotable durante su involuntaria estancia en la Isla de Man. Toda enumeración resumida de las excavaciones de entreguerras omite, necesariamente, los nombres de muchos otros expertos que también son dignos de una mención pero, si se mira hacia atrás, aparte de la acumulación vital de datos nuevos, lo que merece un reconocimiento mayor en este período, es la labor de clasificación y síntesis, por encima de la habilidad técnica para la recuperación de objetos en el campo, que a menudo dejó mucho que desear.

Fotografía aérea. Uno de los mayores desarrollos de los años de entreguerras en la arqueología de campo no fue la técnica de excavación misma y, sin embargo, se ha convertido en una herramienta preliminar esencial que se utiliza antes de la excavación: la fotografía aérea, cuyo uso como medio de exploración y prospección se remonta al siglo XIX y a las hazañas de los pioneros, como Gaspard Félix Tournachon, llamado Nadar, quien fotografió París desde un globo en 1858. Las posibilidades arqueológicas de la fotografía de altura se advirtieron pronto, pero no se explotaron por completo hasta después de la Primera Guerra Mundial, cuando ya se usaba el biplano de manera amplia –y también cara– como medio de reconocimiento militar. Los primeros intentos de emplear esta recién descubierta posibilidad de fotografía de altura estuvieron a cargo de arqueólogos británicos, franceses y alemanes, en África septentrional, en el Oriente Próximo y en Europa. Pero fue O. G. S. Crawford –un antiguo oficial del Real Cuerpo Aéreo que había servido en Francia y Bélgica, donde fue abatido y capturado y de donde huyó– el primero en sacar partido de todo el potencial de la fotografía aérea para localizar, en campos sembrados, puntos de asentamiento que no dejaron huellas visibles en la superficie. Deuel citó las palabras de Crawford al recordar que en 1922 J. P. Williams-Freeman, el arqueólogo de campo de Hampshire, le mostró las fotos de marcas de cosechas:

«Estaban cubiertas con marcas blancas que de inmediato me recordaron las que yo había empezado a señalar en un mapa diez años atrás... Las fotos también mostraban líneas oscuras que, obviamente, eran acequias tapadas de barro; quedaban en evidencia por el color más oscuro del trigo, que crecía mejor sobre ellas y, por tanto, tenía un color verde más intenso que el resto... Comprendí que la fotografía aérea iba a ser un apoyo invalorable para los arqueólogos en la localización de marcas de todo tipo que hubiera dejado el hombre prehistórico sobre y bajo el terreno. Fue una revelación de gran impacto, porque en ese mismo momento supe que se había hallado una nueva técnica y que yo tenía los medios para desarrollarla y difundirla en todo el mundo...»

Así lo hizo Crawford en una serie de publicaciones académicas y más específicamente en su obra *Wessex from the Air* (Wessex desde el aire), publicada en 1928. Con la idea de que la media diferenciada de crecimiento podía revelar paisajes ocultos, el reconocimiento fotográfico aéreo se convirtió en un medio excelente de aumentar el número de parajes arqueológicos conocidos. A imitación de Crawford, el mayor Allen tuvo grandes éxitos en la comarca de Oxford, que sobrevoló con su propio avión, el *Puss Moth*, desde el que usó una cámara hecha por él mismo. La Segunda Guerra, como ya lo había hecho la Primera, dio gran impulso al reconocimiento y la fotogra-

Prospección geofísica. El gradiómetro de inducción magnética de Plessey y el sistema automático de representación gráfica del Laboratorio de Monumentos Antiguos, en funcionamiento sobre el campo.



fía desde el aire y a su interpretación. En el período de posguerra, J. K. St Joseph estableció en Cambridge el primer departamento universitario dedicado con exclusividad a la investigación fotográfica aérea –aunque no sólo con fines arqueológicos–, mientras que Irwin Scollar y otros colegas de Bonn abrieron el camino para el desarrollo de programas de computación sofisticados para transferir los datos de las fotografías aéreas a un archivo de mapas.

Ciencia y arqueología. Sin embargo, de todos los desarrollos científicos y técnicos de la posguerra, el que tuvo la repercusión máxima en el estudio de la prehistoria europea fue, sin duda, la datación mediante el radiocarbono, desarrollada inicialmente por el americano Willard Libby. Los principios en que se basa el método son hoy bastante conocidos y sólo haremos aquí un breve resumen de ellos. La radiación cósmica produce en las capas superiores de la atmósfera un isótopo de carbono radiactivo (C-14) a una media más o menos constante, que está presente en una proporción del total del carbono en el dióxido de carbono atmosférico. Ya que todas las plantas vivas absorben carbono en el proceso de fotosíntesis, se deduce que esta proporción de C-14 a C-12 se refleja no sólo en los árboles y plantas sino también en todo ser vivo, como resultado de la cadena alimenticia. Después de la muerte, el componente radiactivo disminuye a un ritmo regular, de modo que en unos 5.500 años la proporción de C-14 se reduce a la mitad. Es decir que, midiendo el carbono residual de una pieza, es posible calcular el punto en que empezó el proceso de disminución –o sea, el momento en que se cortó el árbol o murió el animal– y, por tanto, la «edad» arqueológica de la pieza.

Otras técnicas científicas para la determinación de fechas son la del flúor y la del potasio-argón, que también se desarrollaron en los años de posguerra, pero ninguna se difundió tanto como la del radiocarbono ni influyó tanto en nuestras cronologías prehistóricas. Pero la revolución del radiocarbono no fue una inmediata panacea que permitiera al arqueólogo hablar en términos de fechas absolutas. Desde 1950 –el año que por convención se considera como «presente» al citar fechas de laboratorio como «antes del presente» (ap)–, se han conseguido varias mejoras en la técnica en sí y también en el cálculo del «promedio de vida», establecido en un principio en 5.568 años y hoy en 5.730. Pero más importante aún ha sido comprobar que la proporción de C-14 a C-12 en la atmósfera no ha sido constante, quizá a causa de la actividad de las manchas solares y hechos parecidos; como consecuencia de esas variables, el gráfico del radiocarbono no es una sencilla línea recta. Cuando se compara con la escala dendrocronológica –originalmente pensada según los anillos de un tipo de pino, *Pinus aristata*, y otros árboles de gran longevidad, típicos del suroeste de Estados Unidos–, produce una serie de anomalías o «saltos» que fueron tema de vivos debates en años recientes.

Por este motivo no se puede aceptar la especificación de una fecha absoluta tras determinar el C-14 y hay que admitir un margen de error preestablecido. Es decir que el factor de aproximación, que en general se señala con los resultados, indica los límites dentro de los cuales se encuentra la fecha verdadera. Existe un 68 por 100 de probabilidades de que la fecha verdadera esté entre los límites cuando el factor más-menos citado es la desviación normal uno y un 95 por 100 de probabilidades, cuando es dos. Lo corriente es que los factores más-menos sean 60-120 años, según la edad de la pieza a datar (digamos, 2.000 a 10.000 años) pero pueden mayores o menores, según la calidad de la pieza usada para la medición del C-14. (Lo ideal es que la muestra tenga 5 g de carbono básico.) Se deduce que las fechas se interpretarán teniendo en mente el margen de error posible y que, incluso cuando se obtiene una serie, estadísticamente algunas fechas pueden estar más allá del factor límite ±uno. Aparte de estas complicaciones, la datación por radiocarbono, sumada a la dendrocronología como forma de comparación, sin duda es el método más importante de datación absoluta para el futuro previsible. Entre las otras técnicas de laboratorio para la datación hoy en uso, algunas, como la del flúor y la del potasio-argón, son más aplicables a la prehistoria remota que al período que aquí nos ocupa; la determinación de fechas por termoluminiscencia, de otra parte, si se consigue ajustar adecuadamente, podría tener amplias repercusiones en las cronologías prehistóricas europeas, ya que es aplicable a trozos individuales de cerámica, de los que tantas veces depende nuestra clasificación. Los principios físicos del método no nos detendrán aquí, como no sea para señalar que la base es la medición de la radiactividad absorbida por los minerales cerámicos y emitida como luz cuando la muestra se calienta a 500 °C, por comparación con la absorbida por los minerales en el terreno circundante. La «fecha» en este caso se fija en cero no por la muerte del árbol, como en el caso del radiocarbono, sino por el momento en que el artesano horneó la arcilla. En vista de la omnipresencia de la cerámica en la mayoría de las culturas prehistóricas, la importancia del método es obvia.

No todas las contribuciones a la arqueología del período de posguerra se produjeron en el campo de la datación. La misma importancia tienen una cantidad de técnicas de análisis como la espectroscopia de emisión óptica, la espectrometría de fluorescencia de rayos X, la microsonda electrónica y muchas otras, pensadas para analizar la composición de un utensilio o para detectar restos mínimos de

algún elemento que pueda relacionarse con otros utensilios, de semejante origen cronológico o geográfico. También en el campo se han empleado diversos instrumentos geofísicos, como el magnetómetro de protones o los contadores de resistividad del suelo, para que el arqueólogo obtenga del paraje una visión previa tan completa como sea posible, antes de iniciar la excavación propiamente dicha. Todas estas ayudas y muchas otras transformaron la práctica de la arqueología de campo y el análisis posterior a la excavación en los últimos 30 años. Lo que resulta menos evidente es que nuestra capacidad de sintetizar e interpretar los testimonios así obtenidos se haya desarrollado hasta ese mismo nivel.

Desarrollos recientes. Entre las excavaciones destacadas de la posguerra se cuentan varios asentamientos neolíticos de los Balcanes y del Danubio, sobre todo Nea Mikomedia, en el norte de Grecia, el *tell* Karanovo de Bulgaria y el amplio poblado de casas grandes de Bylany, localidad de Checoslovaquia. En el campo prehistórico tardío, las atalayas atrajeron la atención, desde las edificaciones del este europeo que, hoy se sabe, estuvieron ocupadas desde la Edad del Bronce, hasta los *castros* de fines de la Edad del Hierro, del noroeste peninsular ibérico. El descubrimiento de bastiones rectangulares proyectados desde la cara frontal de las fortificaciones de Heuneberg, sobre el curso superior del Danubio, y más específicamente su uso de muros de ladrillos de barro sobre cimientos de piedra para, al menos, una parte de sus defensas perimetrales, brinda un testimonio sorprendente del impacto de los estilos arquitectónicos mediterráneos en la Europa bárbara, no menos que la presencia de las importaciones griegas y etruscas en centros situados al norte de los Alpes. Entre las excavaciones recientes de los asentamientos fortificados de la Edad del Hierro, hay que señalar la prolongada campaña de investigaciones del gran *oppidum* de la localidad bávara de Manching, de más de 2 km de ancho máximo, cuyas defensas han contenido un campo aéreo en su totalidad. Los resultados de este programa se publicaron hace poco en una serie de monografías, que se mantendrán como un logro excepcional durante muchos años.

Sin embargo, la excavación en los últimos tiempos no se ha emprendido tan sólo con finalidades de investigación sino, cada día más, ante la amenaza de la destrucción que representan la construcción de autopistas, el desarrollo urbano, las canteras y todas las mejoras de infraestructura que la sociedad del siglo XX exige. Los recursos para esos trabajos pocas veces han bastado para hacer algo más que un examen superficial de los parajes potencialmente arqueológicos y amenazados, a pesar de los esfuerzos de la UNESCO a fin de promover la idea de que es imprescindible adecuar la legislación para proteger los monumentos nacionales y las antigüedades o, al menos, para apoyar su investigación total, cuando la destrucción no se puede impedir. Con la disminución del patronazgo privado, la arqueología depende en la actualidad de las finanzas del Estado y sus relativamente modestas necesidades no son prioritarias respecto a las demandas más perentorias de vivienda, educación y servicios sociales.

También en el nivel académico puro se ha desarrollado la arqueología en los últimos años. Sobre todo a través del trabajo de estudiosos americanos como Binford y Trigger, los expertos europeos en prehistoria se han introducido en la llamada «nueva arqueología», en la que se aplican a los datos arqueológicos nuevos modelos y métodos, tomados de una variedad de disciplinas auxiliares. Los métodos de análisis de localizaciones basados en los de la geografía resultaron útiles para las distribuciones arqueológicas, en tanto que los modelos eventuales –vuelo aleatorio, cadenas de Monte Carlo y Markov–, los modelos estadísticos y cuantitativos y una diversidad de sistemas relacionados se introdujeron en un estudio que, hasta aquí, se basaba en el método histórico. Este enfoque, que quizá tuvo mayor incidencia en Gran Bretaña que en el continente, como resultado de dos libros, escrito el primero y editado el segundo por David Clarke, *Analytical Archaeology* (Arqueología analítica, 1968) y *Models in Archaeology* (Los modelos en arqueología, 1973), generó la producción de una buena cantidad de literatura de formulación retorcida y valor discutible; pero las nuevas direcciones en una disciplina siempre incluyen callejones sin salida, a la vez que verdaderos progresos, y ningún tema se aprovecha de la inmovilidad.

Si miramos hacia el desarrollo futuro de la arqueología, sin duda hemos de esperar cambios cada vez más rápidos, en especial en el campo de las contribuciones científicas a la datación, localización de parajes y análisis de los objetos. Nos podríamos preguntar qué aspecto de la práctica actual puede atraer más a nuestros sucesores. ¿Será la destrucción total de los yacimientos a causa del desarrollo moderno? ¿O será tal vez la destrucción que los arqueólogos mismos producirán en los magníficos asentamientos que excaven, en su anhelosa búsqueda de información? ¿El propio concepto de excavación envejecerá ante una forma más sofisticada de obtención de datos? Las limitaciones actuales de la arqueología –tanto como su incapacidad de hacer algo más que arrojar un poco de luz sobre una faceta muy limitada de la actividad humana en el pasado, estudiando los utensilios conservados, a veces poco representativos– parece tan infranqueable como la «densa niebla» de los arqueólogos de principios del siglo XIX. El tiempo lo dirá.

Granja experimental de Butser Hill

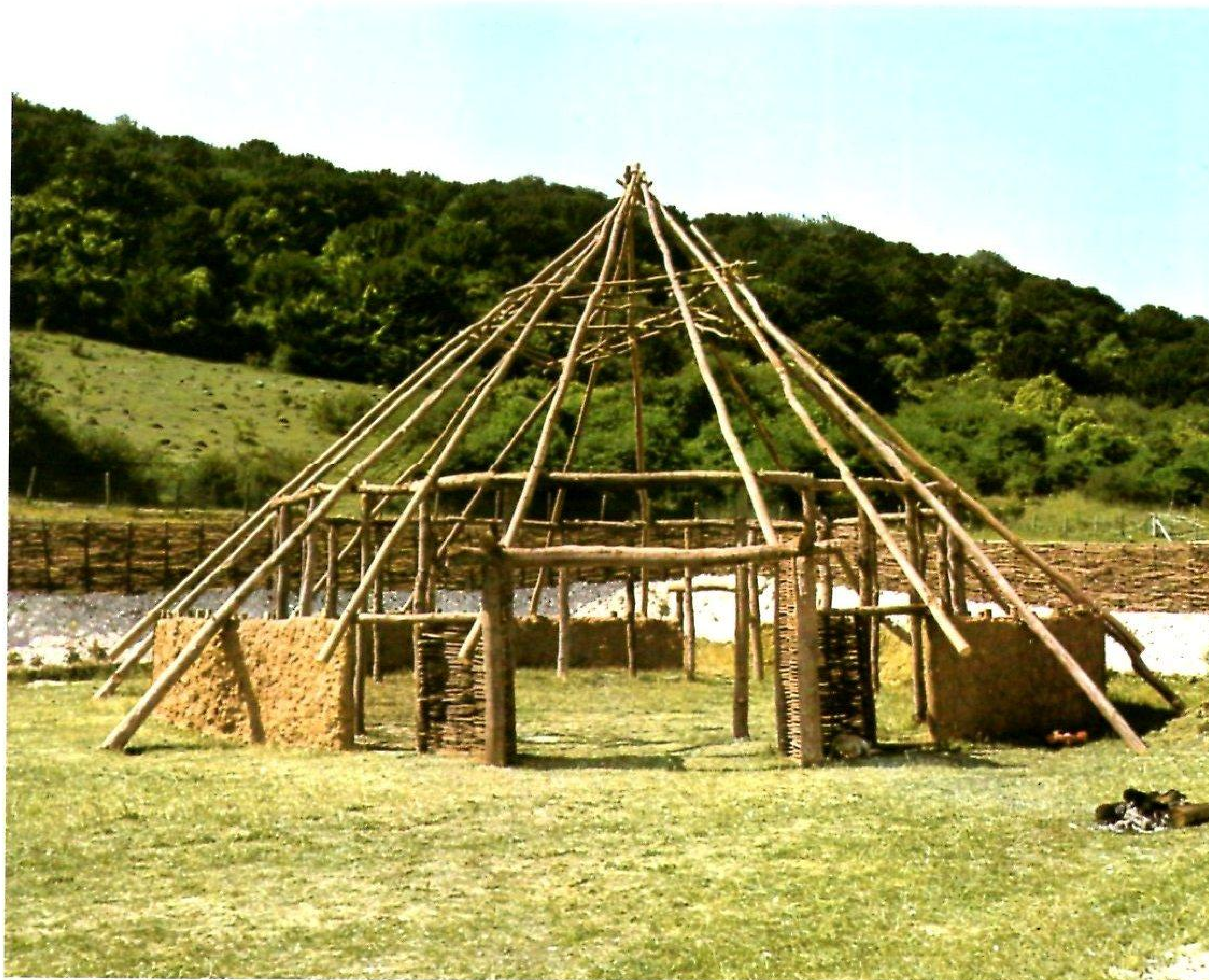
La granja experimental de Butser Hill, en la localidad inglesa de Hampshire, es única. Su meta no era simplemente llevar a cabo un único experimento ni una serie de experimentos, sino recrear una granja de la Edad del Hierro en activo, como una unidad económica a escala real, y controlar su progreso a lo largo de varios años. El proyecto incluyó la reconstrucción de distintos tipos de viviendas domésticas, basada en datos de las excavaciones, el cultivo de cereales semejantes a los que se plantaron en tiempos prehistóricos, el estudio de las cifras de los rendimientos y de los ribazos (espacios sin siembra), la cría de animales domésticos, incluidos bovinos, ovinos, equinos y aves, y una variedad de actividades auxiliares como las de telar, cerámica, producción de carbón y fundición. Del experimento de Butser surgieron interpretaciones radicalmente nuevas de los rasgos conocidos de poblados de la Edad del Hierro y algunas anteriores se desecharon. Pero el de «veamos si funciona» no es el criterio de la arqueología experimental, afirma Peter Reynolds, director y principal inspirador del proyecto, cuyos experimentos se registraron con la máxima precisión científica y el mayor detalle, para que los resultados pudieran compararse de modo crítico con los datos arqueológicos.

Abajo: La granja experimental del proyecto de Butser Hill a punto de quedar terminada.

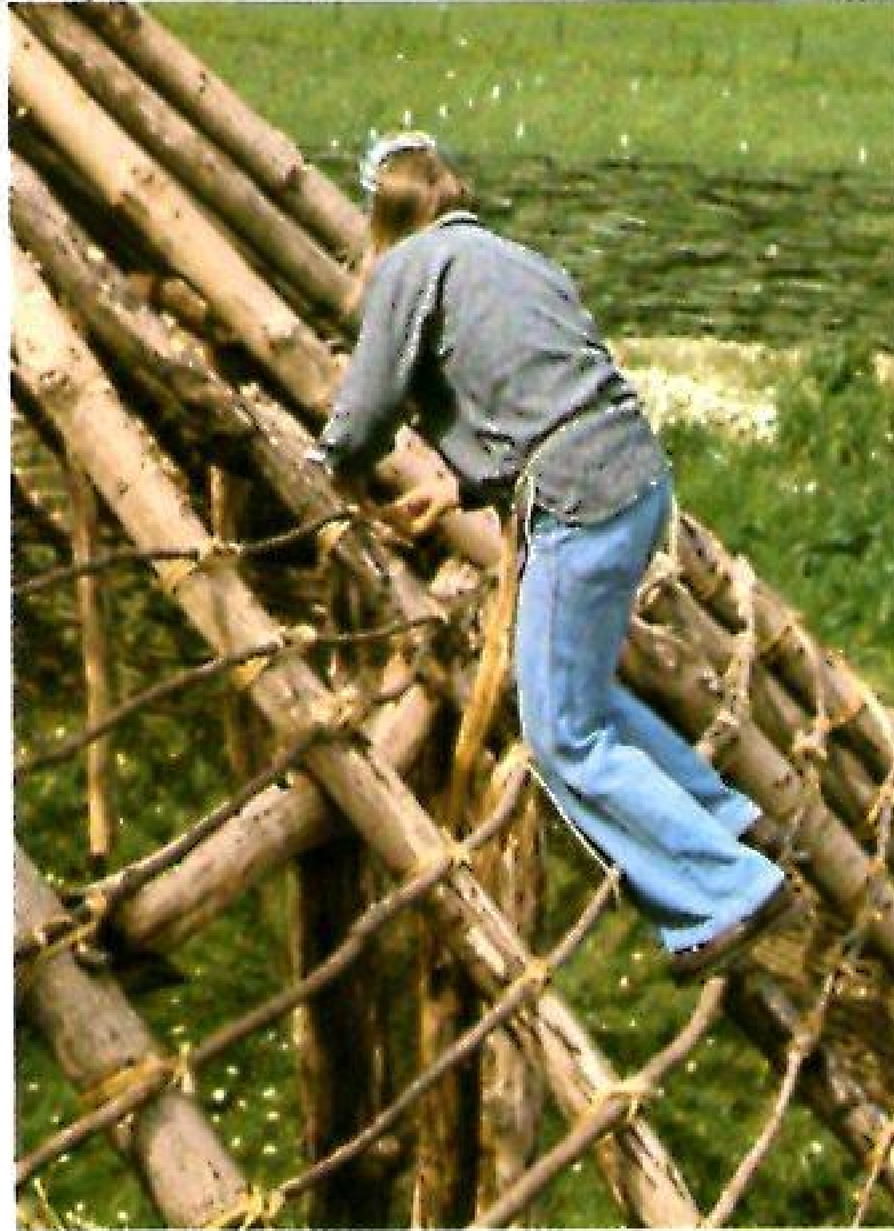




La construcción básica de la granja experimental de Butser Hill es una gran casa de planta circular, que reproduce con exactitud una vivienda excavada en Pimperne Down en Dorset, cuya planta se conserva a través de una serie de agujeros para postes cavados en la greda (*página opuesta*). Los dos círculos principales de postes dibujaban la pared exterior, de 13 m de diámetro, y el interior, de 10 m de diámetro, estaba destinado a los postes que soportaban el techo; se ven ambos (*izquierda*) en las primeras etapas de la reconstrucción y (*abajo*) con los dinteles que permiten colocar los cabrios principales.









Abajo: El edificio principal estaba rodeado por un foso de casi 2 m de profundidad, en cuyo lado interno se hizo un terraplén con la tierra removida; sobre ese terraplén se construyó una valla baja de mimbre.

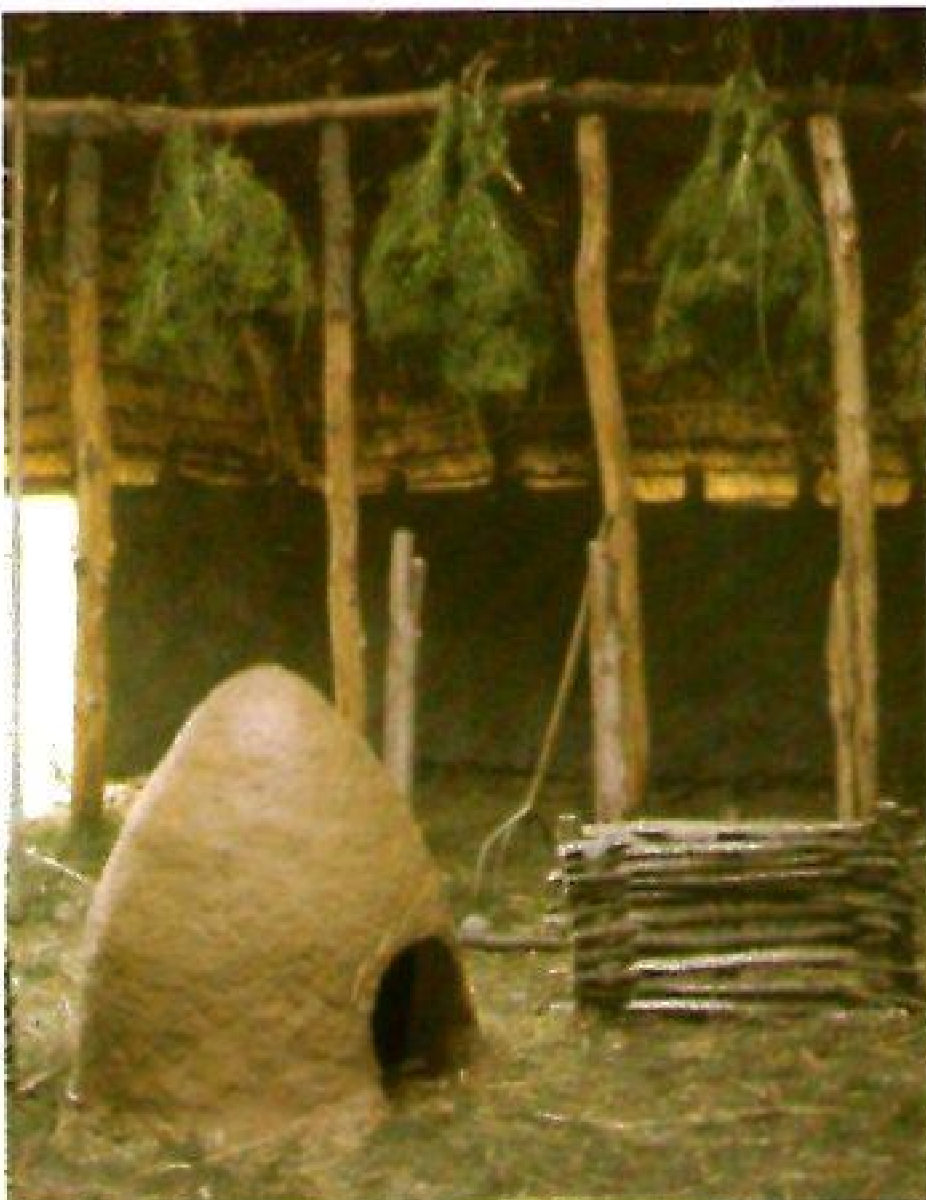


Con los cabrios unidos firmemente con tarugos a sus dinteles, se colocaron las parhileras, que descansan en muescas hechas en los cabrios (*arriba*). A continuación, el techo estaba listo para cubrirlo de paja (*arriba, derecha*). Entre tanto, se habían alzado las paredes, de tejido de mimbre muy apretado, y estaban preparadas para ser cubiertas con adobe (*derecha*), un proceso que requiere repasar las grietas a medida que la mezcla de arcilla va secándose.

Abajo, izquierda: El mobiliario interior, en el proceso de construcción, incluyó un horno de arcilla, una pantalla para el hogar y una base para un telar. El espacio que hay hasta el techo se podía usar para almacenar productos como los manojos de glasto (*Isatis tinctoria*) que se ven en la foto.



Abajo: El aspecto final de la casa reconstruida, aquí preparada para filmar un programa de televisión, no era de rusticidad primitiva sino de un nivel avanzado de habilidad ingenieril y artesanal, acorde con el que se alcanzó en la Edad del Hierro celta, según el testimonio de los materiales recuperados.









Arriba: Peter Reynolds y su ayudante Jack Lindsay usan vacas de raza Dexter como animales de tiro para arar la tierra en la Granja experimental de Butser Hill. Las parcelas de labranza, semejantes a los campos «celtas» de la Edad del Hierro, se trabajaban no sólo para plantar cereal sino también para estudiar el movimiento de los suelos y los ribazos.

El mantenimiento de las tierras de labranza se hizo siempre con métodos manuales. No sólo se zapaba el terreno para la siembra (*izquierda*), sino que también se hacía la escarda durante la etapa de crecimiento; estas labores y la cosecha son pesadas y es probable que las realizaran las mujeres y los niños, junto a los hombres, durante la Edad del Hierro.

En otras épocas cualquier escolar conocía las descripciones que hacía César de los britanos de la Edad del Hierro, que se teñían de azul la piel con glasto, aunque muy pocos habrían reconocido la planta de la que se sacaba el pigmento (*página opuesta*).

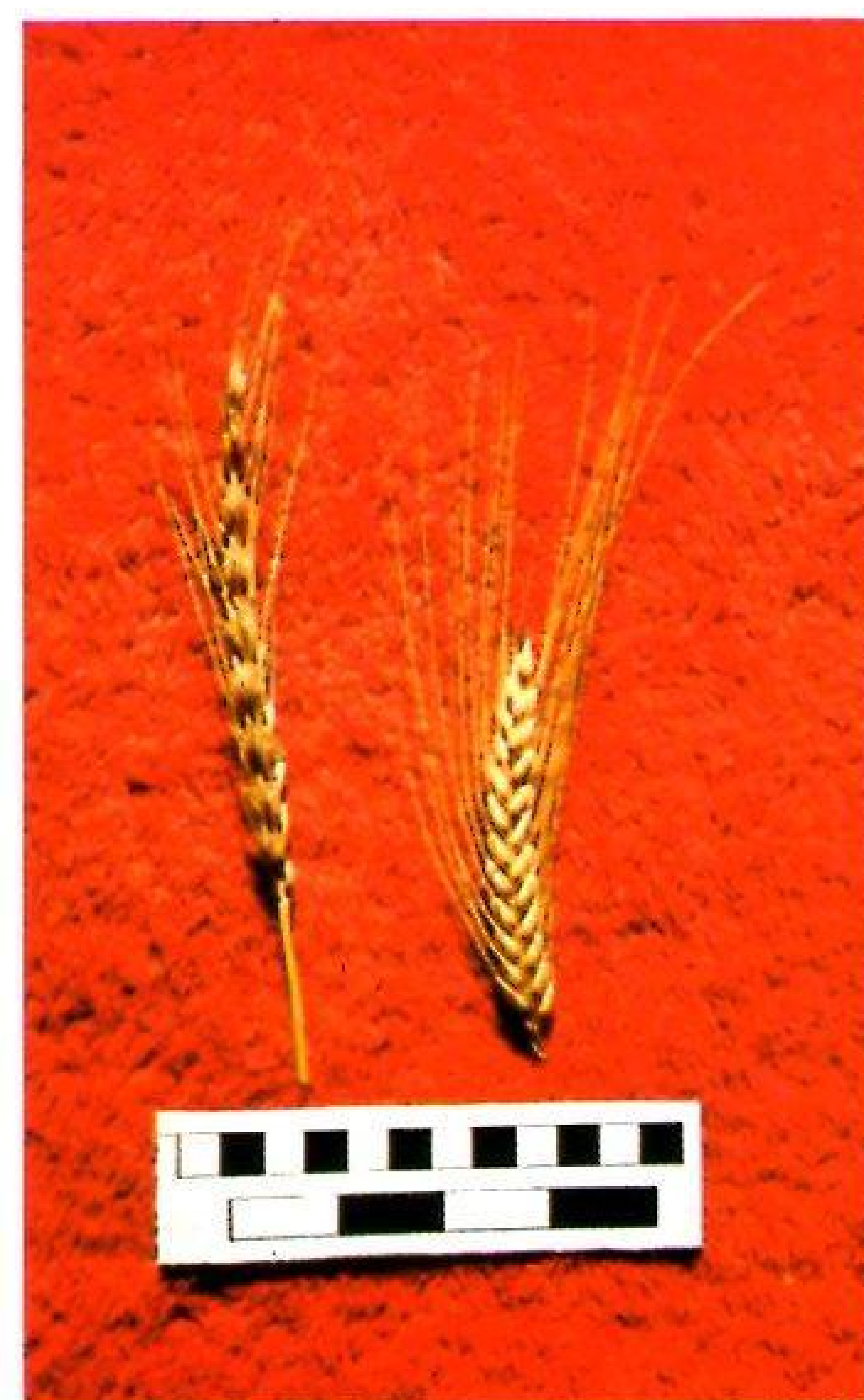


Entre las primitivas especies de trigo cultivadas en Butser Hill están la espelta (*arriba*, a la izquierda de la foto) y la escanda (*derecha*), sembradas en diversas condiciones para comprobar los rendimientos. Aun en circunstancias relativamente adversas, rinden una media de algo menos de 2.000 kg por hectárea.

Abajo, centro: Estos corderos de la raza Soay, importados de las islas del grupo de St Kilda, en las Highlands occidentales, pertenecen a la especie superviviente más cercana a las ovejas conocidas en la Edad del Hierro. Muy ágiles y poco dóciles a los perros pastores, son difíciles de controlar y de mantener apartadas de las tierras de labranza. Se crían por su lana –la esquila se hace anualmente en mayo– y se parecen a las cabras: arqueológicamente, los esqueletos de una y otra especie son indiferenciables.





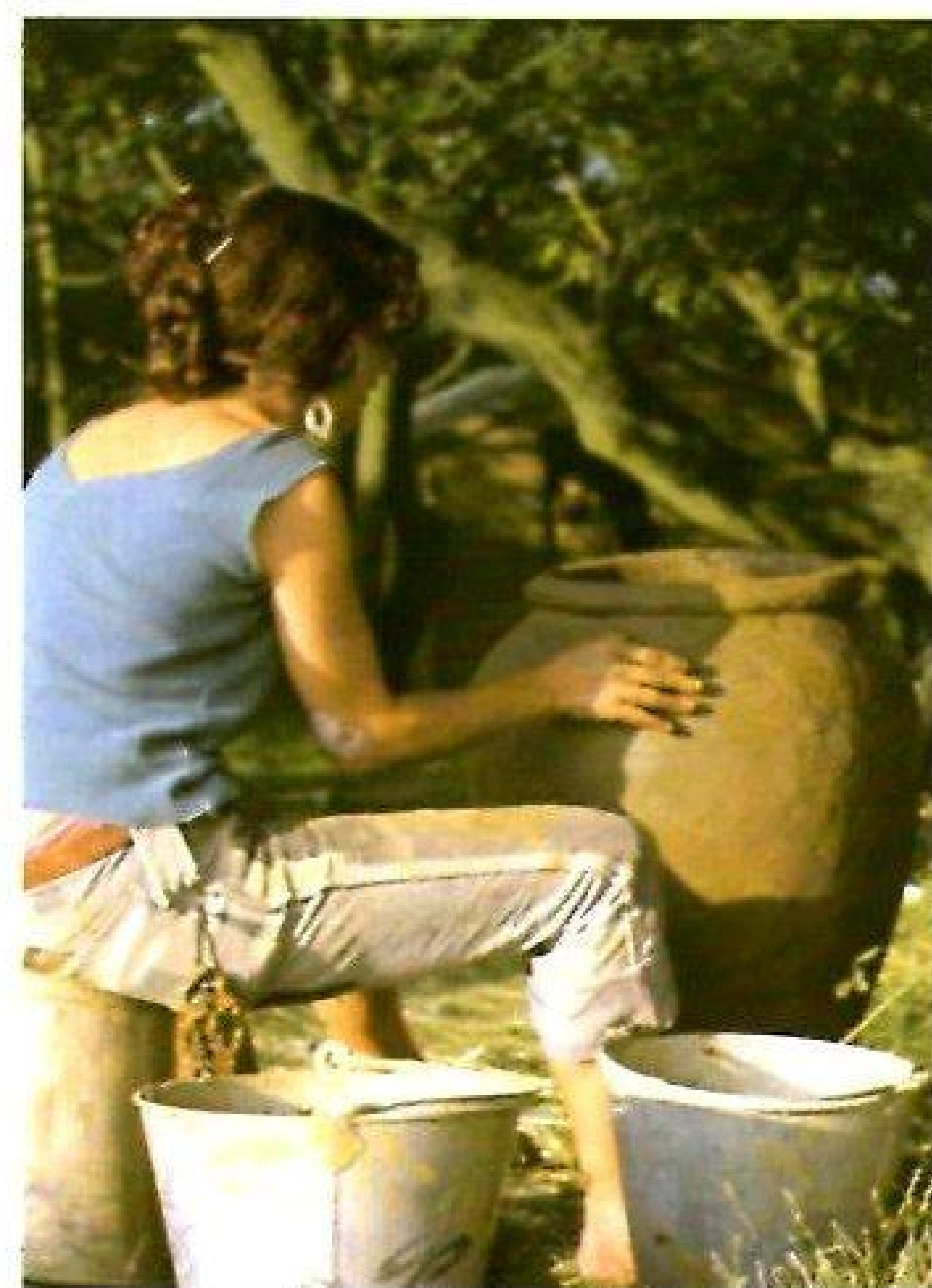




Los testimonios arqueológicos de la manufactura de textiles se limitan a utensilios como carretes y pesas de telar, usados a la vez en los telares verticales (*izquierda*), que a veces se detectaron en yacimientos excavados bajo la forma de postes de fijación.

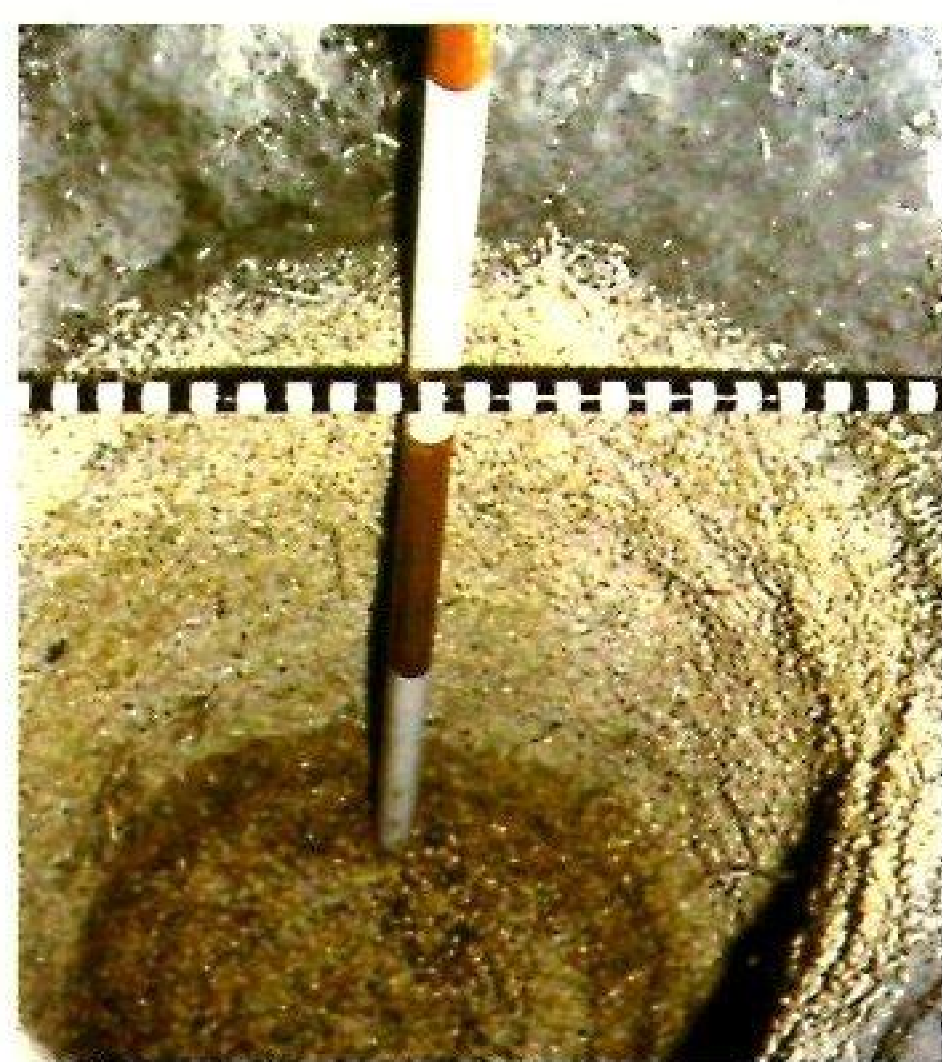
También en el caso de la manufactura de la cerámica los testimonios arqueológicos son escasos. En general se piensa que esta actividad estaba a cargo de las mujeres de una aldea (*abajo, izquierda*), aunque el análisis de las piezas indica, en algunas comarcas, que la cerámica era una artesanía especializada. En Gran Bretaña el torno fue una innovación del siglo I a. C.: hasta entonces los cacharros se fabricaron con el método de anillos (*abajo*) y, probablemente, se horneaban en una hoguera, al aire libre.







En la Edad del Hierro el cereal se molía por medio de una muela rotatoria (*izquierda*), en la que se echaba el grano por la cavidad central de la piedra superior, que se hacía girar sobre la de base; la harina quedaba entre ambas. Las fuentes documentales indican que el cereal se almacenaba en silos cavados en tierra (*derecha*), aunque aún se discute si lo que se guardaba así era semilla o cereal para consumo. En Butser Hill se hicieron experimentos especiales sobre el uso de esos fosos y cómo se puede definir tal uso por la forma en que se llenaban y por su estructura; los resultados sugirieron cambios importantes, que pueden influir en los métodos de excavación.



Capítulo tercero: Los primeros agricultores



Gran túmulo de West Kennet, en Wiltshire, Inglaterra, en una vista a contraluz desde el sur; destacan los ortostatos macizos de su parte frontal.

En una perspectiva temporal que abarca más de tres millones y medio de años de la evolución del hombre, desde los homínidos superiores a la alborada de la civilización europea, el inicio de la labranza y cría de animales domésticos y la aparición de las comunidades neolíticas sedentarias puede parecer una innovación radical y abrupta, el primer paso importante para controlar el entorno y el proceso de producción selectiva de alimentos. Como centro de invención de la agricultura, los expertos han señalado, convencionalmente, el Oriente Medio, de donde hace 10.000 años, en una determinada generación o a lo largo de varias, se supone, se transmitió el conocimiento del cultivo de cereales y de la cría de animales, desde las regiones fértiles de Palestina y Mesopotamia hasta Europa central y occidental, en los milenios cuarto y tercero.

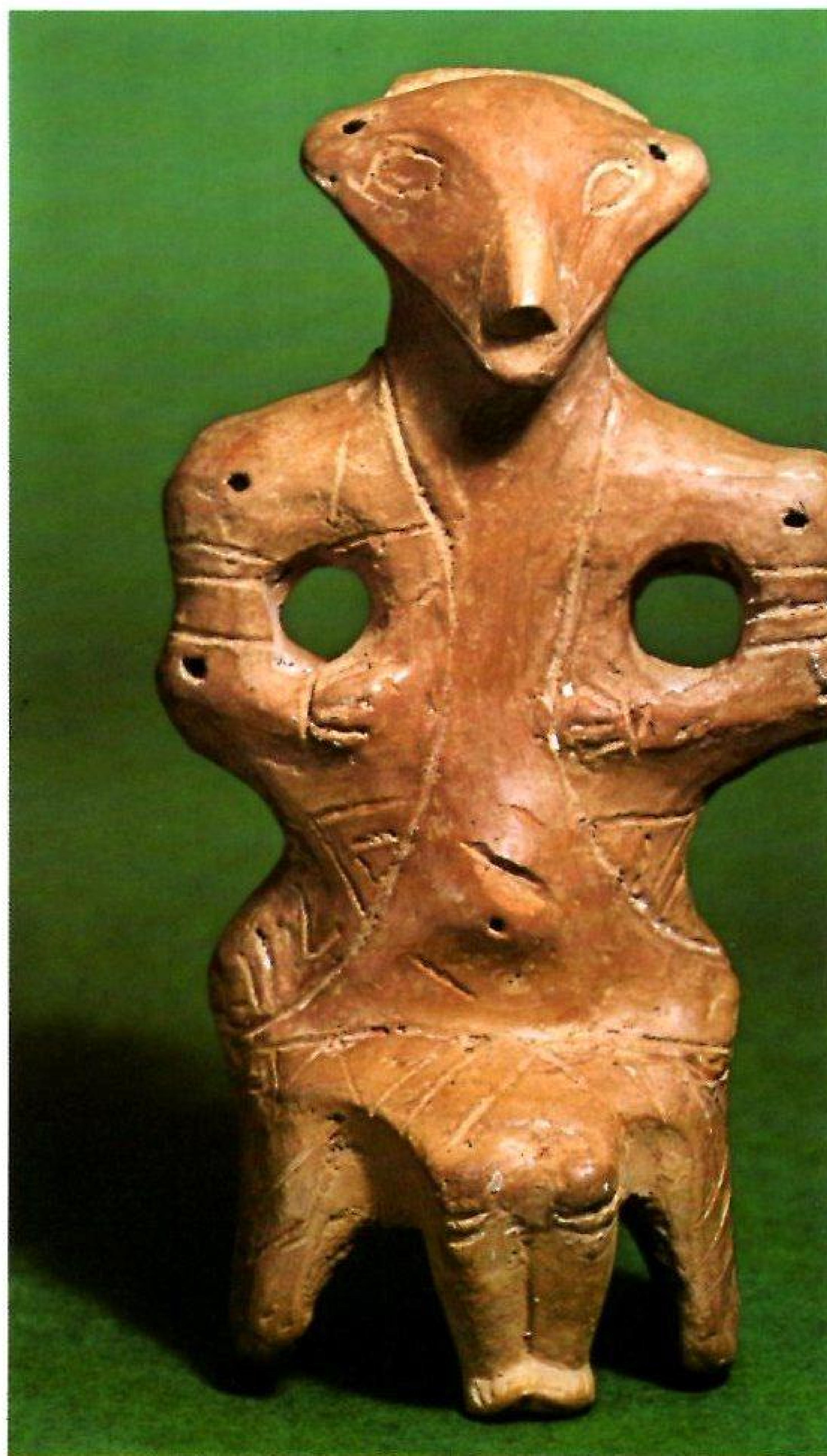
Son dos los motivos de esta presunción. Primero, en el desarrollo histórico de los estudios arqueológicos, como ya hemos visto, estaba implícita la prioridad de la innovación cultural en el Oriente Próximo y en el Lejano, con el corolario de que las innovaciones se difundieron hacia los extremos de esa cuna de la civilización. Segundo, y más pragmático, se reconoció que los antecesores silvestres de la cebada y del trigo no son europeos, mientras que de los animales domésticos sólo el ganado bovino (*Bos primigenius*) era sin duda nativo de la Europa templada. Si la situación contemporánea refleja la de la antigüedad, la cebada salvaje y el trigo existían en Anatolia y en Levante, desde donde el trigo se extendió hasta el Mar Caspio y más allá. Las cabras salvajes y las ovejas cubrían aproxima-

damente esa misma zona y llegaban, hacia el este, hasta el subcontinente indio.

Este punto de vista convencional se ha confirmado, en parte, con la datación mediante radiocarbono de yacimientos de Irak y Palestina, al parecer indicadores de que el cultivo de cereales y la domesticación de animales fueron allí una faceta de la economía neolítica ya antes de 7000 a. C.; cuando estas fechas del Oriente Medio se comparan con las de los asentamientos neolíticos de Anatolia, los Balcanes y Europa central y occidental, resulta aceptable una expansión progresiva de la práctica de la agricultura hacia el oeste –si no hubo movimientos de los propios agricultores–, incluso con las pruebas de las que hoy disponemos. El verdadero problema está en las definiciones y, antes de avanzar, debemos ver, ante todo, no sólo lo que se entiende por forma de vida del neolítico y lo que la diferenciaba de la de las culturas mesolíticas anteriores, sino también hasta dónde llega la idea de la domesticación y cómo se puede estudiar su historia a través de los registros arqueológicos.

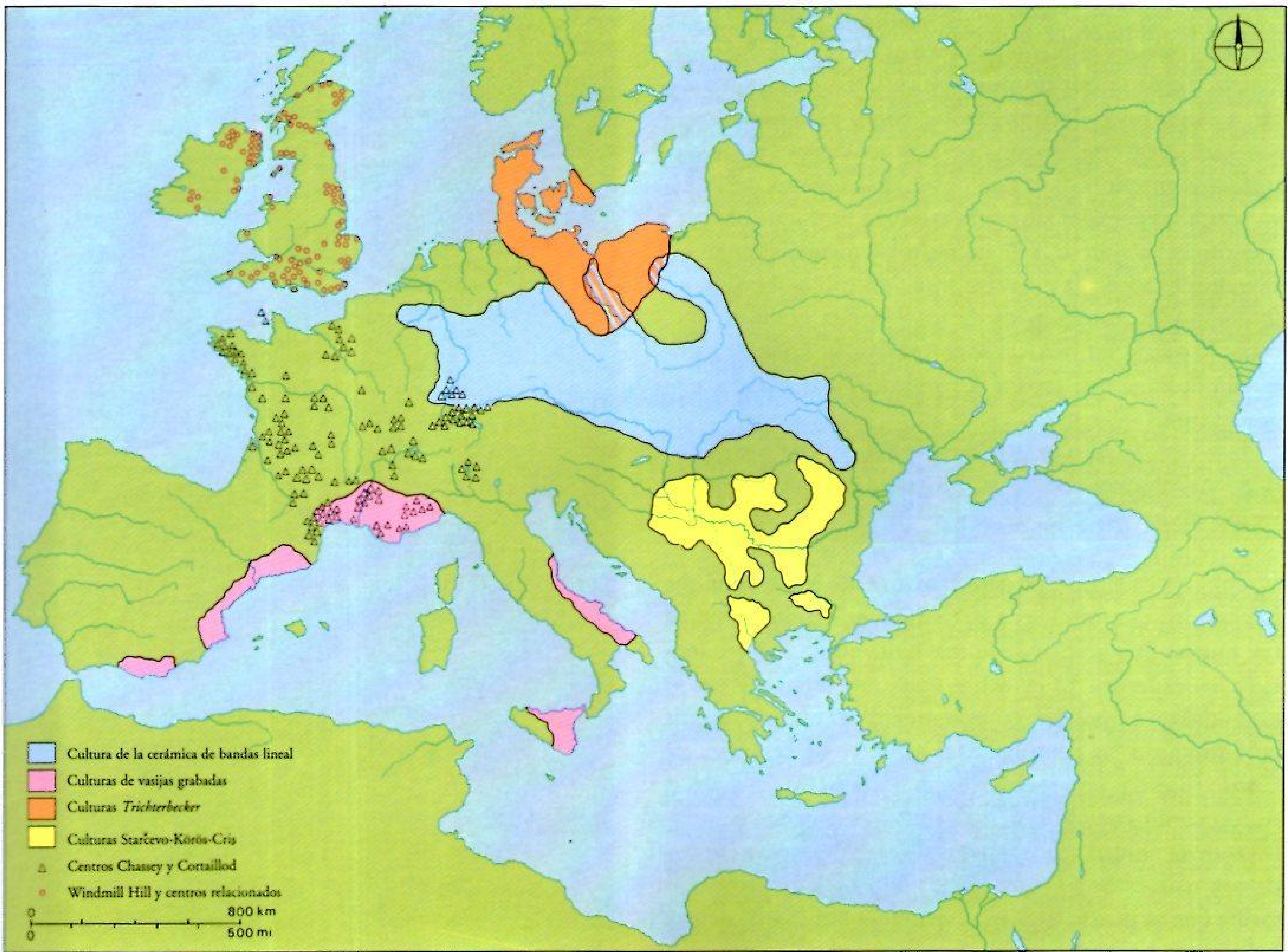
En esencia, el término «neolítico» se deriva del modelo tecnológico –el sistema de las tres edades desarrollado en el siglo XIX–, que distinguía el cambio cultural sólo a través del desarrollo de la tecnología de los utensilios, primero de piedra y después de bronce y de hierro. Aunque los conjuntos neolíticos indican una industria lítica avanzada, con formas elaboradas de hachas, azuelas y puntas de flecha, los antiguos tipos mesolíticos, al parecer, continuaron siendo muy abundantes en ciertas comarcas, como en la de la cultura natufia de Palestina, mientras que algunas hachas de piedra pulida se conocen en regiones de Europa septentrional en contextos mesolíticos. Asimismo, el concepto de asentamiento permanente o semipermanente –en otros tiempos considerado como característico de comunidades «neolíticas», cuya forma de vida sedentaria tenía el apoyo de los cultivos y había eliminado su dependencia de la caza y de la recolección– no necesita ser exclusivo de sociedades agrícolas, siempre que los recursos para la subsistencia se puedan explotar dentro del territorio del poblado.

De manera inversa, ya no podemos figurarnos que los grupos mesolíticos no ejercían ningún control sobre su medio ambiente y las fuentes de los alimentos. Por ejemplo, Higgs y Jarman prefieren hablar de una relación simbiótica entre el hombre y los animales o entre el hombre y las plantas, en la que el cambio del mesolítico al neolítico fue, en rigor, de grado y no de índole: ambos autores «no piensan que sea preciso ni útil dividir este desarrollo en una etapa cazador-recolector, desde los orígenes de la humanidad hasta algún momento de hace unos 10.000 años atrás, y una etapa de "productor de alimentos" desde allí en adelante».



Representación en cerámica de una figura sentada; su cara, sin boca, tiene la forma alargada característica de la cultura Vinča de Voivodina, Serbia. Museo Ashmoleano, Oxford.

Cuando se analizan de cerca, los orígenes del cultivo de cereales y de la domesticación de animales en el Oriente Medio están muy lejos de ser un caso probado para especies individuales, como lo demostraron Higgs y sus colegas. En primer término, los efectos que la domesticación tuvo sobre distintas especies –los bovinos y porcinos perdieron tamaño, y perros, ovejas, cabras, vacas y cerdos pasaron por cambios específicos en su esqueleto– no se pueden atribuir, de ningún modo, a una crianza selectiva más que a los cambios ambientales posteriores a la gla-

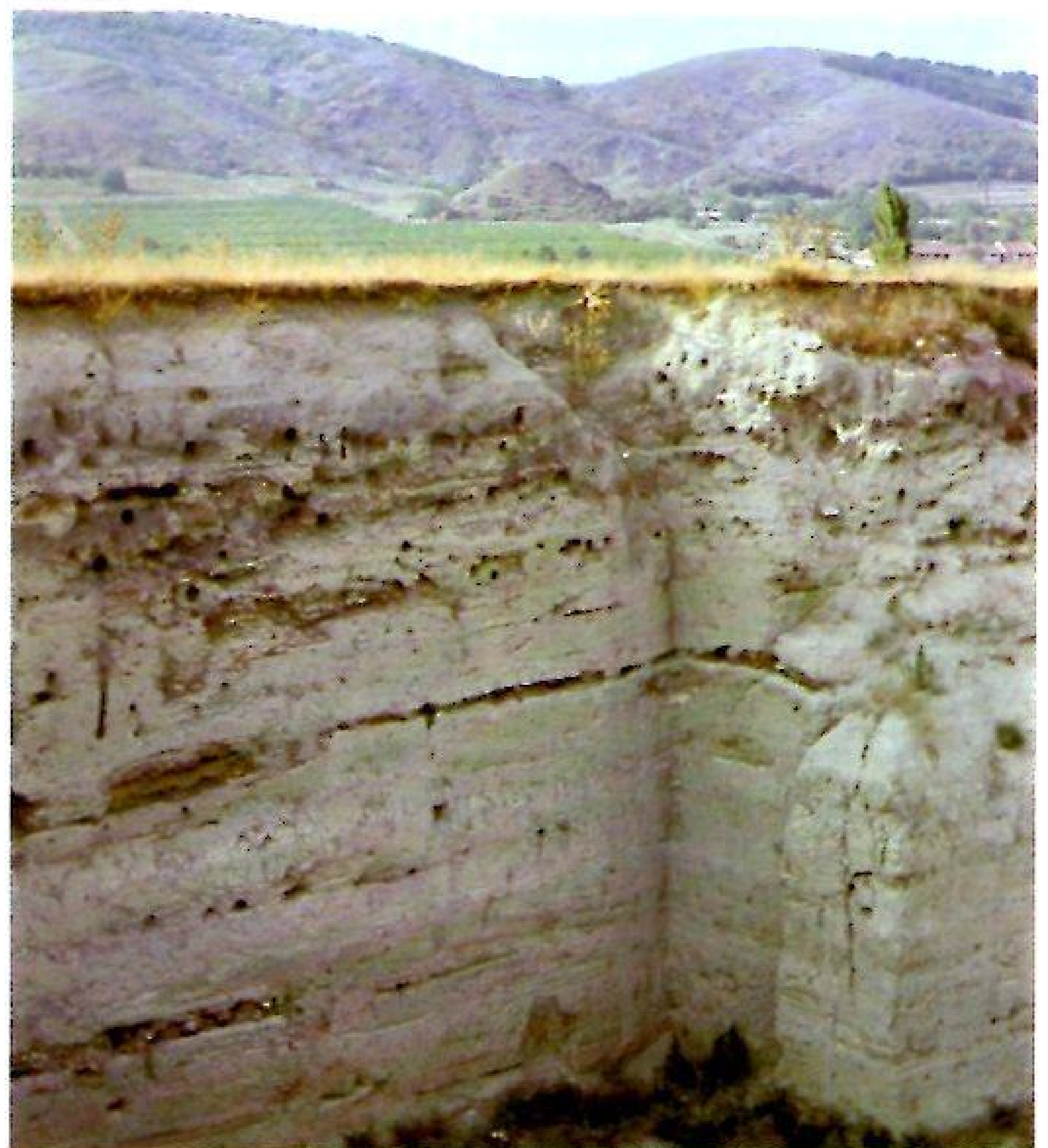


Arriba: Mapa de los principales grupos culturales neolíticos europeos, con los asentamientos fundamentales.

Derecha: Sector expuesto en el *tell* de Karanovo, en Bulgaria; se ve la sucesión de capas acumuladas del asentamiento neolítico y otros posteriores.

Abajo: Restos de un gran edificio de madera de la cultura de cerámica lineal de bandas de Brëzno, antigua Checoslovaquia; se ve la construcción de tablas hundidas en tierra y, atrás, los postes combinados.

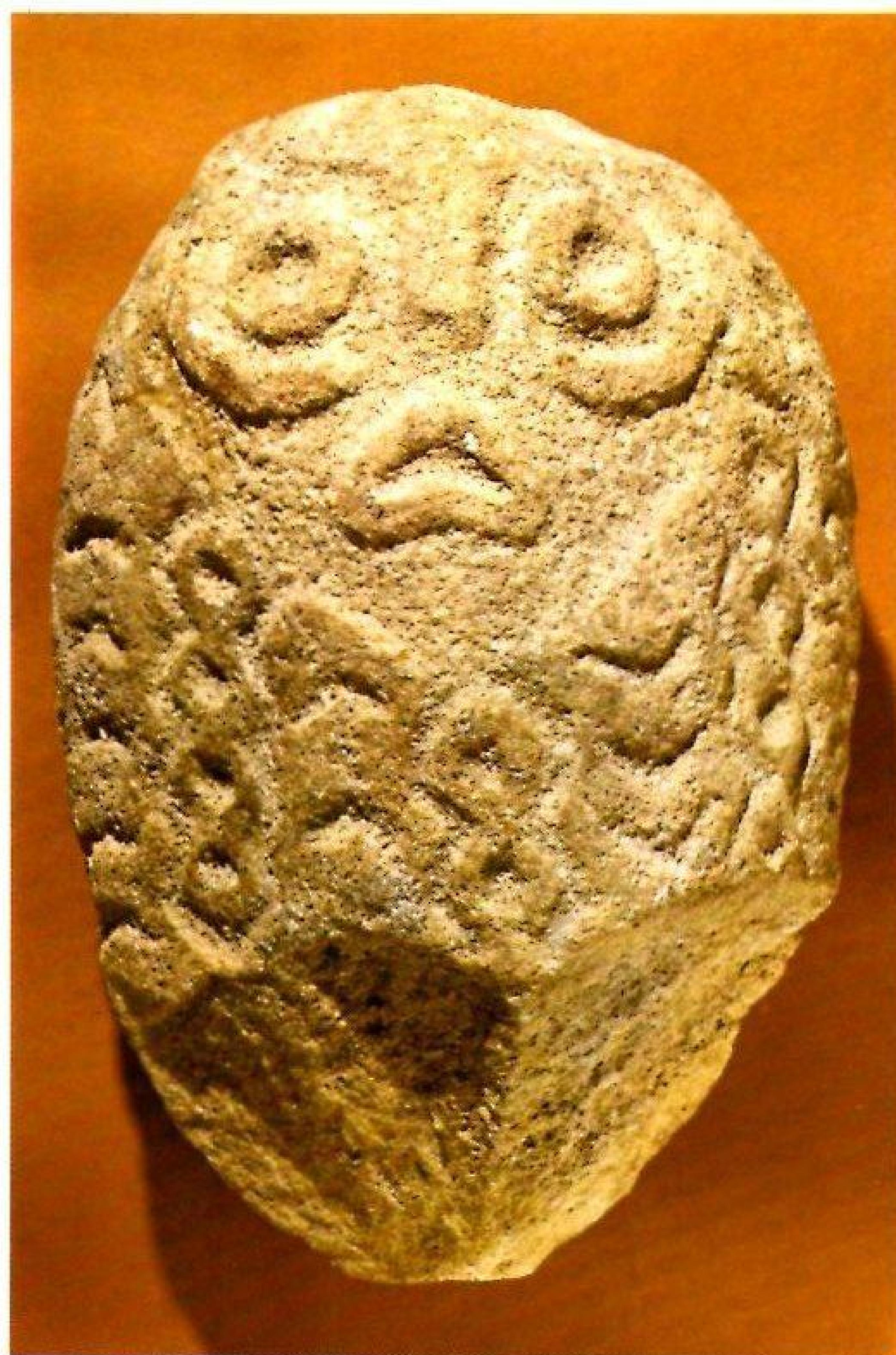




ciación y, en consecuencia, demostrar la domesticación con los registros arqueológicos no es nada fácil. Además, los efectos de la cría de animales en la fauna restante están todavía poco documentados, como para justificar la afirmación de que ninguna de esas actividades tiene testimonios anteriores a la fase neolítica. El efecto del cultivo sobre los cereales silvestres también es discutible y, al identificar las muestras de depósitos arqueológicos como silvestres o cultivadas, nos basamos, en cualquier caso, en la distinción morfológica de las especies actuales que, como lo señaló Jarman, no se corresponden necesariamente con la línea que separa la recolección de plantas y la agricultura.

Estamos, pues, a gran distancia del concepto simplista de «revolución neolítica». En realidad, una reconsideración de los orígenes de la agricultura suele confirmar que ovejas y cabras, y también el trigo y la cebada, se introdujeron en la Europa suroriental desde el este, aunque bien podría demostrarse, a su tiempo, que el área original fue mucho más amplia de lo que hasta ahora han reconocido los expertos. Es evidente que estas innovaciones se expandieron a fines del séptimo milenio ac al Egeo, donde las adoptaron las comunidades carentes de cerámica de Cnoso (datadas con radiocarbono hacia 6100 ac) y, en la región continental griega, los habitantes usuarios de cerámica de la ciudad macedonia de Nea Nikomedia (fechada con radiocarbono entre 6220 y 5330 ac). La fecha más tardía que se puede asignar al asentamiento inicial del *tell* búlgaro de Karanovo es la segunda mitad del sexto milenio a. C.; en ese yacimiento hay seis niveles de ocupación importantes, en una sucesión de tipos de edificaciones que van desde el neolítico temprano hasta principios de la Edad del Bronce. Los más antiguos son construcciones simples, oblongas, de mimbre y barro con un cerco de madera, de unos 6 x 7 m y, al parecer, dispuestas en filas paralelas. El cultivo de los cereales está indicado por el descubrimiento de hoces de asta con dientes de sílice y muelas que, en la segunda fase de ocupación, se encontraron cerca del hogar, adyacente a una de las paredes de la casa. Las fases subsiguientes revelan edificios de formas más complejas, en los que hay habitaciones secundarias y, por último, una planta casi de megarón, pero todavía muy distinta a la de las casas «aglomeradas» de las comunidades protourbanas del Oriente Próximo.

Los primeros agricultores del sureste europeo. Se conocen vestigios estructurales y materiales de las culturas neolíticas arcaicas de los Balcanes, donde asentamientos estables o recurrentes también dieron origen a depósitos del tipo del *tell*, como en el yacimiento modelo de Starčevo, sobre el Danubio, al este de Belgrado, y en las culturas relacionadas Körös/Criş de Hungría y Rumania. Se cultivaron la cebada y el trigo (de las especies escanda, escalla o compacta) y las actividades relacionadas con la producción del cereal tienen su prueba en las hoces, muelas dobles y quizá también en las peculiares *spatulae* de hueso, cuyo uso está menos claro. Entre los animales domésticos se contaban ovejas, cabras, cerdos y vacunos, aunque los vestigios de varios yacimientos indican que estos recursos se complementaron ampliamente con la caza y la pesca. Otros objetos característicos de la cultura de Starčevo eran las azuelas de piedra, las hojas talladas y las piezas microlíticas, a la vez que utensilios hechos con obsidiana importada, un vidrio natural de origen volcánico, muy adecuado para fabricar herramientas cortantes pequeñas.



Escultura de piedra de Lepenski Vir, antigua Yugoslavia (*arriba*, Museo Arqueológico de Belgrado); sus ojos y boca burdamente representados contrastan con la figuración mejor modelada de las figuras de la posterior cultura de Starčevo, como la figurilla de terracota de Strelice (*derecha*, Museo Moravské, Brno), en la que las nalgas están característicamente exageradas.



Aunque producida en cantidad, la cerámica se hacía a mano y, probablemente, en fabricación casera. Gran parte de las piezas eran vasijas rústicas, cuya superficie se adornaba con motivos burdos, ornamentaciones aplicadas o «dibujadas» en forma de cuerdas simples o, en la zona de la cultura Körös, figuras esquemáticas de animales o de seres humanos. Las vasijas eran globulares, de base plana o asentada sobre un anillo. Entre las piezas más bonitas, las hay de color gris, adornadas con diseños en espiral y copas pequeñas con pedestales bajos, de material rojo con la decoración pintada en negro o en blanco. Otros objetos de cerámica son sellos para estampar y una cantidad notable de figuras de arcilla, que se encuentran en toda la cultura Starčevo y en las comarcas culturalmente afines y varían desde representaciones carentes de miembros hasta formas más perfeccionadas, ya en el quinto milenio, en las que los pechos, las nalgas y los rasgos faciales tienen gran volumen. Esta tradición de la terracota, al parecer, no tiene una deuda estilística demasiado grande con las esculturas de piedra de Lepenski Vir, anteriores, que se caracterizan por sus ojos redondos y saltones y los labios abultados. Sólo se puede presumir que esas figuras tuvieran valor ritual, porque es muy poco lo que sabemos de los cultos de estas arcaicas comunidades agrícolas. Incluso sus enterramientos son simples y poco informativos arqueológicamente; se trata de inhumaciones casi siempre aisladas, en las que el cadáver está en posición fetal, acompañado de bienes fúnebres elaborados.

El quinto milenio ac fue un período de consolidación y desarrollo regional en el sureste de Europa, con una variedad de culturas relacionadas, a las que los estudiosos bautizaron con los nombres de los yacimientos tipo locales. Al norte de la parte central del Danubio, la cultura neolítica primitiva se caracteriza por su cerámica, ornamentada con un estilo lineal distintivo: en su momento, señalaremos su expansión hacia el oeste por las tierras de loes de Europa central. Al sur y al oeste del Danubio medio, en los valles de los ríos Drava, Sava y Morava, y poco a poco en los valles de montaña de Bosnia y Herzegovina, la cultura desarrollada de los milenios quinto y cuarto recibe el nombre de un asentamiento enfrentado a Starčevo: Vinča. Esta cultura –lo más probable es que haya sido un desarrollo local de antecedentes indígenas de Starčevo–, aunque en otros tiempos se vio como el resultado de nuevas intrusiones procedentes del sureste, se ha dividido en dos fases cronológicas; la primera es la de Vinča-Tordos, así llamada por sus afinidades con un paraje rumano; la segunda, la fase Vinča-Pločnik, emparentada con un asentamiento del sur de Serbia.

Los poblados de la cultura Vinča continúan la tradi-

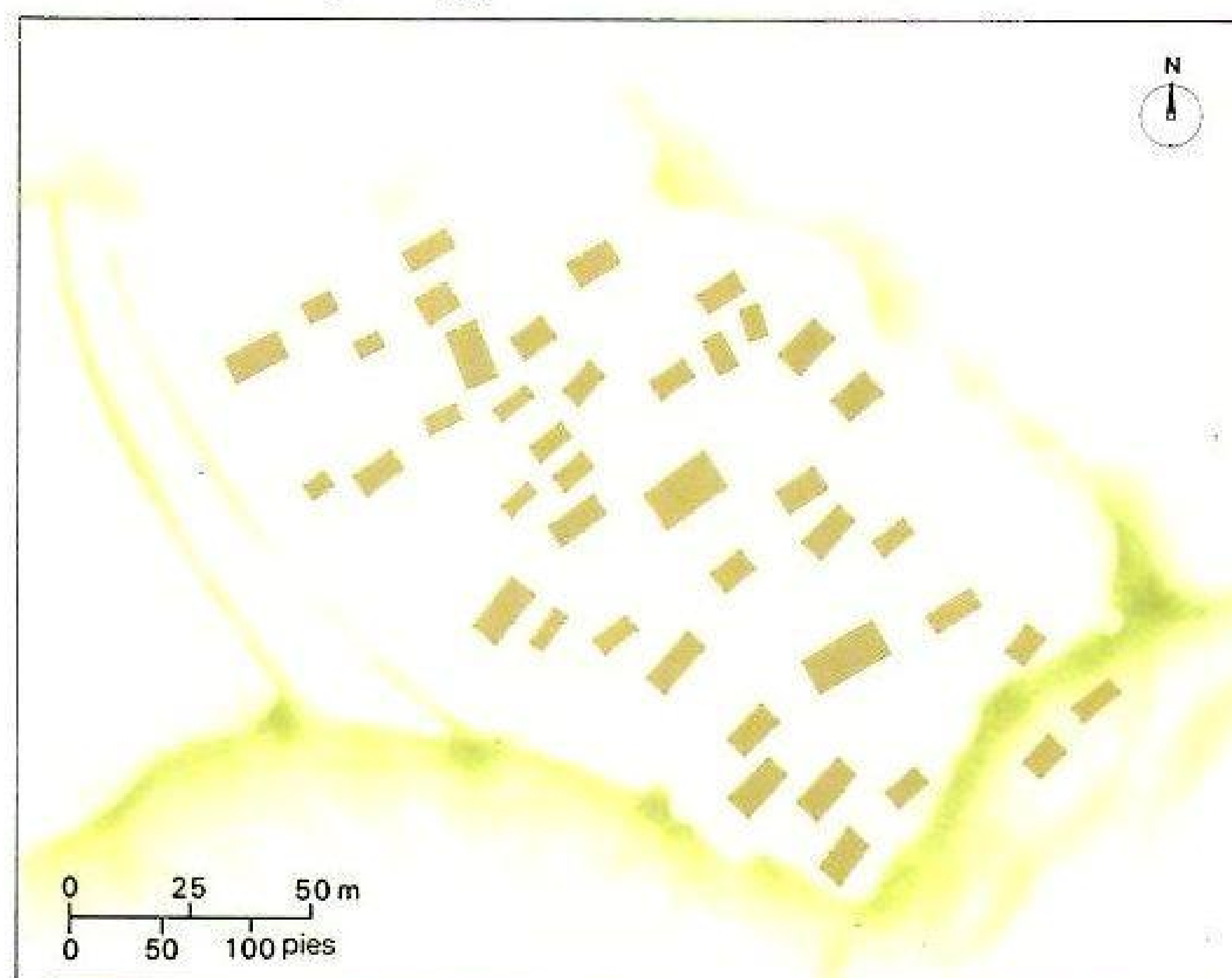


Vasijas de cerámica bicónicas de fines de la cultura Tripolye, con ornamentación curvilínea pintada en color gris azulado; Shipenitsi, Bukovina, Ucrania. Museo Ashmoleano, Oxford.

ción de edificios oblongos de una sola habitación, con zanjas para los cimientos de las maderas exteriores y una hilera central de agujeros para los postes que soportaban un techo de caballete, como se reproduce en las piezas de cerámica. Las formas de las vasijas muestran mayor variedad que en el período anterior: diversos cuencos pequeños, elegantes vasos con pedestal y jarras bicónicas con ornamentación incisa de líneas o de puntos. Entre las formas más exóticas están las tapas antropomórficas y los llamados «altares» de pie; ambas tienen antecedentes en los conjuntos de la cultura de Starčevo. Sin embargo, lo más distintivo de la cultura Vinča son quizá las figurillas de estilo Priština, de las que se desenterraron más de 1.500 en la propia Vinča. Estos modelos culminan una tradición prolongada de arte figurativo, con sus grandes ojos lenticulares, exageradas narices prominentes, carencia de boca y caras ahusadas, una prueba de que los labriegos del sureste de Europa no eran incapaces de concretar un arte de notable perfección.

Como posdata de este breve resumen del neolítico balcánico y como avance de siguientes desarrollos, podemos señalar que los posteriores niveles de la cultura Vinča en Pločnik produjeron, además de implementos de piedra, un tesoro de 13 azuelas de cobre. En otros lugares, se introdujeron pequeños objetos de cobre, incluidos adornos personales, por primera vez en la fase tardía de la cultura Vinča, en una fecha que las determinaciones recientes por el radiocarbono indicaron que era increíblemente temprana: ya hacia el 4500 a. C., en términos absolutos, y quizá mil años anterior a la más antigua de las culturas del metal del Egeo y Anatolia occidental, a las que se consideraba difusoras de la tecnología del cobre. Que esta inversión del antiguo sistema convencional demuestre, necesariamente, la falacia del punto de vista que sustenta el difusionismo como motor del cambio cultural,

Asentamiento de la cultura Cucuteni en Habasesti, Rumania, situado sobre un promontorio de tierra firme y defendido con un sistema de doble foso. Según Piggott.







Culminación de la tradición de estatuillas: representaciones de cerámica de la Cultura Hamangia de Cernavoda, Rumania. La mujer sentada (*izquierda*) es comparable, en cuanto a estilo, a la figura masculina de «pensador» (*arriba*). Museo Nacional de Bucarest.

según Renfrew sostuvo, es todavía un tema de discusión que no nos ocupará aquí. Antes de volvernos hacia occidente, para seguir la expansión de la cultura neolítica a través de Europa central y a lo largo del Mediterráneo, hemos de considerar brevemente las sociedades agricultoras más antiguas, asentadas en el norte y el este de los Balcanes, sobre las playas occidentales y septentrionales del Mar Negro.

Culturas neolíticas esteparias. En el noreste de Bulgaria y esparcidas por la desembocadura del Danubio, las comunidades agrícolas primitivas de la cultura boyana, contemporánea del grupo balcánico Vinča, estaban familiarizadas con el uso del cobre. Sin embargo, su aplicación se restringía sobre todo a pequeñas piezas de adorno personal, mientras que la caza y la pesca continuaban complementando una economía basada en la cría de animales y el cultivo de trigo y mijo. Sus asentamientos nos llevan hasta los límites de las zonas de *tell*: al otro lado del Danubio, en Rumania oriental y en las estepas de Ucrania, en el cuarto milenio ac aparecieron poblados de casas amplias, los llamados asentamientos de «tierra negra» de la cultura Tripillja (Tripolje o Tripolye), que se extendió por las fértiles terrazas del Dniéper, del Bug y del Dniéster. Un grupo particular de los típicos parajes tripolienses, incluido el propio asentamiento modelo, se concentró en la región de Kiev; al sur se extiende una segunda concentración entre el curso superior del Bug y un afluente, el Sinjucha. Dos parajes excavados en esta comarca pueden tomarse como representativos de la cultura.

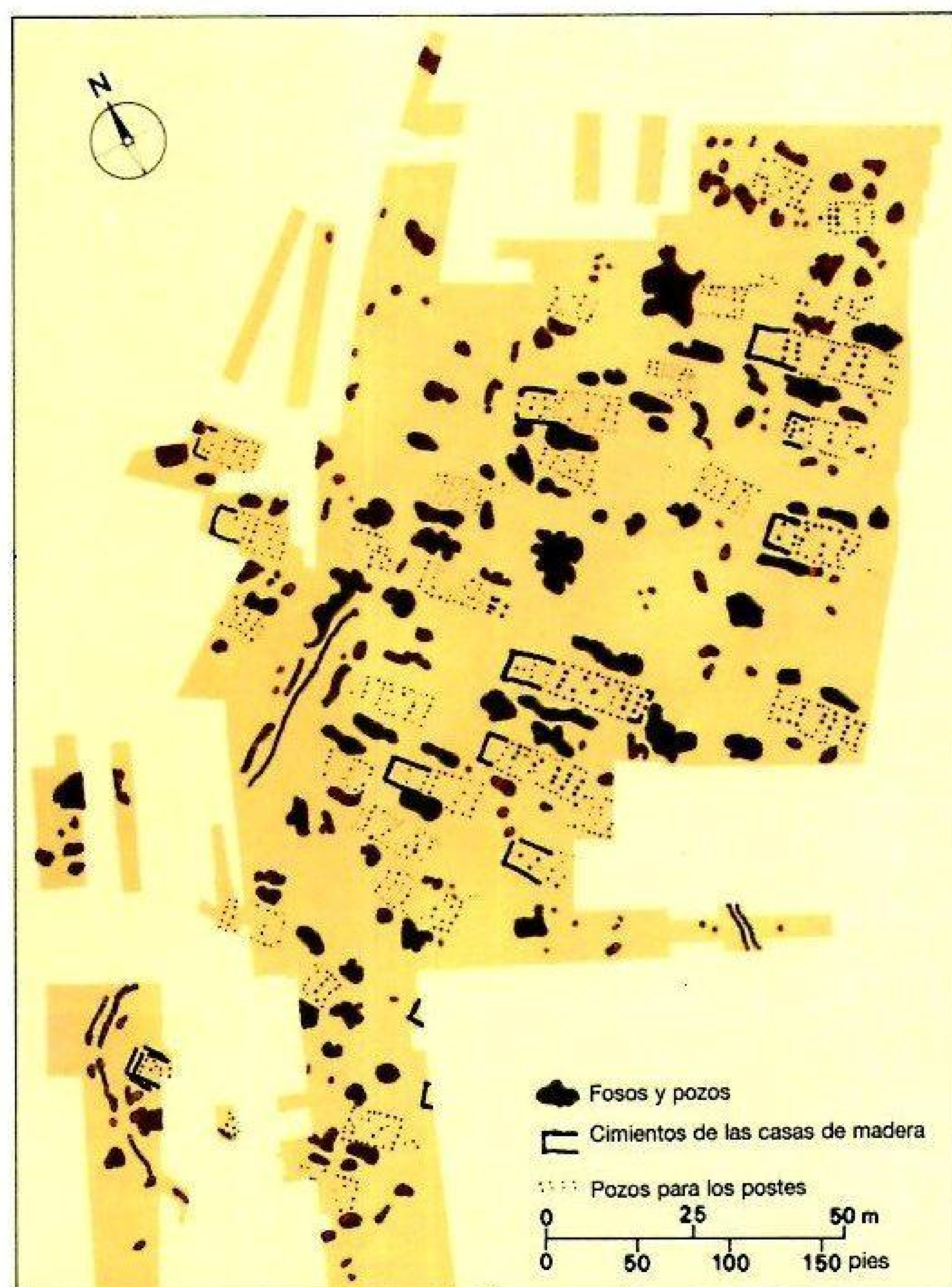
Sobre el curso medio del Dniéper, Kolomijščina comprendía en su fase inicial un poblado de casas más o menos rectangulares, agrupadas en una especie de círculo en torno a dos edificios centrales mayores. El trazado circular se definió mejor en la ocupación posterior, con casi 40 casas grandes apiñadas en torno al par central. La construcción de estos edificios es peculiar. Tienen hasta 30 m de longitud y, evidentemente, eran viviendas destinadas a unidades familiares amplias, a menudo divididas en varias habitaciones separadas. Los suelos estaban cubiertos con losas de arcilla horneada, la superestructura era de madera, con paredes de mimbre revestidas de arcilla y con postes centrales que sostenían un techo de dos pendientes. El equipamiento interno incluía hornos, que también están representados dentro de modelos de casas hechos en arcilla y datados en la primitiva ocupación de Kolomijščina. Estos curiosos modelos no sólo presentan paredes internas ornamentadas con dibujos geométricos elementales, sino que además están sustentados sobre pies cortos y salientes, lo que significa tal vez que el suelo de algunos de esos edificios se alzaba por encima del terreno.

El trazado radial de los poblados tripolienses clásicos en

ningún otro paraje está mejor representado que en Vladimirovka, sobre una amplia meseta aledaña al río Sinjucha, donde más de 150 casas se disponían en cinco círculos concéntricos. No sabemos si esta disposición tenía una intención protectora, al delimitar el área interna del complejo. Por cierto que hacia el oeste, en las comunidades estrechamente unidas de Rumania oriental, los asentamientos estaban protegidos por su posición o naturalmente defendidos por estribaciones montañosas, como en Truşeşti, o por verdaderos fosos defensivos, como en Hăbşesti. A estos dos últimos poblados se les adjudica el carácter de versión local de esta cultura, que toma su nombre del asentamiento de Cucuteni, sobre el río Pruth, al noreste de los Cárpatos, caracterizado sobre todo por las vasijas globulares y bicónicas, algunas con pedestal y adornadas con diseños espirales y curvilíneos, pintados en rojo y en blanco. Entre las piezas más exóticas de cerámica se cuentan unas vasijas peculiares con forma binocular y de «puesto de frutas», de idéntica manufactura refinada. En Ariuşd, una excavación descubrió los vestigios de un horno de cerámica y, además, un modelo de un horno de tiro vertical, que nos permite reconstruir el tipo usado en los talleres neolíticos de Europa oriental. Tanto en los asentamientos rumanos como en los de Ucrania abundan las figurillas, incluidas mujeres con grandes nalgas prominentes, pechos pequeños y caras sin facciones, como las de Luka-Vrubleveckaja (técnicamente, de la fase primitiva de Tripolye), en las que las nalgas están destacadas con adornos incisos espirales o radiales, o como las más finas figuras sentadas de Cernavoda, entre las más expresivas de esta forma de arte o culto neolítico tan extendido.

Sabemos poquísimo de las prácticas religiosas o fúnebres de los labriegos de Tripolye. A veces los modelos de sus casas indican la presencia de un estrado bajo cruciforme o cuatrifoliado, al que algunos expertos adjudican fines rituales. Tampoco existe un tipo de enterramiento corriente hasta el final mismo de la fase de la cultura tripoliense, cuando los cementerios de túmulos (*kurgan*) de la región de Kiev anuncian las nuevas influencias de las estepas orientales, es decir, una nueva fase de la prehistoria europea que no anticiparemos ahora, porque antes volveremos al oeste, a la expansión de la cultura neolítica hacia Europa occidental y el Atlántico.

La cultura de la cerámica lineal de bandas danubiana. Ya hacia el quinto milenio ac, las comunidades agrícolas neolíticas se expandían, desde el Egeo y los Balcanes, hacia el norte y el oeste y hacia las fértiles extensiones de loes del Danubio y Europa central; en el cuarto, se extendían hasta los Países Bajos, Bélgica y algunas regiones septentrionales de Francia. La cultura que distingue a estos colonizadores neolíticos primitivos es notablemente homogénea, según el punto de vista arqueológico, tanto en los esquemas de asentamiento como en los vestigios materiales, desde Hungría hasta la cuenca de París y desde los Alpes hasta la llanura del norte de Europa. Gordon Childe denominó a esta cultura danubiana I, en lugar de aceptar la nomenclatura continental (cultura de cerámica lineal de bandas), derivada de su característico estilo de decoración en la cerámica. Aunque los terrenos ligeros del loes de Europa central eran favorables para el cultivo, los primeros colonos de la región danubiana sin duda habrán abierto claros en los bosques, posiblemente por el método de talas y quemas, antes de preparar el terreno abonado por las cenizas para el cultivo con azadones. Por cierto que su economía se basaba de un modo casi exclusivo en la agricultura y la cría de animales: bovinos, ovejas y cerdos, con predominio de los primeros, y cereales (trigo escalla, es-



Plano de excavación del poblado neolítico de la cultura de cerámica lineal, en Sittard, Holanda; tiene casas grandes rectangulares, construidas según la técnica de tablas y postes hundidos en tierra. Según Piggott.

canda, compacto y cebada), además de legumbres (guisantes, judías y lentejas) y lino para obtener aceite y fibras textiles.

Los restos materiales de estas comunidades labriegas no son elaborados: hachas de piedra pulida y azuelas del tipo «horma de zapato», junto a utensilios más pequeños de sílice, como sencillos raspadores para limpiar pieles y pequeñas puntas de flecha triangulares. La cerámica por la que se distingue a esta cultura es también muy sencilla en cuanto a tipos y estilos de ornamentación. Se repiten las vasijas de forma semiesférica y los vasos crateriformes globulares, estos últimos adornados con varias anillas, que también servían para colgarlos. La ornamentación consistía en dibujos incisos de líneas quebradas o curvas o simples volutas curvilíneas. A diferencia de los grupos europeos orientales y balcánicos, la costumbre o culto de estatuillas no tuvo difusión entre los labriegos de Europa central. El único elemento reiterado y exótico, usado como adorno, que se encuentra en los poblados y a veces en los enterramientos en toda la zona de distribución de la cultura danubiana o de cerámica lineal de bandas temprana, es la caracola llamada *spondylus*, importada del Mediterráneo y tal vez una reminiscencia del primigenio origen egeo de estos colonizadores europeos.

Sin embargo, el factor de unificación más importante en toda esta zona de cultura neolítica inicial es la construcción de macizas casas de madera, en asentamientos amplios y bien ordenados, que contrastan con las casas oblongas del sureste europeo, de un modo notable, o con las casas agrupadas de la cultura de Tripolye, e implican una forma de vida y una organización social muy distintas en Centroeuropa. No obstante, no tenemos testimonios de una estratificación social y ni siquiera de una especialización artesanal en estas comunidades agrícolas, en las que, es de presumir, los lazos familiares formaban la base social. Asentamientos de este tipo se han excavado desde Bylany, en Checoslovaquia, hasta Sittard y Geleen, en los Países Bajos. Todos presentan características similares. Las casas pueden llegar hasta los 30 m de longitud y los 6 o 7 de ancho. Sus paredes exteriores eran de madera, los postes se asentaban en pozos o zanjas abiertas para las traviesas o, por lo común, por inexplicable que sea, una combinación de ambos métodos. El uso de la arcilla para revocar las paredes se derivó de los pozos, que se podían rellenar con residuos domésticos, en caso de necesidad. El techo era de dos pendientes y las filas internas de postes –a menudo apoyadas en tres hileras de pozos importantes y más que suficientes para sostener el techo– pueden indicar la existencia de una especie de entrepiso o desván, en el nivel de una segunda planta. Estos asentamientos habrán tenido varias docenas de casas grandes y, excepto en los lugares en que se han hecho excavaciones importantes, no se ha establecido su extensión.

Uno de los poblados en los que estaba bien definido el límite, por un sistema de fosos, era la aldea de Lindenthal, en un suburbio de la actual Colonia. Las casas de Köln-Lindenthal sin duda representan varias fases sucesivas de ocupación –se ha dicho que hasta un total de siete– y es probable que el poblado nunca llegara a tener más de unas veinte casas. Esto ha de ser válido para otros centros primitivos de la cultura danubiana, los planos de cuyas excavaciones tal vez representen un trazado mucho más «protourbano» de lo que lo fue en la realidad. Con todo, es difícil reconciliar el perfeccionamiento y la permanencia que sugieren estas estructuras con la idea de una economía agrícola itinerante, en la que los centros poblados se abandonaban cada diez años aproximadamente, cuando las tierras de labranza estaban agotadas y no volvían a ocuparse hasta que se habían regenerado, más o menos medio siglo después. Ésta fue la interpretación propuesta para el poblado de Köln-Lindenthal, donde se calculó el período total de ocupación en unos 430 años, según estos criterios.

Childe enunció el principio de la agricultura itinerante para la cultura danubiana I y para otros grupos neolíticos primitivos y la mayoría de los expertos lo ha seguido desde entonces. Con toda propiedad, Piggott cuestionó esta teoría, señalando que algún conocimiento sobre la rotación y el sistema de barbecho tendría que haber existido en los poblados neolíticos arcaicos de los *tell* del sureste europeo, para asegurar su permanencia. También anotaba que el cultivo de las leguminosas contribuye al proceso de regeneración, al devolver nitrógeno a los suelos, un hecho que no habrá pasado inadvertido, sin duda, para los labriegos neolíticos en el curso de varias generaciones. Aun cuando la tierra quedara agotada, no parece imprescindible pensar en un abandono de los poblados. Piggott calculaba que para la población de Köln-Lindenthal sería necesaria una superficie de unas 240-320 ha de tierras de labor para producir una cosecha de cereales adecuada, superficie que podía estar inscrita en un radio de 1,5 km desde el centro del poblado, aun considerando que la mitad de la tierra circundante no fuera apta para el cultivo.

Los modelos etnográficos sugieren en primer lugar que se elegía con gran cuidado el sitio de los poblados, según las necesidades económicas; en segundo, que las comunidades primitivas habrán recorrido distancias mucho mayores que las que aquí consideramos para las tierras de

labranza e incluso habrán ido mucho más allá para llegar a sus habituales territorios de caza. Por tanto, incluso con un conocimiento limitado de la agricultura, habría sido posible continuar en el poblado durante los lapsos que sugieren los asentamientos de Bylany y Sittard. Con un mantenimiento adecuado de los techos y los revoques de las paredes, esas casas sólidas podrían haber seguido en pie un siglo o más, y con ellas el propio poblado. Pero una vez llegados al Rin y a Holanda en el espacio y al cuarto milenio en el tiempo, hemos de volver al Mediterráneo y a la ruta principal de comunicación con el oeste atlántico europeo.

La cultura cardial y el neolítico mediterráneo. La introducción de técnicas agrícolas en Europa occidental mediterránea, en general y desde el punto de vista arqueológico, se asocia con la aparición en el sureste italiano, Sicilia y las costas meridionales de Francia y España de comunidades cuya cerámica se distinguía por la decoración de dibujos simples, grabados en la arcilla con las valvas del berberecho (*cardium edule*). Estas culturas de cerámica grabada o cardial florecían, a lo largo de la costa mediterránea, en tiempos no muy lejanos de los principios de las culturas griega y balcánica de Sesklo y de Starčevo. Se han obtenido datos del sexto milenio ac en parajes de Córcega y en la comarca de Marsella, pero la mayoría de los conjuntos de la cultura cardial en el sur de Francia son algo más tardíos.

Sin embargo, económicamente las culturas de la cerámica cardial estaban muy lejos de depender de los cultivos de cereales y de la cría de ganado. El hecho de que las valvas de un molusco fueran un rasgo tan prominente es, en sí mismo, un testimonio de la importancia de los mariscos en su dieta, complementada con la pesca y la caza. Los restos animales indican la presencia de ganado, ciervos y jabalíes, pero las industrias domésticas auxiliares, como la del telar, no están bien testimoniadas arqueológicamente. Escalon de Fonton argumentó que hay pocas huellas de agricultura en el importante yacimiento del abrigo bajo rocas de Châteauneuf-les-Martiques, situado en la costa provenzal, donde la cultura cardial primitiva mantiene muchos elementos de la fase mesolítica precedente. Incluso la presencia de muelas se puede explicar como un elemento para moler ocre rojo, muy usado en ceremonias y enterramientos en la fase Sauveterre del sur francés, más que para moler cereales.

Otros aspectos de la cultura cardial del occidente mediterráneo representan, sin duda, la continuación de ciertas tradiciones. La industria lítica y la del sílice no muestran cambios radicales con respecto a la fase anterior, mesolítica: se conservan tipos como los característicos «trapecios» de sílice junto a vasijas cardiales, en la cueva de Arene Candide, sobre la costa ligur. La ocupación de grutas y abrigos bajo rocas, en sí misma, continúa siendo una práctica mesolítica y sugiere una población relativamente pequeña y dispersa, si bien no se desconocen poblados abiertos, que se harán más comunes desde fines del quinto milenio ac. Los enterramientos se presentan en tumbas individuales y lo corriente es encontrar los restos de cadáveres en posición fetal, dentro de una fosa o en una simple cista, como en Arene Candide.

Por contraste con la cultura cardial de las costas ligures, meridionales francesas y orientales españolas, la colonización neolítica de Italia meridional está bien testimoniada en los registros arqueológicos. La industria lítica, como en todo el resto del Mediterráneo, se mantiene en actitud conservadora y no incluye puntas de flecha ni hachas que diferencien las verdaderas culturas neolíticas de las zonas centro o suroriental europeas. La cerámica cardial –simples jarras y vasijas globulares– se complementó con piezas más finas, pintadas en ocre con dibujos geométricos lineales en rojo, un grupo de las cuales, asociado en particular con el yacimiento de La Quercia en los Tavoliere, muestra una gran afinidad con la cerámica neolítica de los poblados griegos de Sesklo y Dimini y podría señalar dónde está la fuente de la colonización.

De hecho, de los Tavoliere del norte de Apulia proviene la mejor documentación sobre los asentamientos de estos labriegos neolíticos, en gran medida gracias a los estudios pioneros que, a fines de la Segunda Guerra Mundial, hizo J. S. P. Bradford acerca de la interpretación de fotografías tomadas en reconocimientos aéreos en 1943. Las fotos revelaron una serie de fosos de circunvalación en torno a un número de complejos de casas circulares, de los que puede tomarse como representativo el asentamiento de Passo di Corvo, al norte de Foggia. Superpuesto a vestigios de poblados neolíticos anteriores y menos importantes, el mayor centro cubría una superficie de algo más de 30 ha y estaba cercado por tres fosos concéntricos de grandes proporciones. Es difícil imaginar que esos fosos no tuvieran una finalidad distinta de la defensiva; en La Quercia, el poblado tenía alrededor no menos de ocho círculos. Estos centros amplios reflejan, sin duda, una ocupación intensa y prolongada de la llanura de Tavoliere e implican la presencia de comunidades agrícolas estables, en una fase neolítica temprana. Las fechas del método de radiocarbono, unidas a la cerámica cardial y pintada, sugieren una ocupación inicial primitiva en el quinto milenio ac.

En el sureste español, hacia el cuarto milenio ac, tam-



Vasijas de cerámica neolítica de la cultura Chassey; provienen del campamento de Chassey, en la Borgoña francesa. Museo Británico.

bién se conocen asentamientos a cielo abierto junto a otros, en cuevas de las culturas cardiales, que ocupan cumbres de montes como en la localidad almeriense de El Garcel. Los labradores neolíticos de esta cultura vivían en chozas circulares de ramas y adobe, hundidas parcialmente en el suelo, y cultivaban cereales, olivos y quizá también vides. Su equipo material incluía los accesorios normales de una comunidad agrícola –hoces para segar los cereales y muelas dobles para hacer harina– aunque sus puntas de flecha seguían reproduciendo los modelos de la antigua tradición local tardenoisense. En general, no se ve decoración en las piezas de su cerámica, jarras ovoidales con cuellos afinados y bases cónicas, que se han comparado con piezas mediterráneas y del norte de África. Los estudiosos de la prehistoria argumentaron con empeño, en el pasado, que la cultura almeriense provenía del norte de África, aunque este punto se ha cuestionado en los últimos años; sea como fuera, se convirtió en una de las zonas culturales más importantes de la península: introdujo la técnica del cobre y sus tumbas circulares de piedra sin argamasa se consideran una de las fuentes de la tradición megalítica comunal.

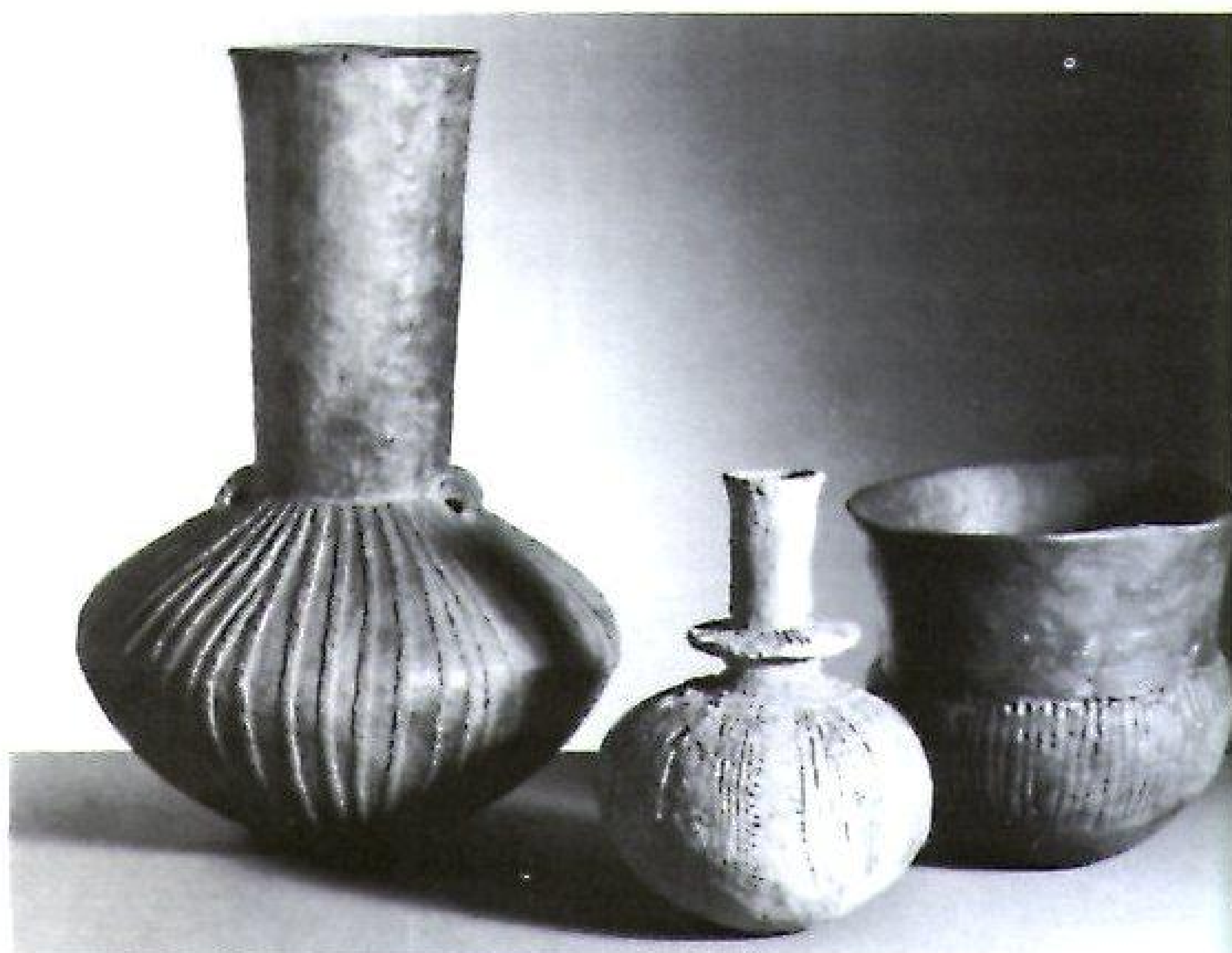
Chassey y las culturas «neolíticas occidentales». La relación entre las culturas de cerámica grabada o cardial de la costa mediterránea y la subsiguiente cultura neolítica del interior no está clara por completo, pero es evidente que a lo largo del cuarto milenio ac grandes zonas de Francia, los Alpes y el norte de Italia estuvieron ocupadas por comunidades agrícolas, conocidas sobre todo por antiguas excavaciones de los centros tipo, como el Camp de Chassey en Borgoña: junto al grupo Cortaillod de Suiza y al de Windmill Hill y culturas con él relacionadas de las islas británicas, constituyen lo que los expertos en prehistoria han llamado serie «neolítica occidental».

En el sur de Francia, la aparición del material chaseyano representa una innovación cultural importante, sin duda, aunque ocasionalmente sobrevive la cerámica cardial en conjuntos de cultura de Chassey. El doctor Phillips ha señalado una serie de fechas de radiocarbono de yacimientos situados al occidente del Ródano desde principios del cuarto milenio ac y sugiere que la cultura de Chassey puede haberse desarrollado allí, y no antes en el este, o incluso en una comarca del interior. La industria lítica y del sílice sigue siendo conservadora, en cierto grado, y absorbe las supervivencias locales tardenoisenses a medida que se expande, en dirección norte, hacia el Macizo Central, aunque complementa las puntas de flecha transversales con otras, en forma de hoja y de losange, que serán las típicas de la cultura. La cerámica de Chassey muestra características comunes con las culturas neolíticas occidentales, como su acabado de superficie oscura quemada, y la abundancia de formas de base redonda, además de rasgos poco comunes, como largas asas conocidas en general como «flautas de Pan» por la gran cantidad de perforaciones verticales que presentan. Entre las diversas formas hay vasijas redondas, aquilladas y de cuello largo y una curiosa clase de platos con pie, conocidos como «soporte de vasija», que pueden haber servido para apoyar piezas de base redonda o, tal vez, para una función mucho más especializada.

Los centros de la cultura Chassey varían según los recursos naturales y el entorno. Se han descubierto muchas viviendas cavernarias, en el valle del Verdón y en la gargantas de los ríos de la comarca de Grands Causses, en tanto que los poblados a cielo abierto se esparcen por las terrazas ribereñas del Garona y del Aude, en el suroeste. Sin embargo, en ambos casos el cultivo de la tierra y la cría de animales, tanto bovinos como ovinos y caprinos, eran primordiales en la economía chaseyana y, en cambio, la caza ya no constituía un elemento dominante en la producción de alimentos. Entre los asentamientos a cielo abierto, el más explorado en años recientes es el de St Michel-du-Touch, donde la excavación de rescate ha descubierto varios cientos de suelos de cantos rodados, algunos rectangulares y de más de 12 m de largo, muy probablemente restos de casas de cercos de madera, y otros circulares que, sin duda, pertenecían a alguna construcción auxiliar. Toda la superficie estaba limitada por dos lados por la confluencia de los ríos Touch y Garona, entre los que una doble empalizada protegía al conjunto por el lado abierto. Estas construcciones tan estables reflejan,

por supuesto, una ocupación prolongada, como lo indica la estratigrafía del lugar: el radiocarbono da las fechas de 3430 a 2550 ac.

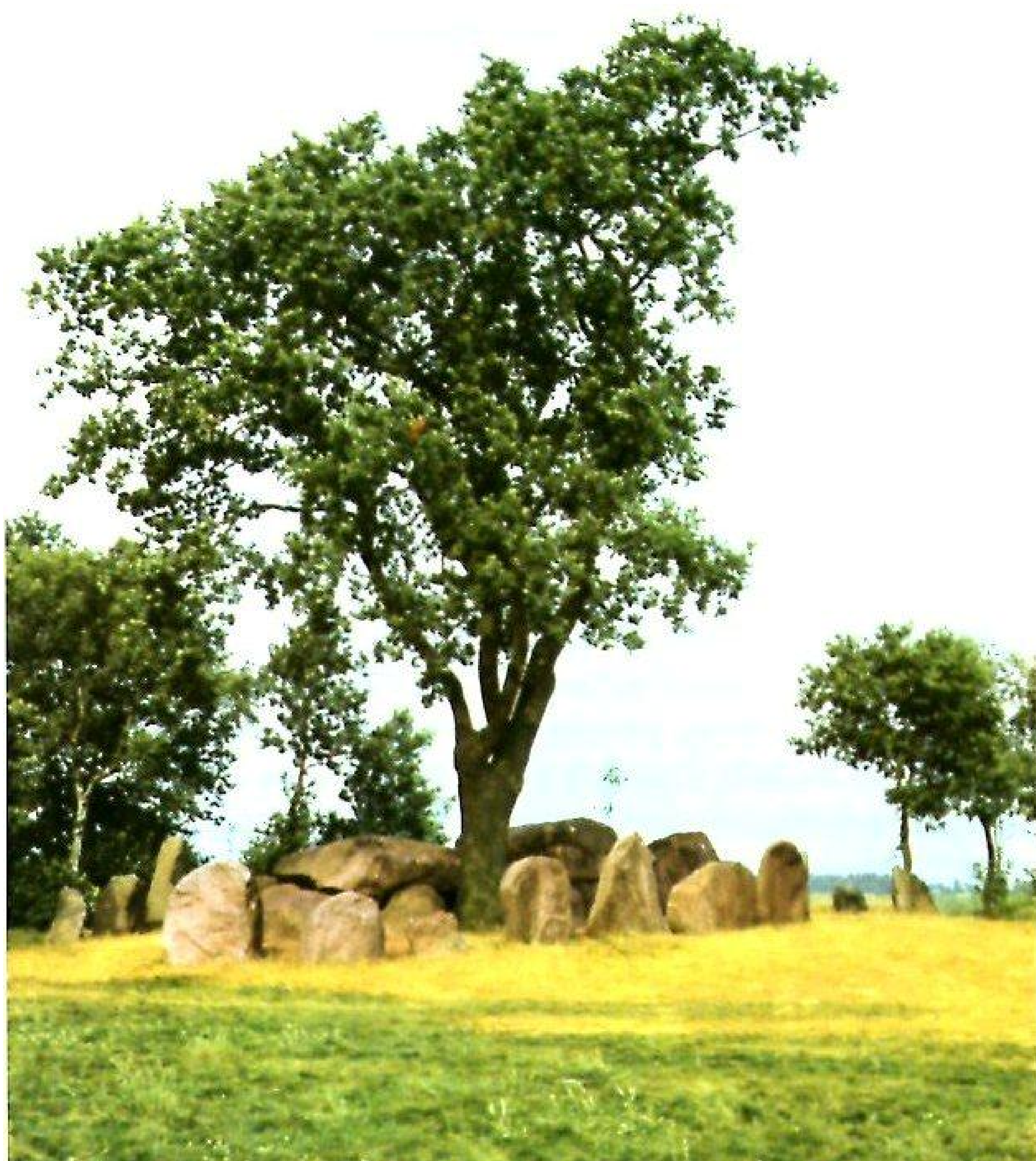
En la cultura de Chassey no están bien documentados los enterramientos, pero donde se encuentran, lo que al parecer presentan es el rito de la inhumación de cadáveres en posición fetal dentro de una fosa. Se estudió muy a fondo una variante de esta práctica en la región del complejo de culturas suizas de Cortaillod, donde se excavaron cementerios de cistas funerarias revestidas de piedra, que contenían cadáveres en posición fetal. En su mayoría, estos enterramientos son individuales, aunque de modo excepcional se han registrado inhumaciones múltiples en una tumba. La cultura material del complejo Cortaillod incluye las características vasijas de base redonda del neolítico occidental, si bien en el norte y en el este de la meseta suiza la cerámica muestra la influencia obvia de las formas centroeuropeas «danubianas», más desarrolladas. No obstante, los poblados del complejo Cortaillod son peculiares aldeas de unas doce o más cabañas rectangulares, alzadas sobre las riberas de los lagos, desde Ginebra hasta Zurich. Hoy es evidente que esas viviendas, en tiempos consideradas –con un criterio bastante curioso– como verdaderas casas lacustres, se construyeron sobre las costas de los lagos, expuestas por una bajante de las aguas. Estas comunidades asentadas a orillas de los lagos practicaron la agricultura dentro de las limitaciones del entorno alpino; cultivaron trigo, legumbres y fruta y criaron ganado bovino mucho más que ovejas, cabras o cerdos.



Cerámica de la cultura crateriforme y de embudo de Dinamarca; vemos una típica pieza crateriforme, otra globular y un ánfora con asas de cuello alto en forma de embudo; proceden de una tumba de túmulo de Tovstrup, cerca de Ringkøbing, en Jutlandia occidental. Museo Nacional de Copenhague.

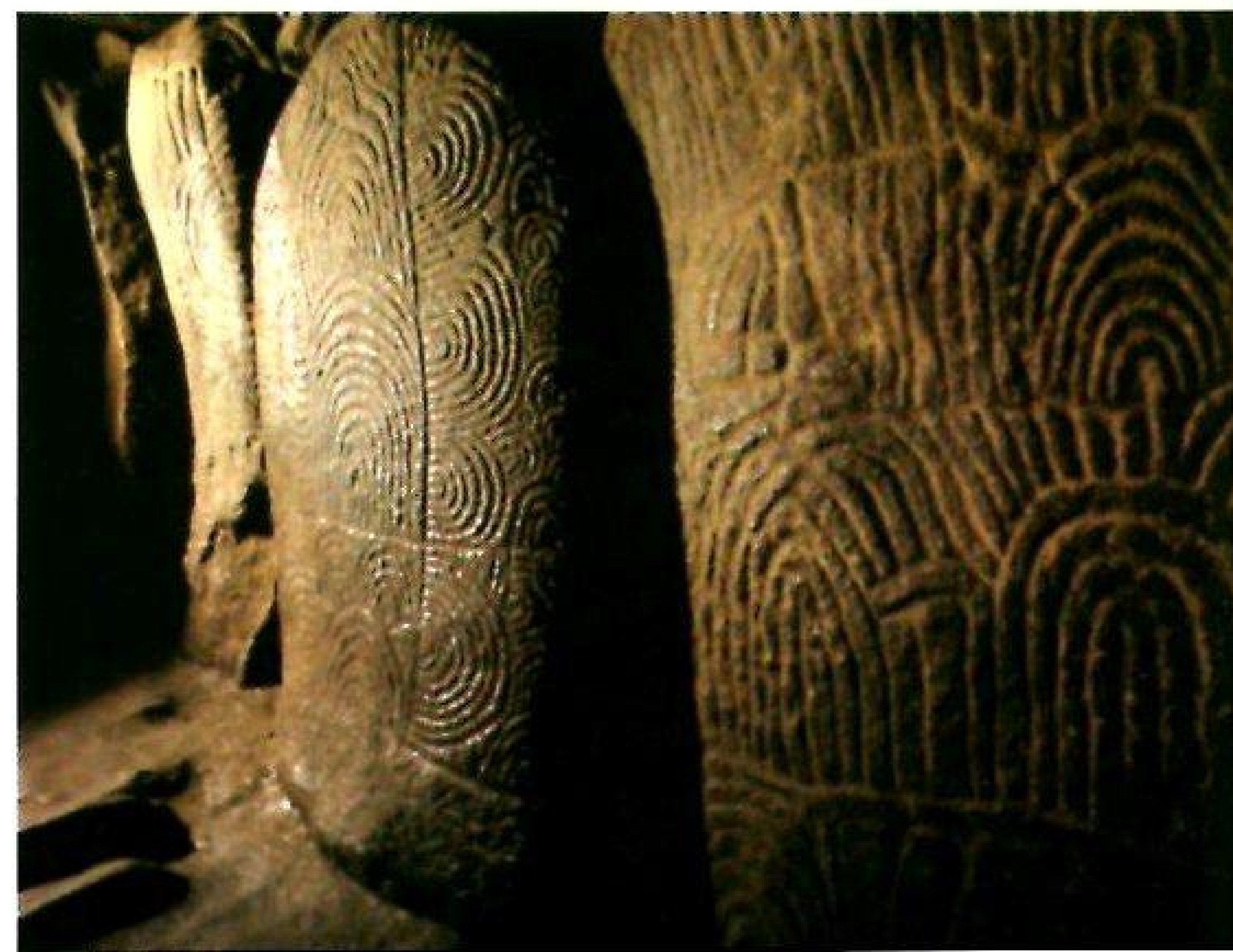
Las puntas de flecha de hueso y los arpones de asta indican que su dieta se complementaba con la caza y la pesca. Las fechas no contrastadas del complejo Cortaillod están en torno a los siglos iniciales del tercer milenio, como las de la cultura de Lagozza, asentada en el valle del Po.

Desde sus orígenes en el Mediodía francés, la cultura de Chassey se expandió hacia el norte a fines del cuarto milenio, por el corredor del Ródano, y avanzó hasta la cuenca de París, donde asimiló e incluso se impuso a los grupos neolíticos primitivos de origen danubiano; tam-



Izquierda: Hunebed holandesa, una variante regional de la tradición de tumbas de cámara, extendida desde Europa septentrional hasta la península ibérica.

Abajo: Gav'r Inis, Île Longue, Bretaña, una tumba de corredor que destaca por sus refinados elementos de arte megalítica, como los diseños curvilíneos concéntricos que se ven aquí, sobre los principales ortostatos del corredor de entrada.



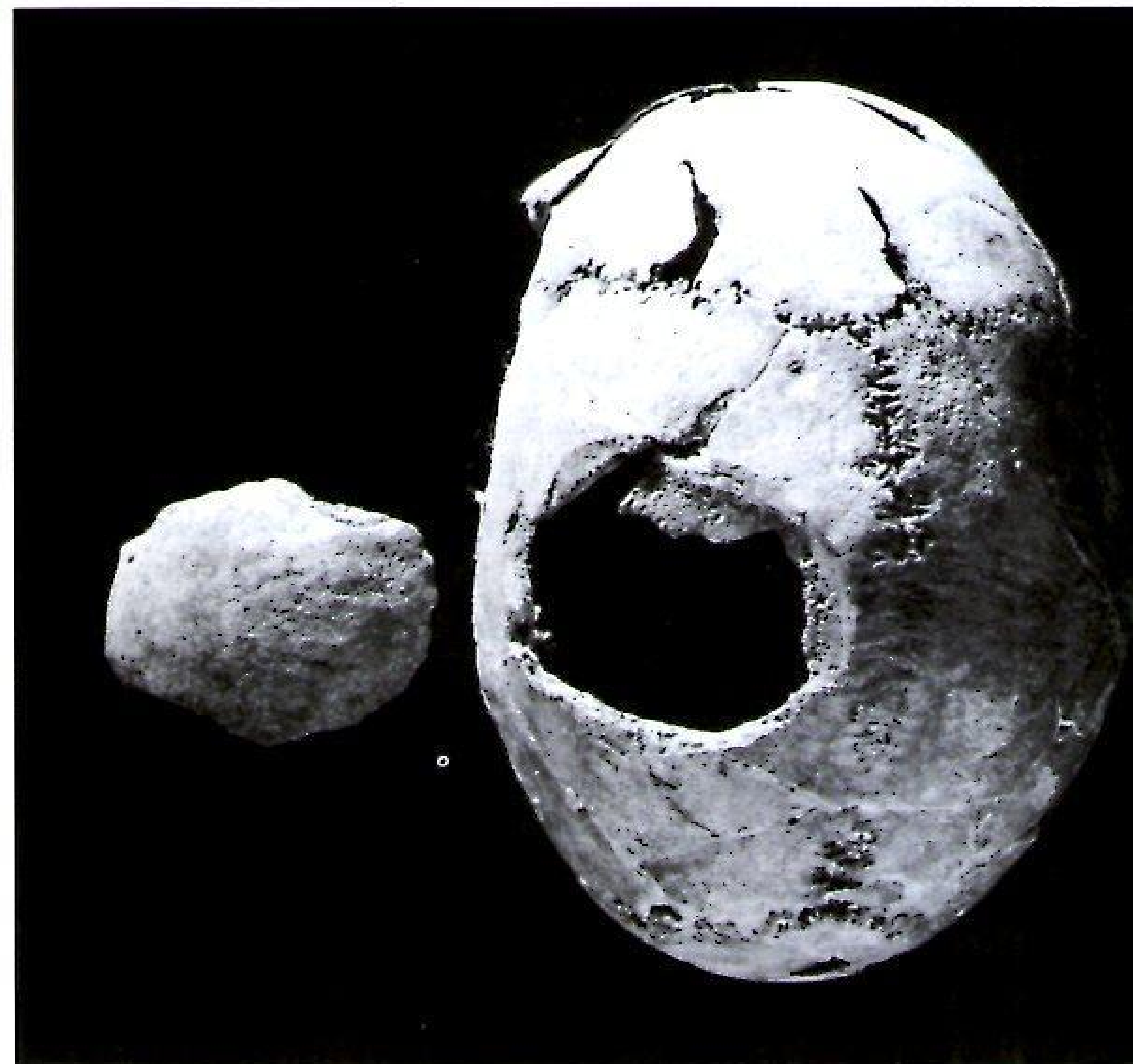
bién se desplazó en dirección oeste, más allá del Macizo Central, para cubrir el territorio que va desde el Garona y la Dordoña hasta el valle del Loira y la Bretaña atlántica, donde las culturas megalíticas locales la absorberían. La fusión de esas tres tradiciones, atlántica, mediterránea y centroeuropea, es un esquema que tiene gran influencia en la prehistoria de Europa occidental y está determinada por factores geográficos: las rutas naturales de acceso a occidente.

Culturas neolíticas tardías de Europa central y septentrional. Sin embargo, antes de resumir las consecuencias del fin del período neolítico en occidente, debemos considerar las corrientes de los desarrollos centroeuropeos posteriores. Por contraste con la homogeneidad cultural que, desde Hungría hasta la cuenca de París, definía los asentamientos neolíticos primitivos de las tierras de loes, en el cuarto milenio ac se produjo el principio de un proceso de fragmentación en una serie de subculturas regionales, relacionadas entre sí, de un modo menos estrecho, por los elementos comunes de la economía y las acumulaciones materiales. En Bohemia y en las comarcas lindantes de Moravia, Polonia y Baviera, seguía existiendo la cerámica de base redonda, pero el estilo de ornamentación que caracterizó la primera cerámica lineal de bandas desaparece ante la cerámica de bollas, en la que los diseños geométricos se ejecutaban en abolladuras discontinuas (bullas o bollas). Hacia el oeste, por Renania, hasta el Jura francés y por el sur hasta la meseta suiza, se asentaba la cultura de Rössen, que toma su nombre de un cementerio de inhumación de Halle. En este lugar, se habían dispuesto 70 tumbas individuales en una alineación preponderante norte-sur; los esqueletos, con las piernas flexionadas aunque no en posición fetal, estaban acompañados de diversos bienes fúnebres, entre ellos, collares de hueso y de azabache, hachas con agujero para el mango y hojas de sílice más pequeñas y una variedad de vasijas de cerámica decorada y lisa. Las piezas lisas son en su mayoría cuencos aquillados o vasijas crateriformes con bases redondas; las más ornamentadas por lo común son estas últimas, con bases en forma de pies y decoración completa de líneas quebradas incisas y diseños geométricos lineales.

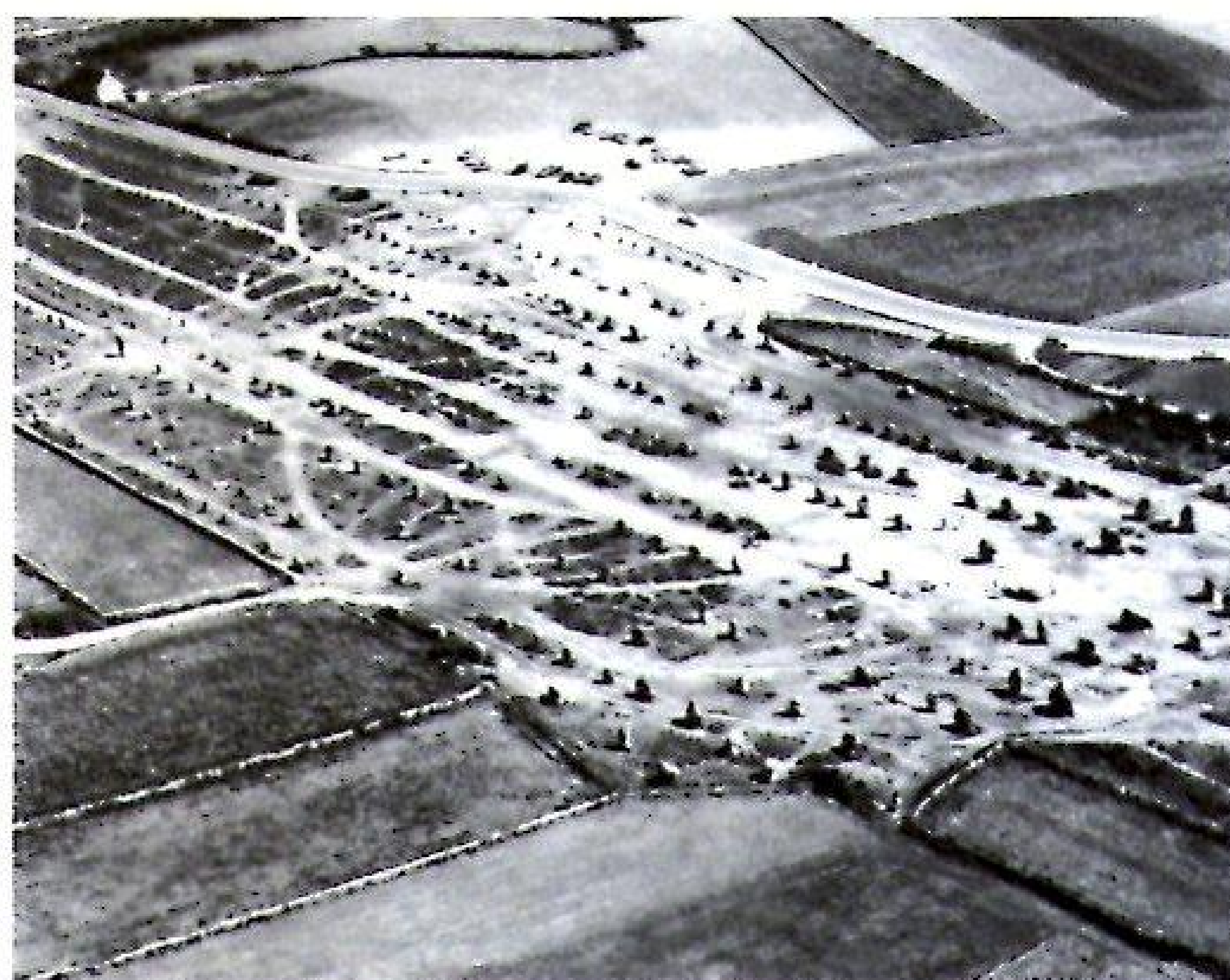
En esta etapa los poblados estaban protegidos, casi siempre, por fosos de cierre y sus estructuras internas, en contraste con las clásicas casas largas de la fase danubiana primitiva, son edificaciones cortas, oblongas, como las del Goldberg, en Baden-Württemberg. Algunos expertos atribuyeron este aparente corte de la unidad cultural y cambio en los esquemas de los centros habitados a los efectos de la variación climática, ocurrida a fines de la fase atlántica y al comienzo de la sub-boreal, hacia el 3000 a. C. Sin embargo, en la Europa templada es difícil imaginar que un cambio relativamente tan suave haya influido hasta tal punto en el esquema del comportamiento humano y parece mucho más probable que estemos asistiendo a la continuación de los efectos del sedentarismo, al aumento de la población, a la fragmentación de las comunidades en respuesta a las demandas económicas y, quizá, incluso al nacimiento de una sociedad más estructurada, algo que los testimonios arqueológicos no pueden reflejar con precisión.

Este grupo regional, a su vez, se vería superado en el tercer milenio ac por una nueva cultura, llamada Michelsberg, por su asentamiento en esa localidad de Baden; se trata de un desarrollo local renano, con antecedentes en la cultura de Rössen, y también muestra sólidas afinidades materiales con la posterior cultura francesa chaseyana y otras contemporáneas del norte de Europa. Su relación con el grupo Rössen se estableció estratigráficamente en el asentamiento de Goldberg, donde la primitiva aldea fortificada se reemplazó por una de características Michelsberg; los poblados de este tipo, como los de Urmitz y Mayen, se distinguen por sus fosos defensivos que, como los campamentos o «campos atrincherados» existentes en el sur de Inglaterra, presentan numerosas brechas. Las acumulaciones materiales de esta cultura neolítica tardía incluyen no

Testimonio estremecedor de cirugía neolítica: un cráneo trepanado del poblado neolítico de Maiden Castle, Dorset, Inglaterra.







Otra faceta de la tradición megalítica: las disposiciones de bloques de piedra. Las más conocidas son las múltiples avenidas de Carnac, en Gran Bretaña (*arriba* y *derecha*), que tal vez tuvieron significado astronómico y religioso.

sólo una variedad de tipos de piedra y de sílice sino también, en ocasiones, implementos de cobre. Su cerámica característica es la vasija crateriforme llamada tulipán, de base redonda con borde alto, que se ensancha, es decir, campaniforme (forma de campana invertida). Una variante de esta cultura llegó a desplazar al grupo Cortaillod, del noreste de Suiza, aunque los asentamientos conservan su singular estructura alpina. En Thayngen, localidad del cantón de Schaffhausen, un despliegue ordenado de casas oblongas montadas sobre troncos, que medían unos 8 x 5 m de promedio, estaban separadas por calles pavimentadas con rollizos. Los restos materiales muestran una utilización preferencial de la madera en forma de cuencos, mangos de hacha y astas de pica, en tanto que la economía –como la de Michelsberg– sin duda dependía más de la caza y de la pesca que del cultivo o la cría de ganado.

Las afinidades entre la cultura Michelsberg y las neolíticas del norte de Europa se han señalado a menudo. La introducción de la agricultura en la llanura europea septentrional, en Dinamarca y el sur de Escandinavia se originó en una expansión de la cultura danubiana o de cerámica lineal de bandas hacia el norte, por los valles del Oder y del Elba hasta la península danesa y el Báltico. En estas costas, los elementos de la forma de vida neolítica quedaron absorbidos sólo en parte por la población indígena maglemosiana, cuya economía, como la del pueblo del Ertebølle, conocido sobre todo por sus asentamientos costeros descubiertos por los residuos, mantuvo una preferencia por la pesca y la caza. Desde estos principios protoneolíticos se desarrolló allí, a fines del cuarto milenio ac, un extenso neolítico nórdico, caracterizado por su uso de vasijas de cerámica globulares, con cuellos cónicos o campaniformes, que dieron el nombre de *Trichterbecker* o TRB a esta cultura, creadora de una red de complejas relaciones en cultura material con las otras neolíticas de Europa central, ya desarrolladas, como las de Rössen y de Michelsberg asentadas más al este sobre el curso medio del Rin y en Lengyel, y en sus fases tardías incluye una industria lítica de hachas de guerra con perforación para el



Arriba: Vasijas de cerámica del neolítico tardío, provenientes de Dinamarca, con decoración de «motivos de ojos». Museo Nacional de Copenhague.

Abajo: Conjunto neolítico de Abingdon, Oxfordshire, Inglaterra; consta de una vasija en forma de saco, puntas de flecha en forma de hoja y otros utensilios de sílice, junto a un hacha Langdale de piedra pulida. Museo Ashmoleano, Oxford.



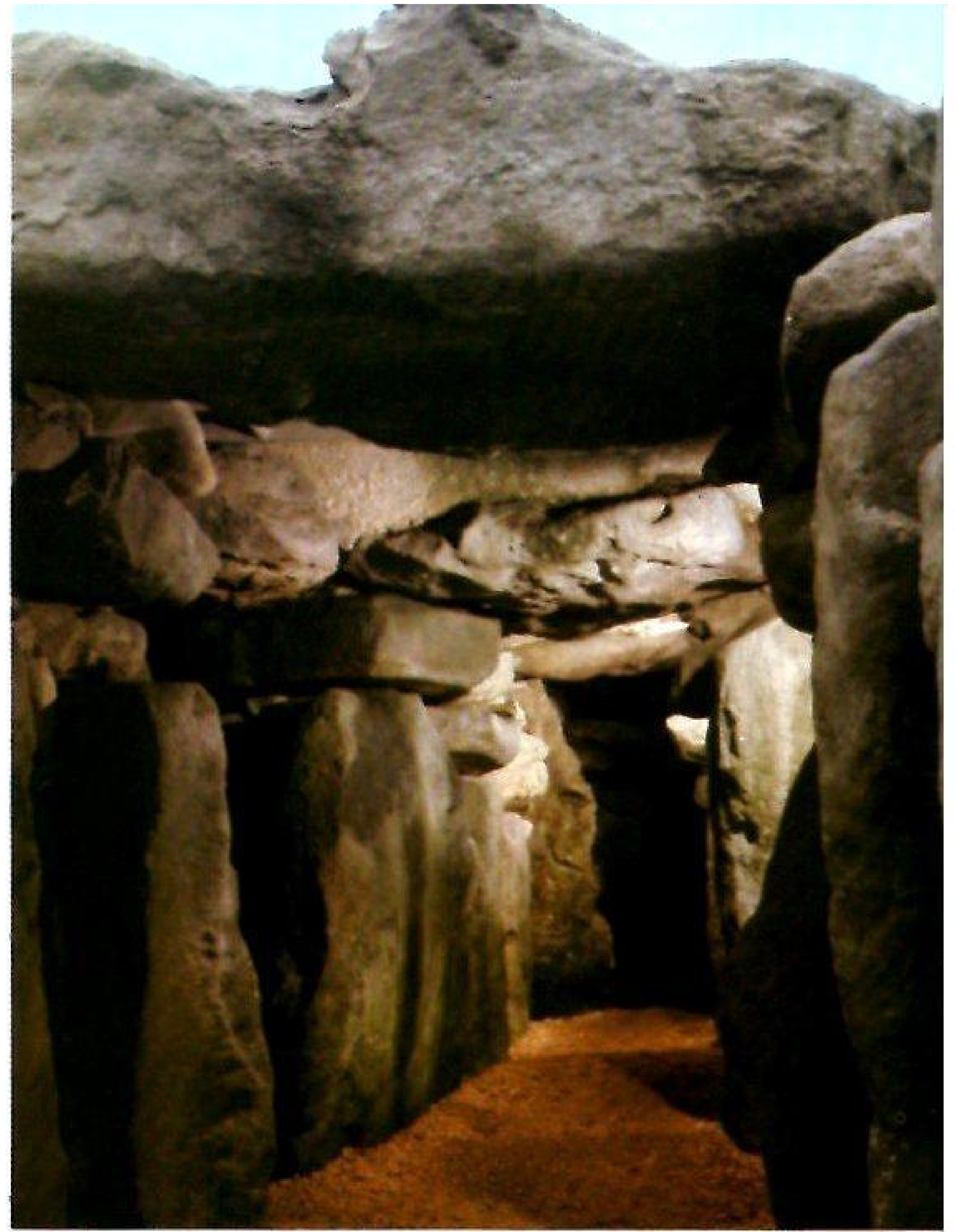
mango y extremos muy abiertos, que se copiaron de modelos de cobre, como las de la cultura húngara de Bodrogkeresztur. En la zona de estos vasos campaniformes, al principio parece ser que los enterramientos seguían la tradición muy difundida de inhumaciones individuales, no en una fosa o en una cista, sino en una pequeña cámara de piedra, tal vez rematada por una piedra a modo de losa, conocida como *dysse,* una práctica nórdica que, se diría, no debe mucho a los ritos fúnebres del oeste europeo.

Sin embargo, hacia principios del tercer milenio, Europa septentrional, como el oeste atlántico, ya tenía un nuevo tipo de ritual de enterramiento, cuyo difundido predominio en el neolítico tardío del occidente, el norte y oeste mediterráneos es uno de los aspectos más llamativos de la antigüedad: el de los enterramientos colectivos en tumbas megalíticas. En Escandinavia meridional, a veces son circulares, como los sepulcros de corredor del oeste, pero en el norte europeo lo más corriente es que tengan una planta rectangular muy alargada, que en el noreste de Alemania y en Polonia pueden presentar una forma trapezoidal. Por tanto, de este tipo de monumento se diría que es un fenómeno atlántico, con varios miles de ejemplos registrados en el norte de Alemania, Dinamarca y las islas del Báltico. Pero sin duda en el oeste fue donde la tradición megalítica tuvo su expresión más acertada, en las tumbas imponentes de Irlanda, Bretaña y la península ibérica, hacia donde volveremos ahora nuestra atención.

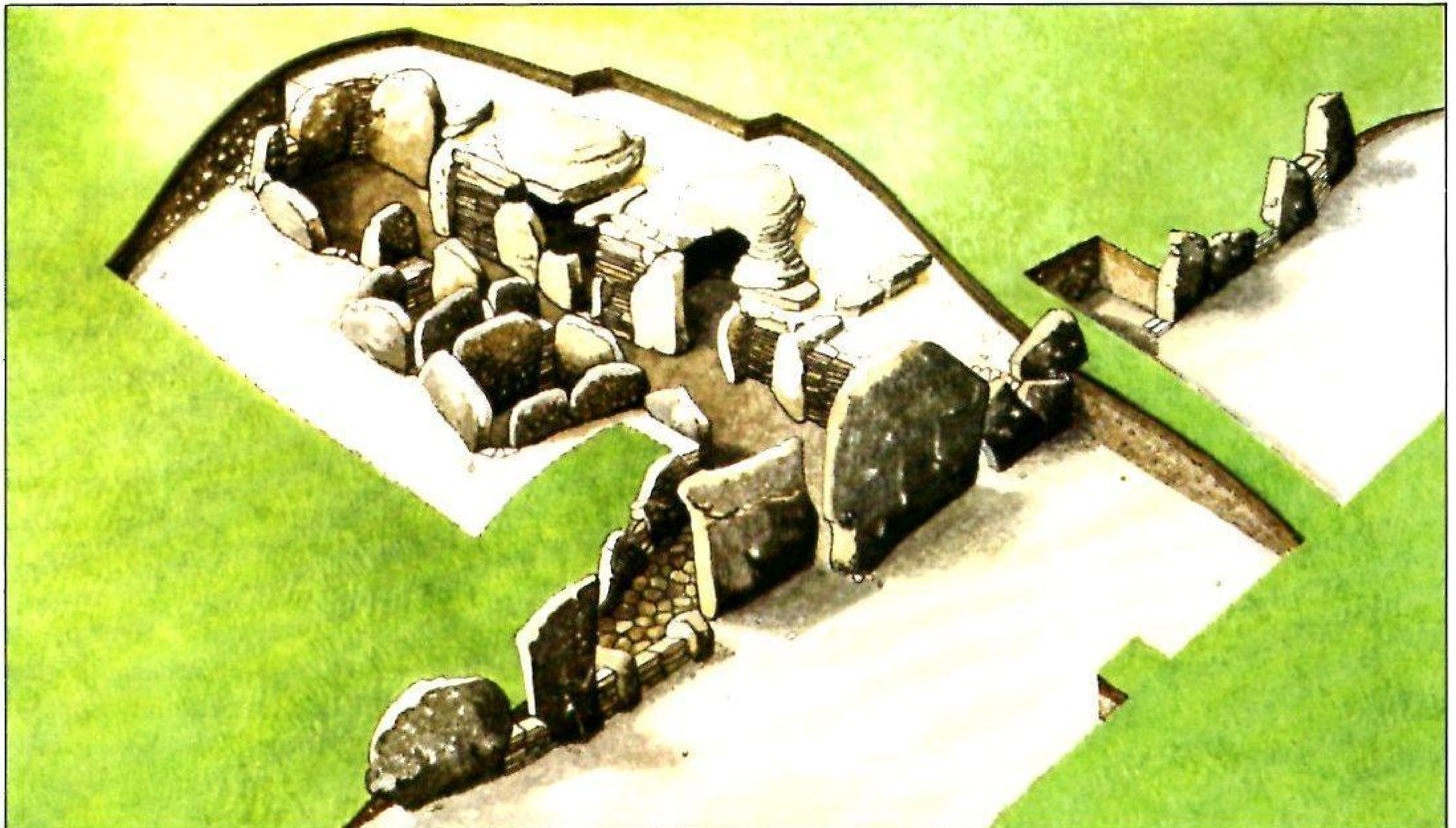
La tradición megalítica. Los orígenes, clasificación y desarrollo de las tumbas megalíticas son un tema que preocupó a los expertos en prehistoria de toda Europa durante varias generaciones; a pesar de ello, sus complejidades e interrelaciones comarcales están muy lejos de una explicación completa. Durante muchos años, según la antigua cronología abreviada del neolítico, era corriente que las variantes atlánticas de las tumbas de cámara, en especial las de techos de piedra abovedados en sus corredores, se considerasen derivadas de las notables tumbas llamadas *tholos* de la Grecia micénica o de sus antecedentes. Pero con el advenimiento de la datación por el método del radiocarbono, las tumbas atlánticas resultaron ser mil años anteriores a las de principios de la Edad del Bronce egea; así fue como esos lazos quedaron irreversiblemente rotos y la idea de una difusión de las tradiciones constructivas megalíticas desde la Europa del Mediterráneo oriental a la del Atlántico se ha desacreditado. El enfoque antidifusionista tuvo un apoyo persuasivo en las argumentaciones de Renfrew, quien también cree ver que el desarrollo de la metalurgia del cobre en la península ibérica es tan sólo un

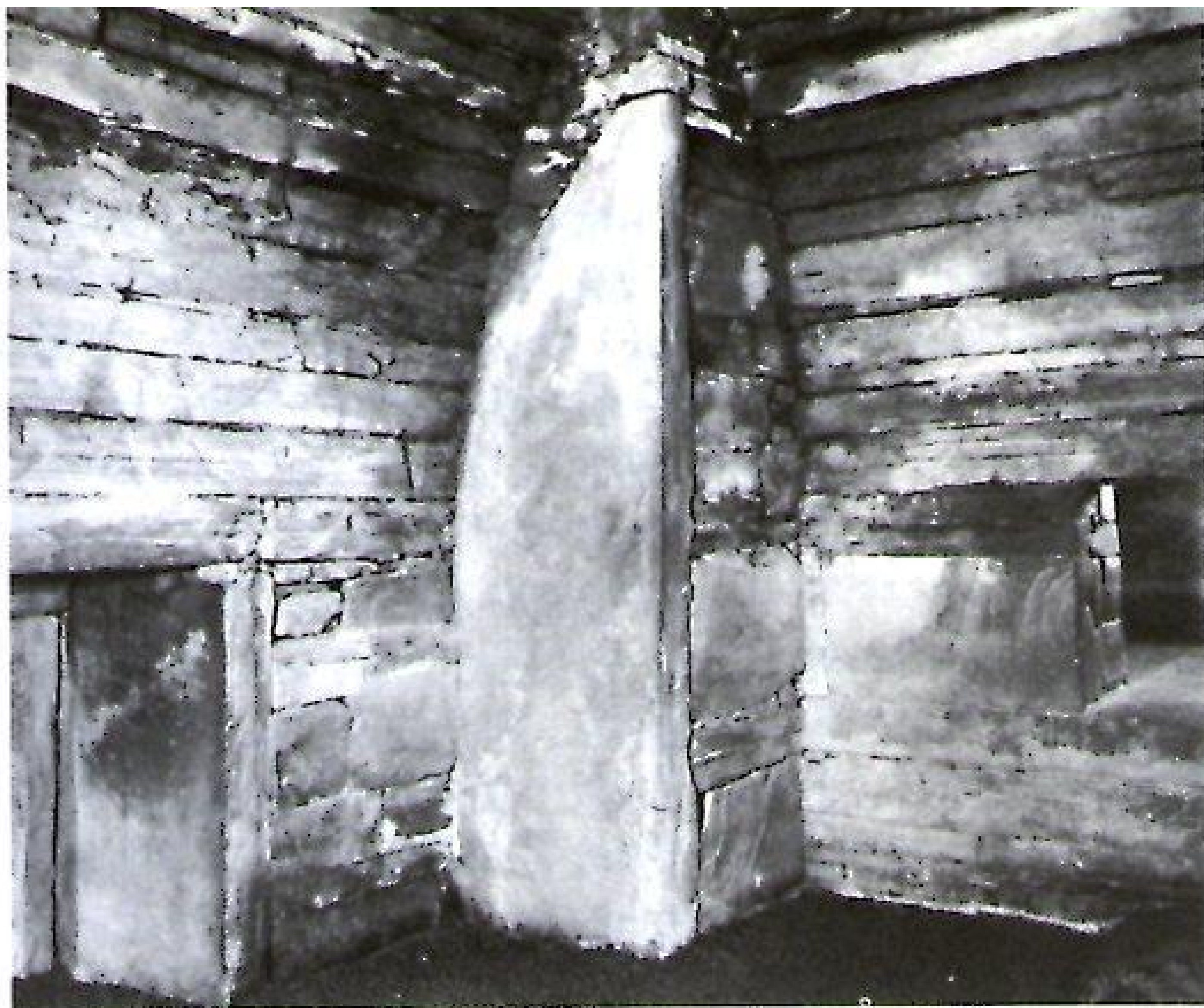
proceso indígena. Es muy cierto que las fechas más antiguas de las que hoy disponemos para las tumbas megalíticas, fechas obtenidas con el método del radiocarbono, parecerían indicar que, en el oeste, las tumbas de corredor bretonas son las más antiguas y se construyeron desde principios del cuarto milenio ac, por encima de las peninsulares, y no a la inversa; a su vez, estas últimas se habrán inspirado, en la práctica, en fuentes orientales, o quizá fueran implantadas por grupos llegados del este. Por tanto, de momento debemos aceptar la probabilidad de que el rito de enterramientos colectivos en tumbas con cámaras naciera independientemente en el occidente atlántico, en comarcas de cultura local, aunque interrelacionadas.

Las tumbas megalíticas de Europa septentrional y occidental revelan una asombrosa cantidad de variaciones estructurales, tanto en la apariencia externa como en la disposición y construcción de sus cámaras interiores. Glyn Daniel distinguió dos categorías principales –además del *dysser* de una sola cámara del norte de Europa, ya mencionado– basándose en la morfología estructural: tumbas de corredor en las que se llega a la cámara fúnebre, en general dentro de un túmulo circular, a través de un corredor independiente y tumbas de galería en las que no hay un corredor separado y la entrada lleva directamente a la cámara fúnebre. Lo que dificulta la determinación de los movimientos demográficos o de la difusión cultural entre los grupos megalíticos, no obstante, no es sin más la

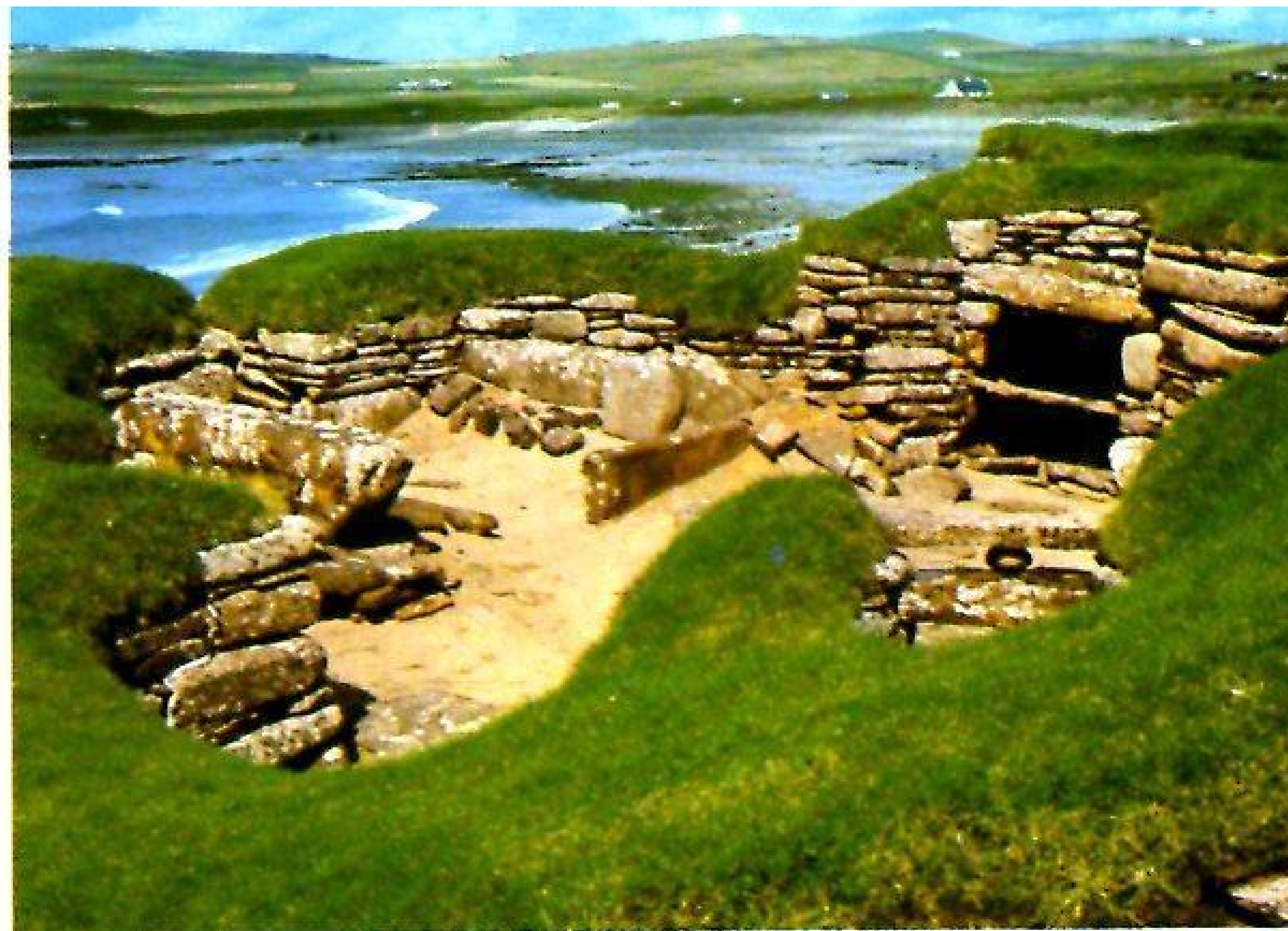


Tumba de cámara de West Kennet, Wiltshire, Inglaterra. *Arriba:* Vista interior de la restauración, con cámaras a los lados del corredor central. *Abajo:* Dibujo isométrico de la tumba, que muestra la disposición de cámaras internas y bloques de piedra que cierran la entrada delantera. Según Piggott.





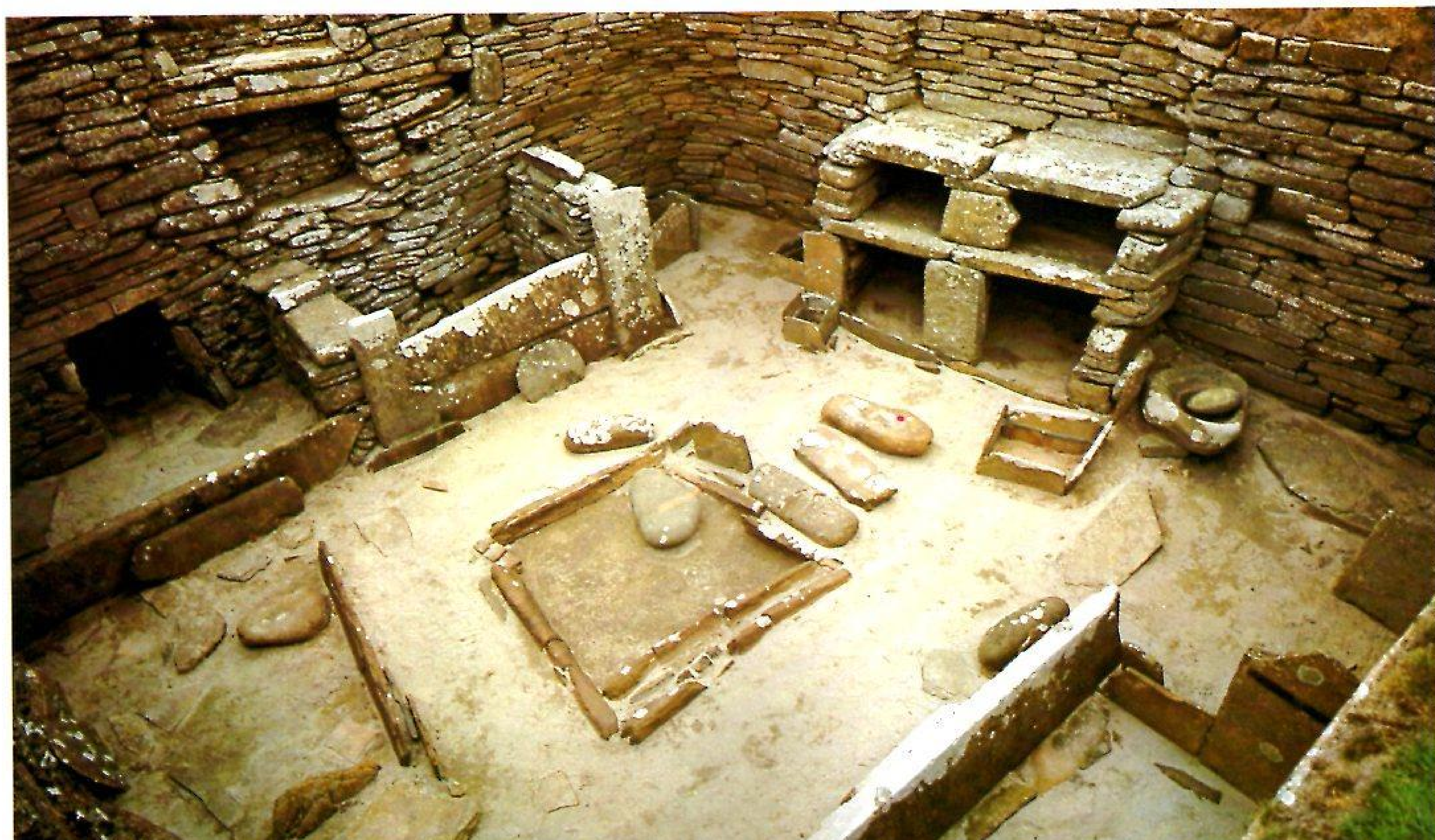
Maes Howe, interior de Islas Orcadas: vista de la cámara central y corredor de la entrada *(izquierda)*, acceso a la cámara lateral *(derecha)* y contrafuerte que sustenta el techo en pendiente, en un ángulo.

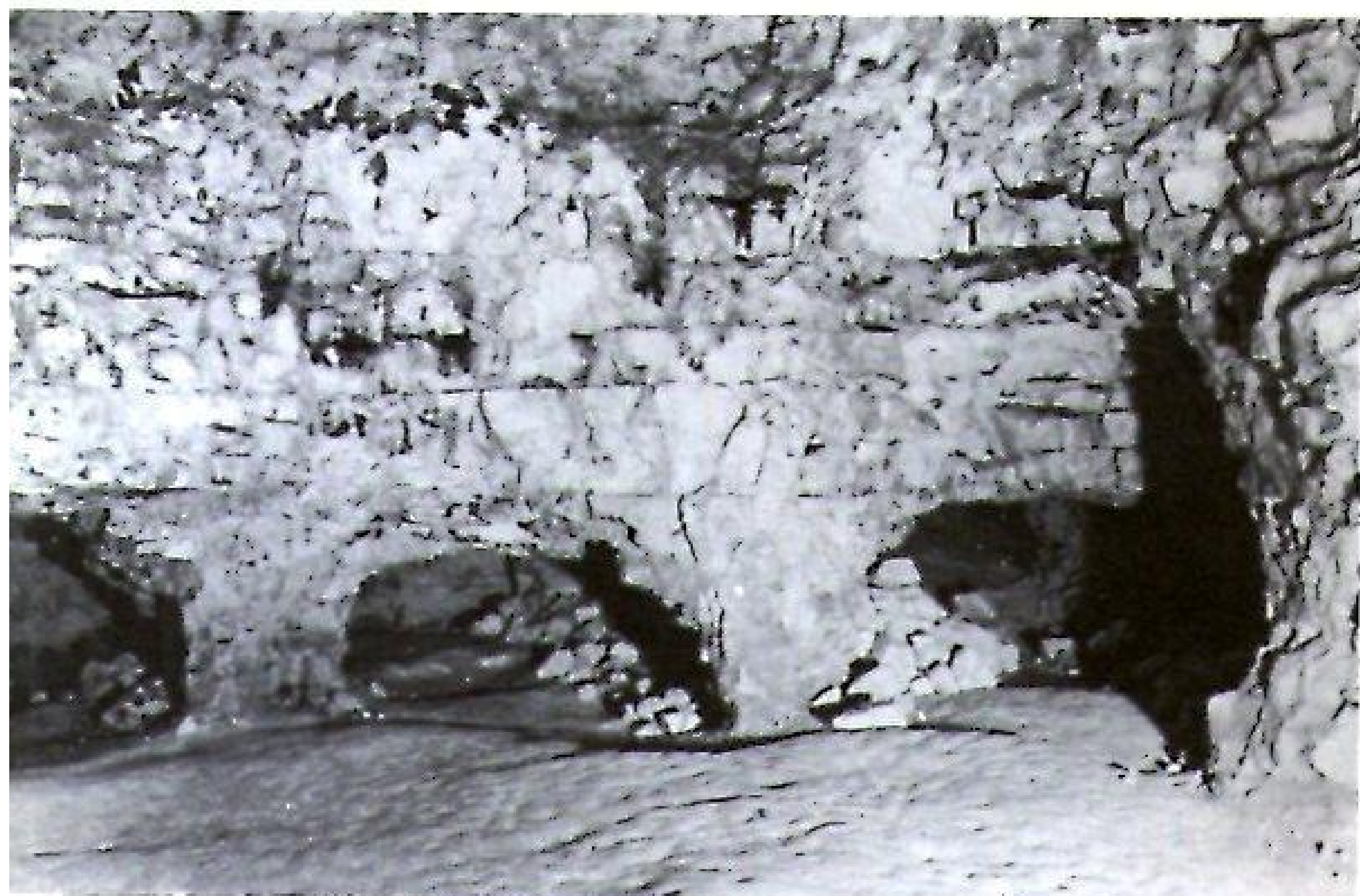


Skara Brae, una aldea neolítica tardía en el interior de las Orcadas. Las casas individuales del asentamiento excavadas en las dunas (*arriba*) revelaron detalles arquitectónicos y del mobiliario de la piedra local tabular, una cama, una cómoda y el hogar (*abajo*).

multiplicidad de variantes que presentan las tumbas, sino el hecho de que rasgos arquitectónicos particulares pueden tener su paralelo en distintas regiones, en las que otros aspectos de la tipología de los sepulcros indican la divergencia de las tradiciones.

Las tumbas bretonas más conocidas no son las más antiguas, sino las de corredor halladas bajo túmulos circulares, que representan la culminación de la tradición megalítica y están muy bien representadas en el Golfo de Morbihan. La tumba Gav'r Inis, situada bajo un túmulo circular de unos 55 m de diámetro, tiene como acceso un corredor de 15 m de longitud, flanqueado por ortostatos de granito macizos, cuya superficie está cubierta de dibujos curvilíneos y espirales muy elaborados, hechos con puntos. Otras piedras, decoradas de modo semejante, forman la cámara fúnebre rectangular, cuyo techo consta de una única piedra enorme. Al oeste de Gav'r Inis, en Île Longue, una tumba de corredor semejante está techada con una bóveda mucho más compleja, también de piedra, que recuerda los *tholoi* mediterráneos. En el tercer milenio proliferan las variantes estructurales, no sólo en el occidente atlántico sino también tierra adentro, en la región de la cultura de Sena-Oise-Marne, donde se han reconocido varias formas distintivas de tumbas. Entre los ritos fúnebres, en ocasiones surgen los testimonios de trepanación, una operación que implicaba la remoción de un pequeño disco del cráneo, presumiblemente para aliviar una aflicción física o espiritual. Esta práctica no es frecuente en todas las regiones de la Europa occidental neolítica y, al parecer, no siempre era fatal, aunque según





Minas neolíticas de sílice, en Grimes Graves, Norfolk, Inglaterra: entrada a las galerías laterales desde el pie del pozo 1.



Henge del neolítico tardío, en Avebury, Wiltshire, Inglaterra. El monumento, visto desde el aire (*arriba*), originalmente comprendía un cerramiento de terraplén y foso, en cuyo borde interno se alzaban 100 bloques macizos, rodeados a su vez por dos círculos más bajos, cuyos vestigios se conservan (*abajo*) al otro lado de la carretera y de la entrada al campo.

nuestros conocimientos del equipo quirúrgico disponible, las perspectivas de recuperación no debían ser muchas.

Los orígenes del rito megalítico en la península son oscuros, pero en general se consideró que fue en el sureste, en la zona litoral de Almería, donde por primera vez los enterramientos colectivos reemplazaron a los de cueva y fosa, datados a comienzos del neolítico. En el sur de Portugal y en el occidente andaluz, podemos detectar los orígenes de la tradición de tumbas peninsulares del tipo *tholos*, cuyos mejores ejemplos están en los magníficos sepulcros de Cueva del Romeral en Antequera, donde la cámara principal y otra, más pequeña, trasera, tienen acceso por un corredor de más de 25 m de longitud.

Desde el suroeste se expandió el rito de enterramiento colectivo hacia el norte, donde se expresaría en una variedad de formas arquitectónicas, incluidas las tumbas rupestres, con sus curiosas entradas en forma de nicho, sobre el curso inferior del Tajo. En el sur de Portugal, otros desarrollos son la introducción de pequeñas cámaras laterales circulares, como se observa en Alcalá, en el Algarve, y el uso creciente de piedras sin argamasa (piedra seca), en lugar de los ortostatos enormes, para la construcción del corredor, tal como se observa en la Cueva de la Pastora y en el Dolmen de Matarrubilla. En las tumbas de Alcalá, el corredor también está dividido en secciones mediante piedras verticales a modo de jambas, puestas a cada lado a intervalos regulares, en lugar de usar piedras de tabique (septales) a lo ancho del corredor, como en muchas otras tumbas peninsulares de este tipo.

Los bienes fúnebres, incluidos objetos de cobre, se hacen más comunes en las tumbas de corredor tardías del interior de Andalucía y del curso superior del Alentejo y las tumbas mismas son más abundantes. En Los Millares, junto al poblado antiguo de un grupo que ya utilizaba el



cobre, había más de 80 tumbas, entre las cuales las últimas de corredor muestran modificaciones semejantes, incluso cámaras laterales pequeñas que se apartan del corredor y también de la cámara principal. Las puntas de flecha de sílice, de extremo cóncavo y con espigas, los cuchillos de sílice y cobre y una variedad de accesorios encontrados en estas tumbas acompañaban vasijas de cerámica con dibujos de ojos incisos. El «culto del ojo», que aparece entre los diseños trazados en las piedras de las tumbas como así también, a veces, en las vasijas de cerámica y otros utensilios pequeños, es uno de los temas recurrentes de la tradición megalítica, y nos brinda una pista notable del simbolismo ritual de una orden religiosa que sin duda se extendió por el norte y oeste europeos, desde el Báltico hasta la península ibérica, abarcando incluso el noroeste remoto, para llegar hasta los constructores de las tumbas de corredor, en el valle irlandés del Boyne.

Gran Bretaña e Irlanda. No hay muchos testimonios de la colonización neolítica de Britania e Irlanda hasta la segunda mitad del cuarto milenio, y las tumbas de corredor de Irlanda meridional no son la manifestación más antigua de una cultura neolítica insular. Es fácil suponer que cualquier innovación de origen continental aparecería primero en las tierras bajas del sureste y sur de Inglaterra y, por cierto, en esta región fue donde se creía que se concentró en principio el asentamiento originario de agricultores neolíticos, en la zona cultural cuyo nombre deriva del «campo atrincherado» de Windmill Hill, en Wiltshire. De hecho, un examen sumario de la relación geográfica de las islas británicas con el continente revela la probabilidad de que nuestros primeros colonizadores neolíticos, sobre todo si habían partido de la costa atlántica francesa o de la península bretona, se hubiesen aproximado a las costas británicas desde el oeste, una ruta que permite llegar con idéntica facilidad al Mar de Irlanda o a la costa occidental irlandesa y al estuario del Severn o a la costa del Canal. De todos modos, el testimonio más antiguo de las comunidades neolíticas en las islas británicas proviene de monumentos fúnebres, no de tumbas de corredor circulares, cuya datación por radiocarbono indicaría que se trata de una introducción posterior, sino de los montículos amplios, rectangulares o trapezoidales, ya sean *cairns* con espacio libre adyacente o tumbas en forma de cuña, en Irlanda, o bien grandes túmulos cubiertos de tierra, en el sur de Inglaterra. En ambos casos son tumbas colectivas, aunque las segundas carecen de un medio de acceso a las cámaras internas, lo que permitía enterramientos sucesivos en sus pares megalíticos.

En años recientes, las excavaciones confirmaron que esos grandes montículos del sur de Inglaterra contienen estructuras internas de madera que, es evidente, cumplieron la función de cámaras fúnebres antes de que el propio montículo se alzara sobre esos enterramientos, en sus etapas finales. En Inglaterra oriental, desde Lincolnshire hasta Yorkshire, se conoce una variante de este tipo de tumba, en especial gracias a excavaciones antiguas; en esos sepulcros, se supone, el difunto era cremado después de la construcción del túmulo, por medio de un sistema de cañones de chimenea que oxigenaban la zona del fuego. En ambos grupos, al ser trapezoidales, los montículos no sólo son más anchos sino también más altos en un extremo, en el que se concentran, por lo común, los enterramientos. Todo el túmulo se sostiene por dentro con un revestimiento de madera, flanqueado por fosos y a veces con una fachada de madera en el lado mayor, frente al cual sin duda se llevaba a cabo el ritual funerario.

La forma de trapecio también es fundamental en una de las categorías principales de tumbas británicas de cámaras, las tumbas de galería, cuya distribución se extiende desde Cotswolds, al sur, hasta el norte de Escocia, con algunos ejemplos fuera de esa zona, incluso en el valle del Medway, en Kent. La tumba excavada en West Kennet, localidad de Wiltshire, que es periférica respecto a la zona principal de distribución, ilustra una disposición característica, con su acceso flanqueado por una fachada de notable elaboración, en la que se suman ortostatos, una fábrica de piedra seca en la entrada que da al área fúnebre y cámaras laterales rematadas con enormes losas a modo de techo. También se encuentran en algunas tumbas pórticos falsos, tal vez para engañar a los intrusos. La importancia del patio del sepulcro se subraya en las tumbas de galería escocesas, donde la fachada se curva hacia afuera, como un par de tenazas de cangrejo, o en el caso de los *cairns* con espacio adyacente irlandeses, que cierran por completo el terreno del patio frontal. Las variantes regionales de las tumbas de galería y de corredor presentan plantas de lo más peculiares, difíciles de asignar a una secuencia tipológica que no sea alguna muy rebuscada, en particular en el norte de Escocia y en las islas exteriores del grupo de las Orcadas, donde los *cairns* «ampliados», como el de Midhowe, y túmulos con extraños «brazos» embrionarios y «piernas», como los de South Yarrows, dan testimonio de las poderosas tradiciones funerarias locales.

Sin embargo, no hay duda de que la mejor expresión del ritual de enterramiento megalítico británico está representada en el valle del Boyne y más al oeste, en Irlanda, junto a sus pares del norte de Escocia. Las tumbas del Boyne *(véase páginas 71-76)* son notables no sólo por su tamaño y la elaboración estructural de sus cámaras inte-

riores, sino también por los enigmáticos diseños geométricos y curvilíneos que adornan muchas de sus piedras. No menos magníficas son las tumbas de corredor de las tierras altas y las islas escocesas, entre las que destaca la de Maes Howe, en la mayor de las Orcadas. Su túmulo circular se alza por encima de los 7 m, tiene unos 35 m de ancho y está rodeado por un foso de poca profundidad. Su corredor lleva a una cámara central, a cuyos otros tres lados se adosan tres cámaras laterales menores, que originalmente han de haber alojado los propios enterramientos. El techo del espacio central es de dos pendientes, construido con gran habilidad sobre los apoyos adicionales de contrafuertes en cada uno de sus cuatro ángulos. Toda la obra está realzada por la abundancia de piedras tabulares, que se parten sin dificultad y dan la impresión de una obra de piedras pulidas y ajustadas. Otro motivo de interés en la tumba de Maes Howe deriva de una serie de inscripciones rúnicas, grabadas en los muros de la cámara interna, una de las cuales refiere que en el siglo XII d. C. bandas vikingas arrebataron de la tumba un gran tesoro, cuya naturaleza sigue siendo un misterio.

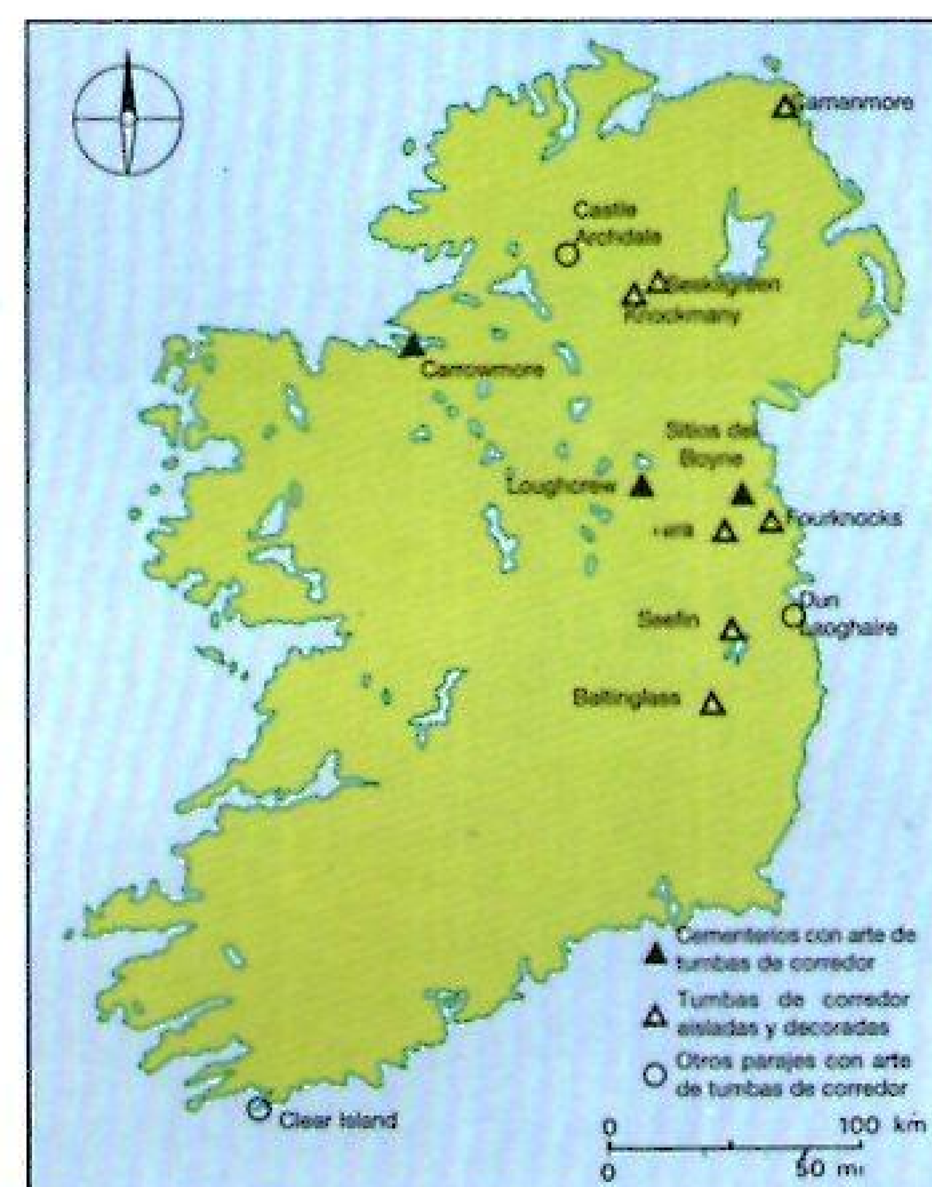
Hasta aquí nos hemos concentrado en los enterramientos neolíticos británicos e irlandeses, excluyendo otros tipos de vestigios, lo que se justifica porque los restos de los difuntos han sobrevivido en mayor número y se conocen mejor que las ruinas de los asentamientos de los vivos. Un tipo de monumento, conocido sobre todo por las tierras yermas del sur de Inglaterra, es el campamento o «campo atrincherado» –cuyo modelo de Windmill Hill ya mencionamos–, que se caracteriza por círculos concéntricos y discontinuos de fosos, en tiempos centros para la recogida otoñal de los rebaños, se supone, donde los animales que no se destinaban a la reproducción eran sacrificados para aprovechar su carne, a fin de economizar forraje durante el invierno. Aunque la reducción de los rebaños en otoño era una práctica que se mantuvo en distintas regiones europeas hasta hace poco tiempo, su aplicación en la época neolítica se discute y hay pocos testimonios de la ocupación de esos campamentos, ya sea permanente o estacional. Los asentamientos o incluso los parajes con viviendas son excepcionalmente raros en Gran Bretaña, en marcado contraste con las aldeas de casas grandes de Europa central, una situación que se mantiene hasta fines de la Edad del Bronce insular y que, quizá, indique que las comunidades agrícolas primitivas britanas fueron sobre todo pastoriles e incluso seminómadas. Algunos puntos en los que se alzaron viviendas efímeras se han excavado en Haldon, una localidad de Devon, y en Mount Pleasant y Clegyr Boia, ambos lugares de Gales, pero sólo en el extremo norte, en Skara Brae, un paraje de las Orcadas, se han conservado estructuras más permanentes; allí las piedras tabulares del lugar son muy adecuadas para la construcción, entre las dunas, de casas casi circulares y sus elementos internos.

La actividad industrial está mejor representada, no sólo por los restos de la producción de los talleres de fabricación de hachas de Great Langdale en Cumbria y Graig Llwyd, al norte de Gales, sino también por los profundos pozos y galerías de las minas de sílice de Grimes Graves, en Norfolk y en otros sitios. Los productos de estos centros se distribuían ampliamente en todo el país, aunque no se sabe si a través de una actividad comercial o por otros sistemas de intercambio. La forma de esos implementos copia las corrientes del neolítico occidental: hachas pulidas y puntas de flecha en forma de hoja o de losange, sobre todo. También la cerámica se ajusta a lo ya conocido: vasijas de base circular y a veces cuencos aquillados, suplementados a fines del tercer milenio con piezas de ornamentación más elaborada y una mayor variedad de formas.

Un tipo de monumento particular, único de Gran Bretaña, se origina en el tercer milenio, aunque sus ejemplos más familiares pertenecen en su forma desarrollada a principios de la Edad del Bronce. Los primitivos *henges* constaban de una valla circular, definida por un foso y un talud exterior, con una única entrada o bien dos, diametralmente opuestas. Las estructuras internas no eran una adición invariable y, por cierto, no fueron de piedra en los más antiguos. Sin embargo, algunos, como el propio Stonehenge, tenía una serie de fosas cavadas en torno al borde interno de la valla, en tanto que otros *henges* grandes, como el cercano a Durrington Walls, contenían estructuras circulares de madera, de las que sólo se conservan los anillos concéntricos de los pozos para los postes. Los enterramientos no están necesariamente asociados con estos monumentos, aunque sin duda fue la función primordial de algunos. Sin embargo, su finalidad ceremonial o ritual se deduce en parte de la disposición no funcional del talud y del foso –en las fortificaciones el talud queda del lado de *adentro* del foso, para presentar el mayor obstáculo posible al enemigo– y en parte por la asociación, nada infrecuente, de los *henges* con los *cursus* o avenidas ceremoniales, en especial en Stonehenge y en Avebury. Estos monumentos ceremoniales más elaborados, con todo, nos llevan más allá del objetivo de este capítulo, más allá de la sociedad de los primeros agricultores, a la edad del cobre y a metalurgia inicial del bronce.

Knowth y las tumbas de corredor irlandesas

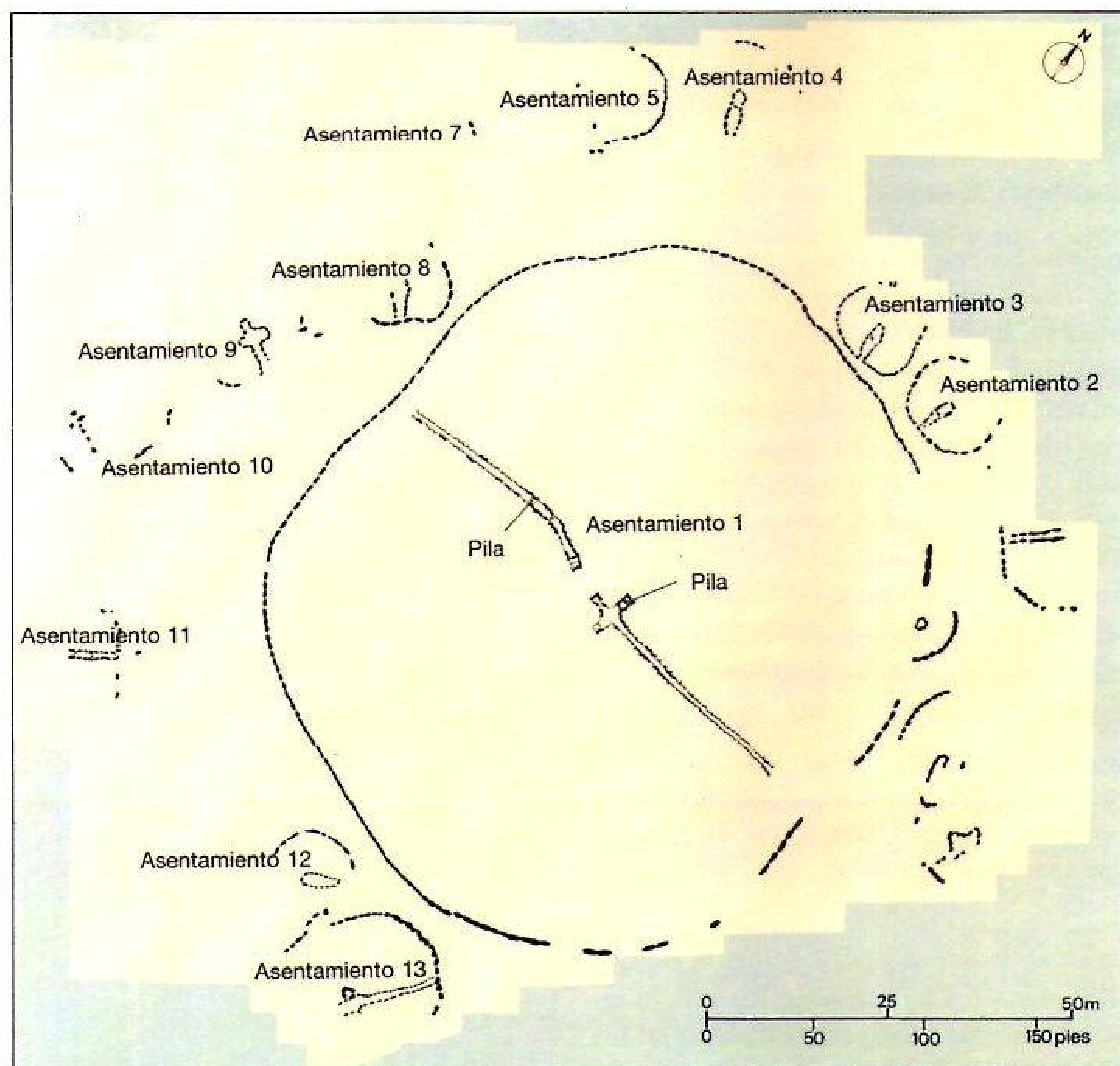
Las tumbas de corredor del valle del Boyne no son las más antiguas entre las tumbas megalíticas irlandesas pero, por cierto, son las de mayor impacto visual. Datan del tercer milenio a.C. y representan una afloración neolítica tardía irlandesa de la tradición neolítica de enterramientos colectivos, que predominó en el noroeste europeo desde el Báltico hasta la península ibérica. Se ha discutido mucho sobre los orígenes de la cultura del Boyne. Los aspectos de la construcción funeraria, a la vez que las afinidades evidentes en el arte mural, a menudo llevaron a la comparación con las tumbas de corredor del Golfo de Morbihan, una comarca bretona, desde donde se supone que algunos colonizadores, con un celo casi misionero, introdujeron la tradición de las tumbas de corredor en Irlanda. Sin embargo, sean cuales sean sus antecedentes, el peculiar tamaño y la grandeza arquitectónica de las tumbas del valle del Boyne, además de la gran cantidad de obreros que su construcción exige, presentan el testimonio de las fuerzas potentes que dominaron los rituales funerarios de una era remota y enigmática.

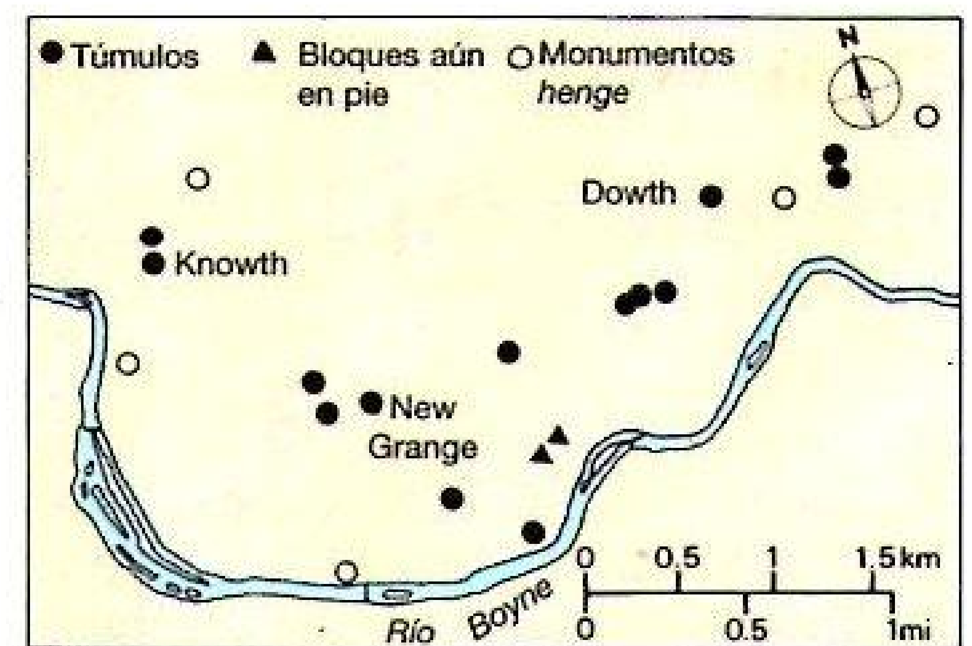


Derecha: Aunque ejemplos del arte de las tumbas de corredor se conocen en ambas orillas del Mar de Irlanda, la mejor impresión se obtiene en New Grange, uno de los grupos de tumbas en el arco que el Boyne describe en el condado de Meath. Mapa según O'Riordain y Daniel.

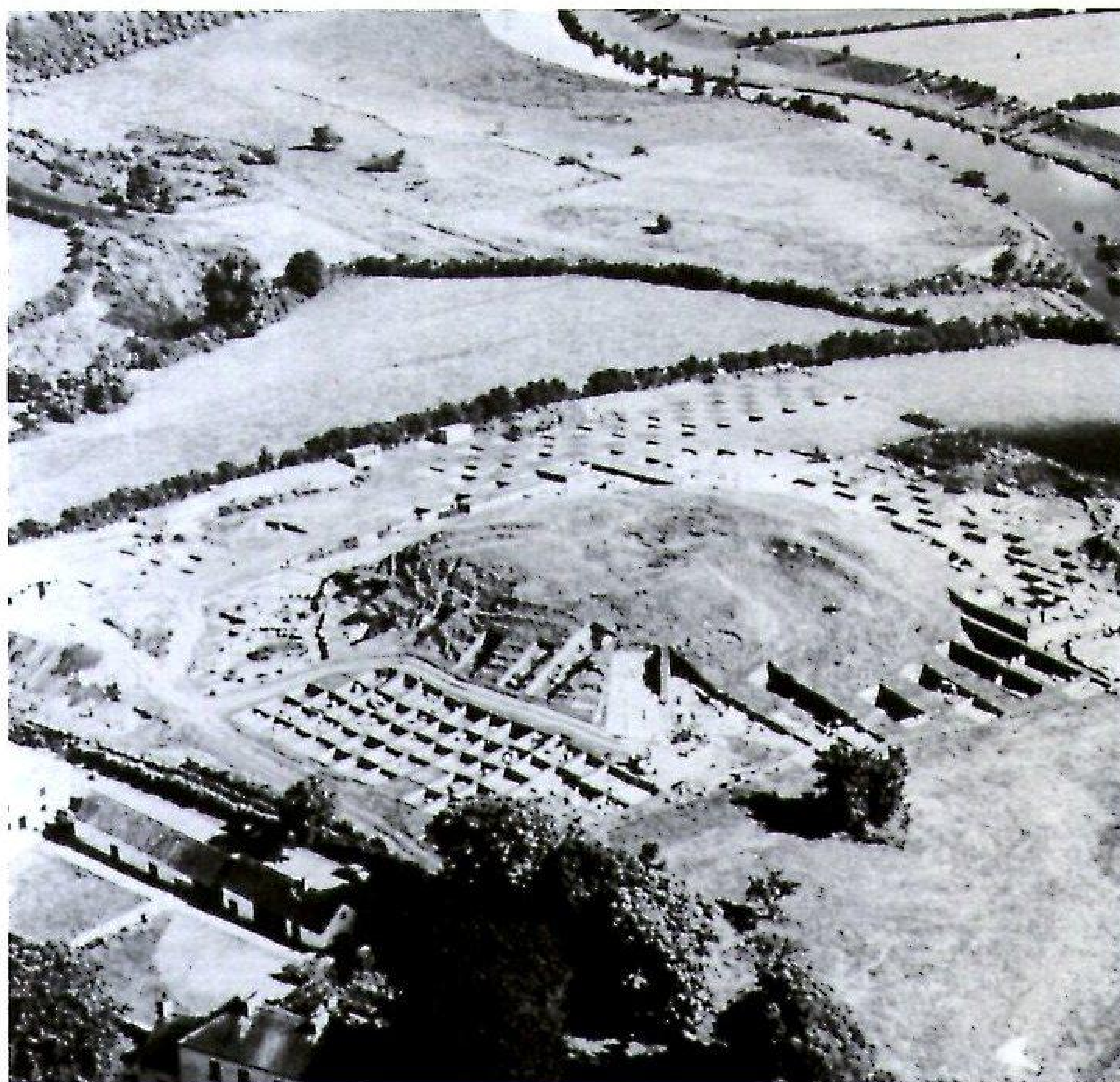
Abajo: Bajo la dirección del doctor George Eogan, en la que se podría llamar la excavación de posguerra más importante de un complejo prehistórico británico o irlandés, la investigación sistemática del cementerio de Knowth se ha mantenido activa durante los últimos diez años. Aquí se ven los trabajos del perímetro de la tumba principal, que revelaron la valla baja de piedra, o peristalito, además de la acumulación sucesiva de capas de piedra, arcilla y turba en el montículo que se ve detrás.





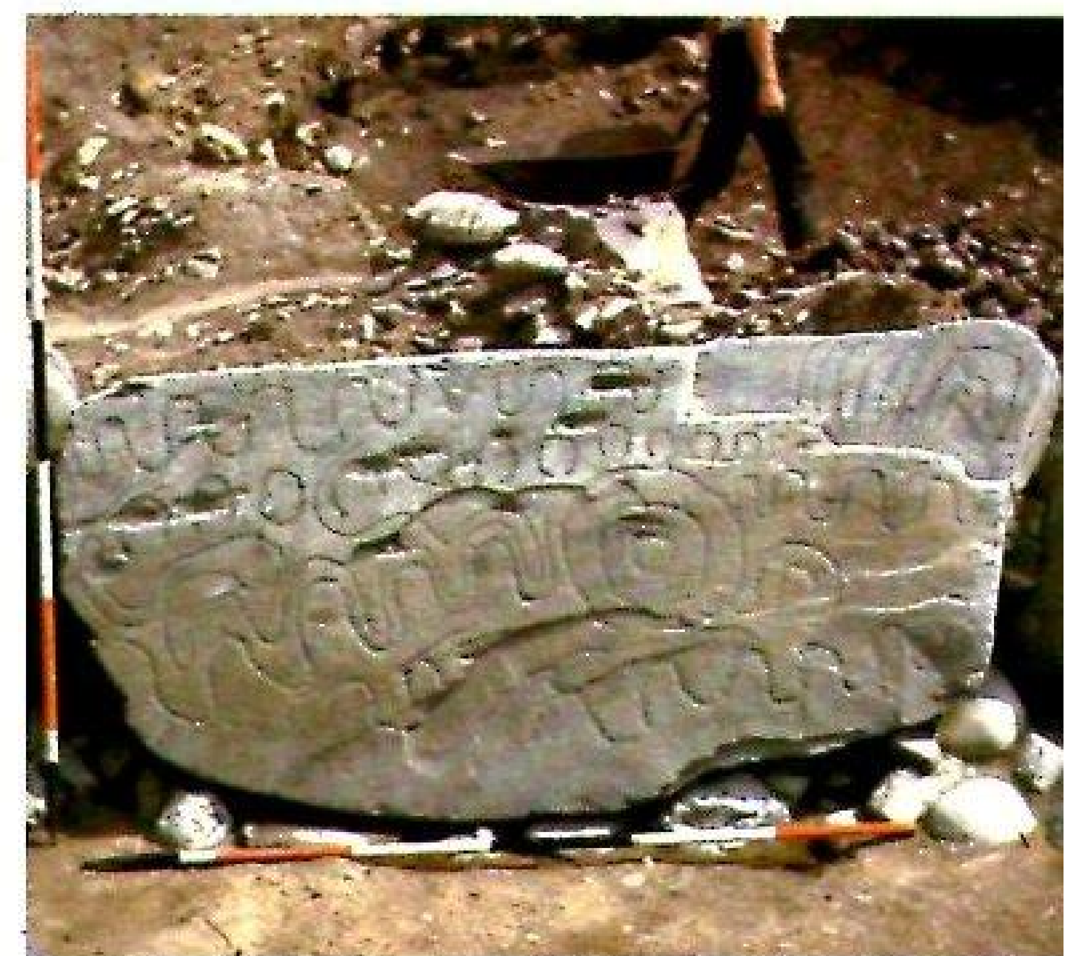


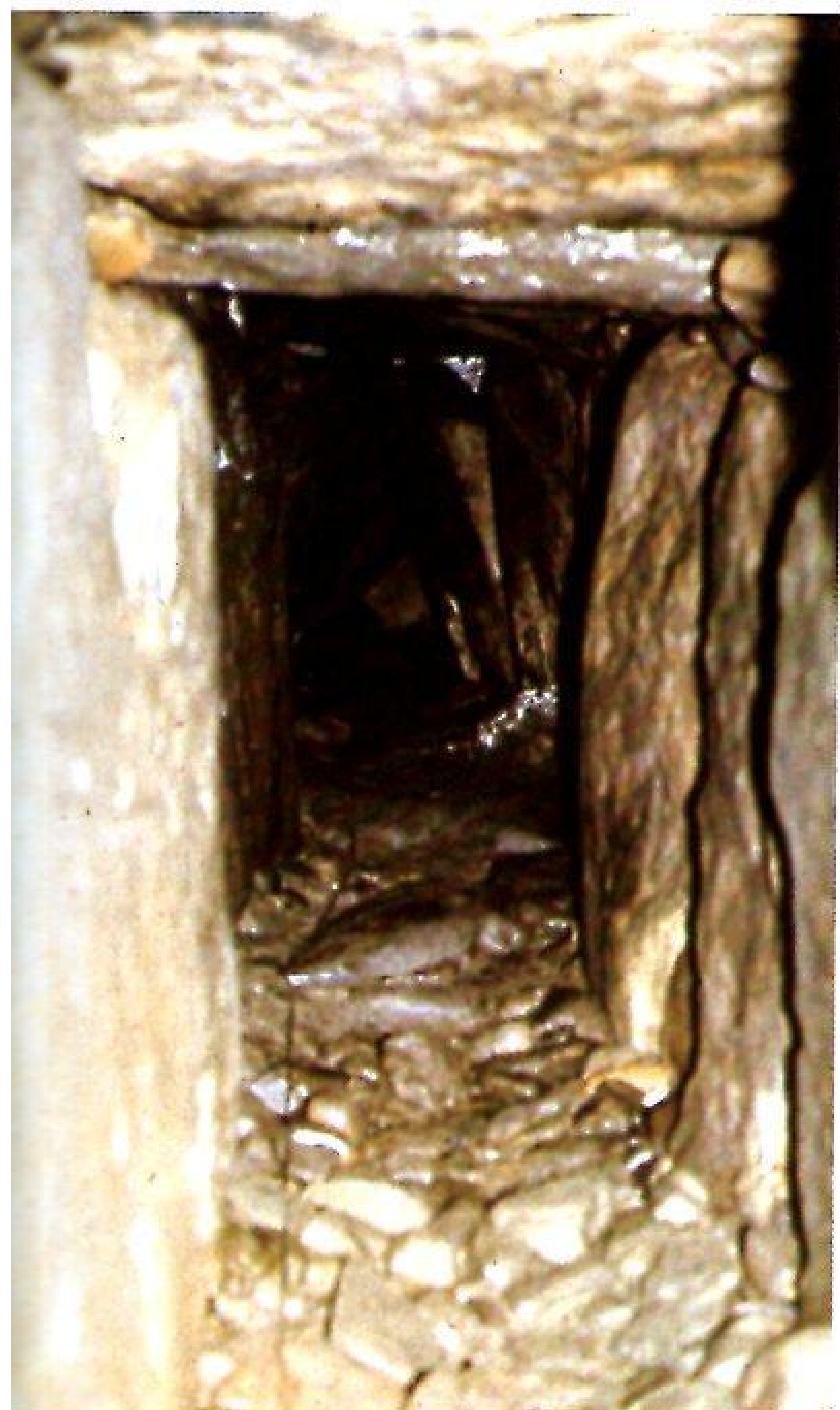
La densidad de los monumentos neolíticos en el arco del curso del Boyne (*arriba*) nos da la medida de su importancia como centro de la actividad ritual. Sin embargo, en este complejo de asentamientos, no es único. Su túmulo, que mide unos 90 x 78 m, y unos 11 m de altura, abarca una superficie de casi 6.500 m^2. Este inmenso montículo no cubría, como es habitual en este tipo de monumentos, una sola tumba de corredor sino dos, cada una de las cuales, de 33 y 34 m de longitud respectivamente, era mayor que cualquiera de los otros ejemplos conocidos en el oeste de Europa. En torno al montículo central, se apiñaban al menos 16 tumbas subsidiarias de construcción más simple (*izquierda*, según Eogan) cuya existencia no se sospechó hasta que este programa de excavaciones reveló su presencia.



Abajo, izquierda: Excavaciones en curso en 1968, alrededor de los bordes del montículo central; muestran el método de cavar por capas mediante una cuadrícula de zanjas.

Abajo: La cara exterior de la piedra 43 de la valla del montículo central; está decorada con motivos curvilíneos y de círculos concéntricos.







El corredor de la tumba oriental del montículo central de Knowth (*arriba*) conduce hasta una cámara cruciforme más compleja, con cámaras laterales y un techo de dos pendientes de construcción muy elaborada. En la cámara del lado norte se encontró una pila ornamental de piedra (*abajo, izquierda*), semejante a la hallada en el corredor de la tumba occidental.

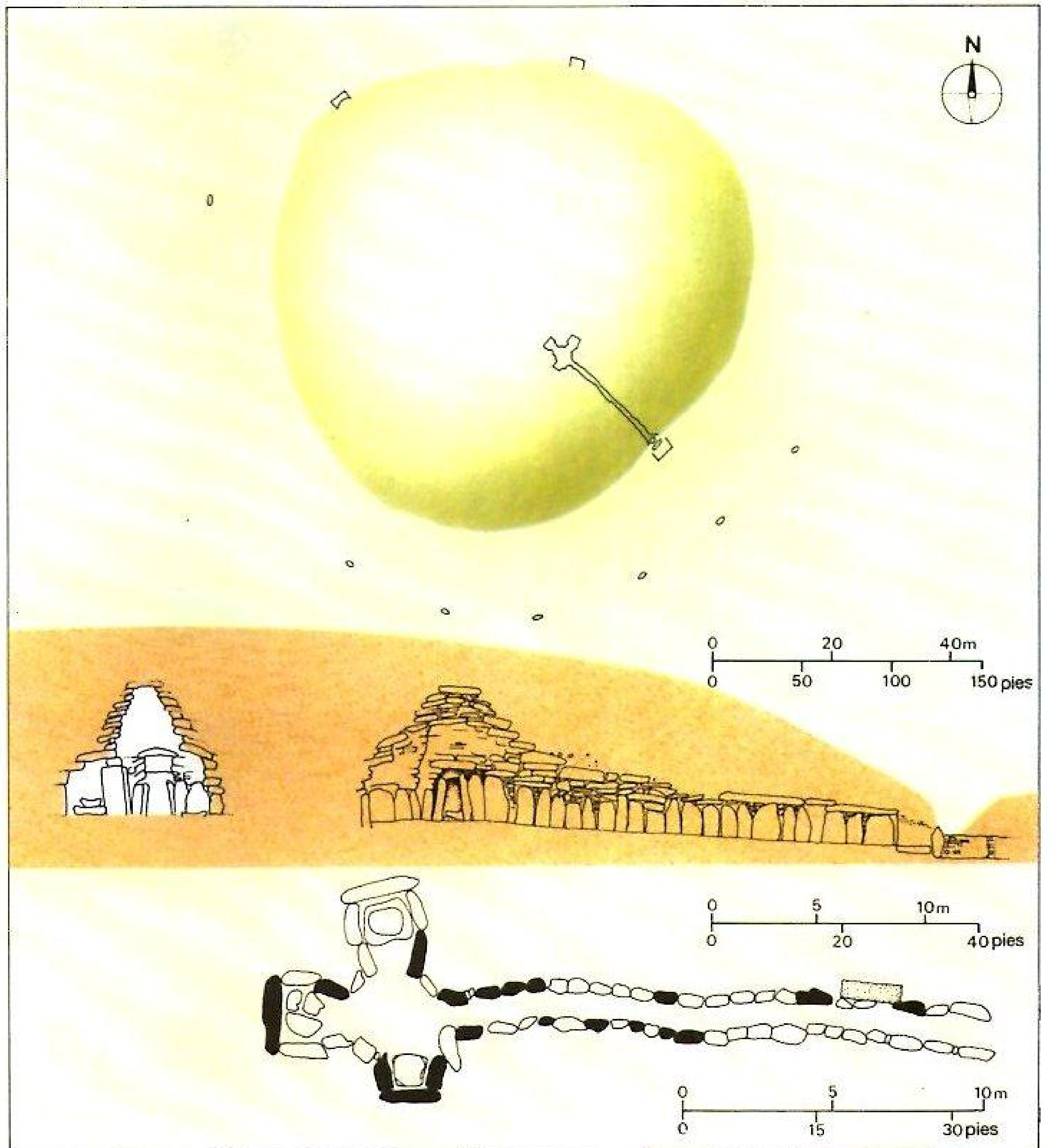
Derecha: La cámara terminal del lado oeste de la tumba de corredor de Knowth; aquí se advierte la sencilla construcción de bloques alzados y una losa.

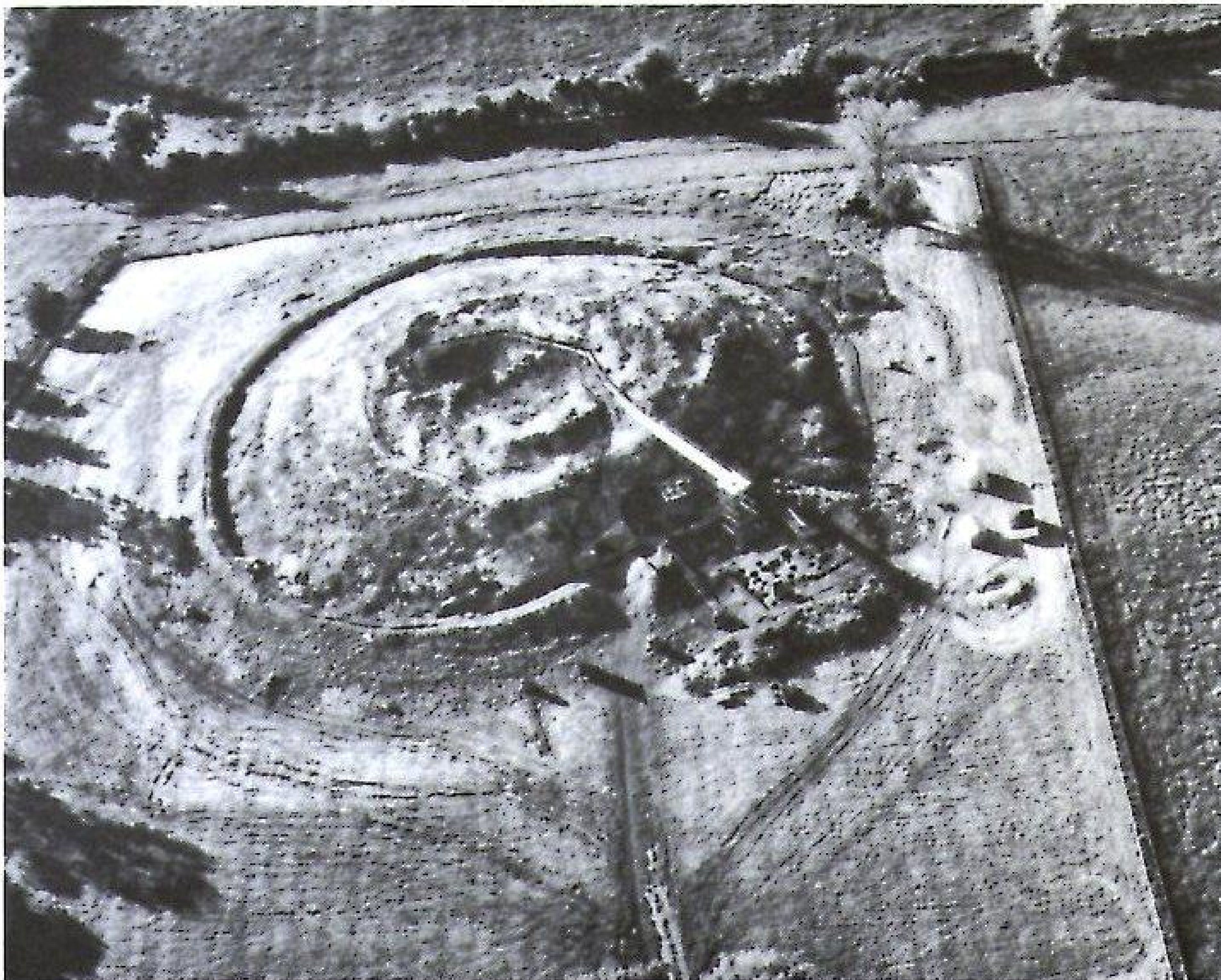
Abajo, derecha: Una de las tumbas de corredor pequeñas, sobre el borde del montículo principal.





Tan importante como la de Knowth es la tumba de corredor de New Grange, más sencilla en su trazado pero de proporciones comparables: tiene un diámetro medio de 80 m y una altura de 11 m. Planta y alzado (*derecha*) según Coffey. Desde el sureste, un corredor de 25 m de longitud lleva hasta una cámara cruciforme, con techo de doble pendiente que, como en Knowth, contenía pilas de piedra decoradas entre sus bienes fúnebres (*abajo, derecha*). En torno a la parte exterior del montículo, a una distancia de entre 10 y 15 m, se alzaba un círculo de 35 piedras plantadas verticalmente, de las que se conservan 12, la mayoría sobre el lado sur (*abajo, izquierda*, primer plano).







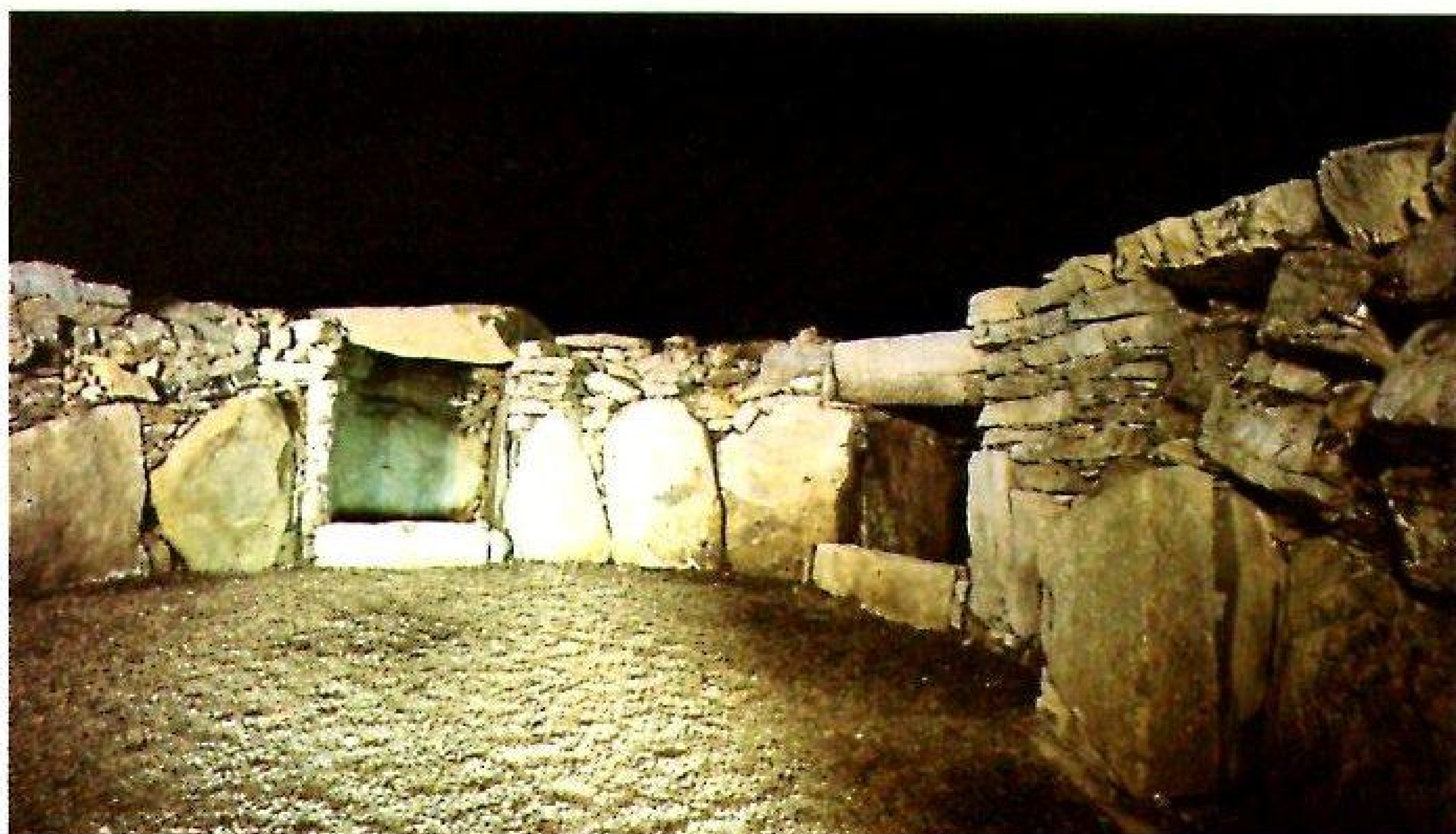


Por sus ejemplos superlativos de arte megalítico, New Grange no tiene rival en Irlanda. La valla de piedras que se alza en la entrada del corredor (*arriba*) tiene una bella ornamentación de diseños espirales y rombos concéntricos, temas recurrentes de la decoración de tumbas de corredor, utilizados también en una de las piedras plantadas en el corredor interno (*derecha*). En ocasiones, estos motivos curvilíneos y rectilíneos se suman, para configurar un diseño semiantropomórfico en el que las espirales representarían los ojos y triángulos o losanges podrían sugerir la nariz o la boca.



Derecha: Techo en pendiente de una cámara fúnebre cruciforme de New Grange; véanse los detalles de su construcción.





Izquierda: En Fourknocks, a unos 16 km al sureste del grupo del valle del Boyne, se puede ver una variante de la tumba de corredor habitual. En este caso, a través de un corredor de poca extensión, se accede a tres cámaras laterales dispuestas radialmente con respecto a un área central ampliada. Esta planta evidentemente presentaba problemas para el techado, ya que el método habitual de dos pendientes hubiera resultado poco práctico en una extensión de 6 m o más; el descubrimiento de un agujero para un poste en el centro de la cámara sugiere que se incorporaron tal vez maderas a la estructura del techo. Véase la decoración de las piedras de dintel sobre la entrada lateral de la cámara, al parecer especialmente seleccionada con ese fin.



Tierra adentro, en las montañas Loughcrew, a occidente del condado de Meath, se extiende un amplio cementerio en el que hay más de 30 tumbas importantes. El punto focal del grupo del centro es el *Cairn* T, sobre la montaña conocida como Carnbane East (*izquierda*), una tumba de corredor del clásico tipo del valle de Boyne. En su perímetro, las piedras aumentan de tamaño a medida que se acercan a la entrada, a la vez que se curvan hacia adentro y forman una fachada maciza. Dentro de la tumba, varias piedras del corredor y la cámara fúnebre están ornamentadas, incluido el bloque de la cámara terminal (*abajo*), en el que se ven pintados motivos florales diversos, cheurones y diseños lineales. Si se mira hacia el oeste desde el *Cairn* T, se puede ver una tumba secundaria, *Cairn* S (*abajo, izquierda*), una variante en la que una tumba en forma de Y está inscrita en un montículo circular.





En el próximo volumen

Capítulo cuarto:
La edad del cobre y del bronce

Stonehenge

Capítulo quinto:
Hallstatt y la llegada del hierro

La atalaya de Heuneberg

Capítulo sexto:
Europa céltica en el umbral de la historia